

# NUEVAS ORIENTACIONES DE LA HISTORIA

En la total revisión de valores científicos que la cultura contemporánea está realizando, con un sentido cuya característica bien podría decirse que es la *humanización* de la ciencia, no es la Historia la disciplina que menos se renueva.

Por el contrario, quizá sea la Historia la ciencia que más ha cambiado, desde su raíz esencial hasta sus manifestaciones formales. La Historia clásica, la Historia como hasta aquí se concebía, escribía y enseñaba, está desapareciendo, ha desaparecido casi por completo, es ya poco más que un sueño.

La renovación es absoluta, abarca todos los aspectos del conocimiento histórico, cualitativa y cuantitativamente considerados; es honda, es central, de esencia y de modos. No es posible, por esto, estudiarla aquí íntegramente. Por otra parte, se han escrito ya libros enteros sobre ello, incluso en nuestra patria, que tan a la zaga marcha de las corrientes reformadoras. Pero es conveniente hacer un índice de algunos de los puntos de vista de la moderna orientación histórica, señalando el nexo que los une con los adoptados por el total criterio científico presente (1).

(1) Véanse Xenopol: *La théorie de l'histoire*.—Deuxième édition des *Principes fondamentaux de l'histoire*.—Paris, 1908.—Langlois et Seignobos: *Introduction aux études historiques*.—Paris (s. a.).—Altamira: *La enseñanza de la Historia*, 2.<sup>a</sup> ed., Madrid, 1895.—Ballesteros (A. y P.): *Cuestiones históricas*, Madrid, 1913, que es lo último y acaso lo más completo sobre estas materias.



Es, sin duda alguna, el problema central de la Historia, el relativo a su substancia, a su materia, a su contenido. ¿Cuál es la materia realmente histórica e historiable? ¿Qué contenido debe tener el relato (y valga esta palabra, un tanto impropia por inextensa) de la Historia? Plantear esta cuestión, como se ha planteado hace ya algún tiempo, es poner a revisión toda la Historia. Puesto el problema, cada solución traerá una visión y un concepto diferente de esa ciencia.

La Historia clásica, por defectos que no le son exclusivamente achacables, sino que llegaban hasta ella de todos los campos de la actividad humana—ciencia, arte, legislación, política, vida material—enfocó mal, descentradamente, y por lo tanto parcialmente, el espectáculo complejo, y multiforme y matizado de la vida humana colectiva. De ahí que la visión fuera imperfecta, y que la imagen reflejada se aparezca borrosa y deforme, truncada e inexacta.

La Historia clásica, salvo atisbos que relampaguean a veces en algunos de sus representantes, *no vió* la vida colectiva. Ese es su pecado original. Vió tan sólo hombres, individuos. Vió únicamente actos, hechos, sucesos. Vió exclusivamente formas, apariencias, exterioridades. Se le escaparon las multitudes, la colectividad. Se le fueron las ideas, los pensamientos, los ideales. Dejó de percibir lo íntimo, los vínculos, la solidaridad humana.

La Historia clásica redujo, contrajo, empequeñeció la materia histórica. Mejor dicho, la falseó por equivocación. Construyó la Historia con lo que no era más que una parte (y parte escasa y de escaso valor por sí) del material a emplear. Y así la Historia clásica fue una mera *narración* (1) de hechos, de sucesos. Fue menos aún. Fue índice, sumario o catálogo de sucesos externos, políticos, guerreros, internacionales.

(1) Y *narrar* no es *hacer* Historia, labor de historiador; porque *narrar* es algo superficial, es *contar* sencillamente y como mecánicamente, es *recitar*. Y *narrar*, *contar* y *recitar*, son tarea de repetidores dotados de un poco de arte para hacer entretenido o sugestivo el relato.



Costa, nuestro gran vidente de todos los problemas culturales y renovadores, dice que «los historiadores doctos, no satisfechos aún con ofrecernos la Historia de la política española como equivalencia de toda la Historia de España... contraen la Historia política de la nacionalidad a la vida de uno de sus múltiples representantes, del poder regulador, del rey... lo que no es, en sustancia, sino una serie de biografías regias, eslabonadas por orden cronológico.» «Por ninguna parte se descubre de un modo franco e intencionado la nación... No es la historia de un pueblo... es sencillamente un monarcológio acompañado de biografías y descripciones abundantes de sitios y batallas. Se hace girar la historia general alrededor de la política heroica... y no será hiperbólico decir de ella lo que de la epopeya el preceptista latino: *res gestæ regumque ducumque et tristitia bella*» (1).

De este vicio de origen nacen todas las tachas que a la Historia clásica hay que poner: su vacuidad, su carácter verbalista, sus contubernios infecundos o de prole híbrida con la leyenda y la fábula, su dogmatismo, su aridez abrumadora y farragosa, su esterilidad educativa, la falsificación de valores sociales en que con frecuencia incurre.

Porque es de advertir, que si en algunos momentos los historiadores al modo clásico han tratado de mostrarnos la Historia como algo más que la exposición, más o menos sistemática, de acontecimientos; si han querido *rellenar* el descarnado armazón del catálogo de hechos guerreros que como único material manejaban, han caído en culpas aún más graves. El índice de hechos externos, enlazados entre sí por una causalidad puramente sucesiva, por un nexo meramente cronológico, no es Historia de ninguna manera, pero puede ser arsenal de datos representativos, que, oportunamente encajados en el fondo de ideas, venga a completar demostrativamente la exposición

---

(1) *Poesía popular española y Mitología y Literatura celto-hispanas*, Madrid, 1881, págs. 118 y 119.



de la vida de un momento histórico. La combinación de esos hechos, caprichosa, apriorística, con una finalidad preconcebida y al efecto de obtener una determinada conclusión, además de ser poco honrada, es olvidar la imparcialidad (1) y convertir la Historia en caja de resonancia de determinados sonidos políticos, y dogmatizar con alevosía, ya que se trata de imponer el dogma valiéndose del prestigio y de la influencia enormes que lo pasado ejerce sobre los espíritus.

Es en el siglo XVIII, al recio empuje del movimiento crítico que en él se iniciara, cuando el molde clásico comenzó a resquebrajarse. Fue aquel deseo intenso de nuevas normas con el que la revolución del concepto de la Historia dió su principio. Y es en los momentos actuales cuando las nuevas fórmulas pueden ya señalarse con nitidez casi totalmente. Y decimos casi, porque ni aun es tiempo de poder recoger todas las consecuencias de esa profunda innovación (que todavía se está efectuando), ni el nuevo concepto, por su propia índole, abierta, flexible, se presta a ir sufriendo las necesarias modificaciones; es fórmula que permita definirse inmutablemente, cerrando el paso a ulteriores transformaciones.

Y es esta, precisamente, la primera nota que conviene señalar: la flexibilidad, la elasticidad del concepto moderno de Historia. No se encierra hoy, no puede encerrarse, porque se desnaturalizaría y menguaría, en una de aquellas cerradas definiciones dogmáticas que tan en boga estuvieron al frente de todo tratado, grande o chico, de Historia (2). Es esta libera-

(1) V. el admirable *Discurso* de D. Marcelino Menéndez Pelayo en su recepción como Académico de la Historia. Páginas 24, en cuanto a la imparcialidad del historiador, y 27, por lo que se refiere al dogmatismo de la llamada Historia pragmática.

(2) Y conviene fijarse en que tales definiciones, además de ser celda o calabozo donde se encerraba, limitándolo en todas direcciones, el concepto de Historia, eran falsas absolutamente, ya que hablaban todas ellas de «hechos importantes en la vida de la humanidad», que eran, como veremos, precisamente los omitidos.



ción una exigencia del pensamiento moderno. Definir, al modo clásico, era cercenar y aprisionar, era algo arbitrario y despótico, por lo cual se imponía una cuadrícula férrea insuperable a los conocimientos en determinada materia. Dentro de los casilleros de la cuadrícula había que encerrarlos, forzándolos y mutilándolos o enmascarándolos, según los casos, para que allí cupieran.

Renovado, además, el contenido de la Historia de un modo esencial, ninguna de aquellas añejas fórmulas definidoras le conviene. Efectivamente, la materia histórica aparece transformada cualitativa y cuantitativamente. Porque hay que hacerlo constar desde un principio. La renovación no ha sido sólo por ensanchamiento, como aprecian algunos autores. Ha sido más profunda, según veremos. Ha dado entrada en el contenido histórico a una porción de aspectos antes olvidados (1). Ya no es sólo el relato monótono de guerras, revoluciones, regicidios, etc. El desarrollo de las artes, las letras, las ciencias, de las instituciones políticas y administrativas, de las creencias religiosas y de las normas jurídicas, de las costumbres y de la vida material, tienen ya cabida en los folios de la Historia. Es decir, que el nuevo sentido histórico contempla la vida en una visión amplia y total, y ha integrado el concepto Historia, hasta ahora incompleto.

Pero, además, ha categorizado, en función de la misma realidad, esos diversos valores sociales, cuya perenne evolución nutre a la Historia, colocando los hechos políticos, gue-

---

(1) «Balzac, según cierto prefacio de sus obras, propúsose encerrar en ellas la Historia por todos los historiadores olvidada, es decir, la de las costumbres, la de la sociedad viviente.» Cánovas del Castillo: Prólogo a las obras de D. Juan Valera en la Colección de escritores castellanos, página XXXI.—«La vida política de una nación no es sino el aspecto más superficial de su sér. Para conocer su vida interior, fuente de su acción, es preciso penetrar hasta el alma por la literatura, la filosofía, las artes, donde se reflejan las ideas, las pasiones, los sueños de todo un pueblo.» Romain Rolland: *Musiciens d'autrefois*, 3.<sup>a</sup> ed. Paris, 1912, pág. 1, Introducción.



rreros e internacionales en un lugar secundario y condicional. Son materia histórica en cuanto son representativos de estados de conciencia más hondos. Pierden toda su significación en cuanto no expresan una corriente ideal, que en ellos se concreciona y exterioriza. Un acto vale si manifiesta algo. Si no, no es nada. Los hechos de lo que se llama Historia externa deben ser historiados si algo manifiestan del estado del sér social en que aparecen.

Este doble resultado—ampliación del campo histórico, valoración nueva de los hechos en él contenidos—se debe a la nueva posición en que la Historia se coloca, y con la cual secunda la dirección que toda la vida lleva en los momentos actuales. Y es este el cambio verdaderamente substancial, del que dimanan todas las demás variaciones. La Historia ha dejado de ser la serie eslabonada de biografías regias de que habla Costa, para ser la biografía de los pueblos, de la masa anónima y multiforme, que con su vivir y su laborar ininterrumpida da vida y ser propios al compuesto social. La Historia ha comenzado a ser «la historia del espíritu humano», como pedía ya Voltaire en su *Ensayo sobre las costumbres y el espíritu de las naciones*. Abandonando su erróneo punto de vista arcaico, ha dejado de ser *individualista*, y mira y estudia *la colectividad*.

He aquí cómo expone la idea el insigne y profundo historiador inglés Macaulay:

«Las circunstancias que tienen más influencia en la felicidad de la especie humana; los cambios en las costumbres y en la moral; la transición de las sociedades de la pobreza a la riqueza, de la ignorancia a la cultura, de la ferocidad a la humanidad, son, la mayor parte, revoluciones silenciosas. Sus progresos raramente aparecen indicados en lo que los historiadores llaman acontecimientos importantes. No son los ejércitos quienes los realizan, ni las asambleas quienes los votan. Ni las sancionan los tratados, ni los registran los archivos. Se elaboran día por día en cada escuela, en cada iglesia, detrás de millares de mostradores, bajo cada hogar doméstico. La corriente



superficial de la sociedad no nos da criterio cierto, por el cual podamos juzgar cuál es la dirección seguida por la corriente inferior. Leemos relatos de derrotas y victorias. Pero no sabemos que las naciones pueden ser desgraciadas en medio de las victorias y prósperas en medio de las derrotas» (1).

Insistamos aún en ello, porque la actitud, la postura en que hoy se coloca la Historia no puede ser más fecunda en consecuencias. Hay que abandonar el modelo antiguo por estéril. El historiador debe sorprender la vida íntima de las sociedades, desentrañando y poniendo de relieve los ideales que la orientan, las ideas y principios que la sirven de base, las circunstancias de todo género que la condicionan, los males que la detienen, los resultados que produce, si quiere reflejar con exactitud la situación de un país o de la Humanidad en un momento dado. Pero debe hacerlo estudiando *directamente* las manifestaciones de esa vida social, no ateniéndose tan sólo al eco que *oficialmente* alcanzaron. La deificación del Estado en los tiempos modernos, el carácter divino de las monarquías antes, la influencia de lo sobrenatural más remotamente, han dejado sentir su acción perniciosa también sobre la Historia.

---

(1) *The miscellaneous writings speeches and poems*. Londres, 1880, volumen I, págs. 100-101.—He aquí, también, otro texto que expone la misma doctrina: «En el orden geológico, los grandes hundimientos, las erupciones volcánicas, los terremotos y otros grandes cataclismos originan numerosas víctimas y sobrecogen la imaginación; pero, en definitiva, no producen más que cambios superficiales; son efectos y no causas. Las verdaderas fuerzas plásticas que crean o modifican profundamente la epidermis de nuestro planeta, son la gota de lluvia, el arroyo, las corrientes líquidas o aéreas, las incesantes alternativas de frío y calor... Toda una legión de agentes que, por su acción imperceptible, pero continua, disgregan las rocas más refractarias, precipitan y alteran los aluviones. Las madreporas, los foraminíferos, son los que en sus microscópicas celdas construyen grano a grano los arrecifes, las islas, los macizos poderosos, los continentes enormes. Así ocurre con el trabajo íntimo de las generaciones que nos han precedido: único creador de las formaciones históricas, se oculta obstinadamente a nuestra investigación.» Metchnikoff: *La civilisation et les grands fleuves historiques*. París, 1889.



Y ver la realidad social a través de esos prismas es no verla, porque lo *oficial* suele ser lo menos *real*. Y si no, basta con fijarse en lo que hoy ocurre. ¿Se podría reconstruir la vida de las actuales sociedades utilizando exclusivamente la documentación oficial?

Y claro es que, solucionado así el problema, queda, al propio tiempo, resuelta una serie de cuestiones, antes muy discutidas con gran derroche de retoricismos, y algunas de las cuales merecen unas líneas.

Mucho se ha hablado acerca del sujeto de la Historia, sustentándose contradictorias opiniones, que se extendían entre las dos más radicales: la que hacía sujeto de la Historia a la Humanidad y la que daba aquella condición a determinadas personalidades, que en momentos dados aparecen para, con su genio, encauzar por nuevos derroteros la vida del género humano. Los últimos y más calificados paladines de esta segunda tendencia son: Carlyle, en su obra *Los héroes*, y Emerson, en la suya, *Los representantes de la Humanidad* (1). Pero no reparaban los mantenedores de lo primero que, después de muchas y muy elevadas consideraciones sobre la Humanidad como protagonista de la Historia, seguían precisamente el camino diametralmente opuesto, ya que todos ellos eran los que luego reducían la Historia a los hechos de los monarcas, príncipes, caudillos o héroes, de cualquier casta que fueren, sin dejar asomar por sus páginas, ni una vez siquiera, a ese género humano. Y no advertían los otros que su teoría es insuficiente, cuando

---

(1) Nótese que dichos dos escritores son sajones, inglés el primero, norteamericano el segundo. Advertimos esto, porque nos parece notar en la idea sustentada por ambos cierto sabor que está muy de acuerdo con el tono «imperialista» de la política que vienen siguiendo Inglaterra y los Estados Unidos.—Menéndez y Pelayo, en su citado *Discurso*, señala que Fr. José de Sigüenza, en el prólogo de su *Vida de San Jerónimo*, «formula la admirable teoría de los *hombres providenciales*, que, por decirlo así, exaltó y magnificó el elemento humano en la Historia, lanzando los gérmenes del *Discurso* de Bossuet...» Pág. 34.



no otra cosa; pues, admitida, habría que borrar no pocos períodos importantísimos y muy frecuentes que se caracterizan por no haber en ellos ese conductor genial.

El sujeto de la Historia es, y no puede ser otro, la colectividad, la sociedad toda, sin que ninguno de esos genios sea más que la encarnación momentánea, el brazo ejecutor de ideales y necesidades colectivas que, por determinadas circunstancias, requieren tal forma y medio de realización. Y claro es que afirmar esto no es negar ni borrar de un manotazo la labor propia, personalísima, que tales individualidades poderosas llevan a cabo. Al recoger vibraciones sociales que, de otro modo, acaso se malograran o retardaran, es evidente que imprimen en ellos la huella de su propio espíritu (1).

Intimamente unido a estos extremos está el de la unidad de la Historia, y con aquellos ha sido innovado. De dos modos era concebida: desde un punto de vista subjetivo, como derivación de la identidad del actor histórico—el hombre, con la misma naturaleza psico-física;—y en un aspecto objetivo, como repetición constante y regular de los mismos hechos (2). Falsa esta última por lo que tiene de fatalista, tampoco es bastante la primera.

---

(1) Nos parece de interés recoger a este propósito, y también con relación a lo que luego decimos, las siguientes palabras de Menéndez y Pelayo, que dice que Orosio es «el primer historiador universal, en el más propio sentido del vocablo, no ya por la extensión geográfica, en lo cual pudieran disputarle la prioridad Diodoro Sículo, Trogo Pompeyo y otros antiguos, sino por haber sido el primero que consideró el género humano como una sola familia, y, lo que es más, como un solo individuo, afirmando, no sólo que la divina Providencia rige el mundo lo mismo que el hombre (divina Providentia, quæ sicut bona ita pia et justa, et agitur mundus et homo), sino que, cada hombre, en sí y por sí, puede contemplar todas las vicisitudes del género humano: «per bona malaque alternantia exerceri hunc mundum sentit quisquis per se atque in se humanum genus videt.»—Menéndez y Pelayo: *Disc. cit.*, págs. 31 y 32.

(2) Vico y Guicciardini, sobre todo aquél, en su *Ciencia nueva*, son los más autorizados representantes de esta teoría.



La unidad de la Historia no puede nacer más que de la solidaridad humana, y ésta, a su vez, no es posible concebirla sino admitiendo la substantividad del yo colectivo, social, por cima, aunque de ellas se nutra, de las personas individuales. Es el único medio de poder trabar esencialmente todos los momentos históricos, que, con cualquiera otra explicación, aparecen incoherentes, dispersos, inligables. La Historia no es más que la expresión de la actuación en cada lugar y en cada instante de esa *psiquis* social para iniciar, formar, mantener y ensanchar sucesivamente los compuestos sociales. Es decir, la Historia de la acción socializadora en su lucha contra los instintos disgregadores.

La actividad humana esporádica, aislada, incongruente, inconsciente y confusa en los comienzos—nunca en absoluto, claro es,—se va socializando para hacerse persistente, reunida, dirigida, consciente y diferenciada. Este yo, esta personalidad social, está sujeta a la que es ley de toda vida: a la evolución. Pero la evolución es un principio tan general en sí mismo, que no puede explicar concretamente la unidad de la Historia. Por eso rechazamos el criterio *genético* que, para substituir a los dos anteriormente apuntados, novísimamente se ha formulado a fin de explicar aquella unidad (1).

Pero aún hay más. El nuevo modo de ser de la Historia apareja una nueva forma estructural de la misma. Hasta ahora, se hacía historia de *hechos*, de sucesos, y hoy es menester hacer historia de *ideas*, de problemas, de cuestiones, de corrientes y tendencias ideales. El tejido histórico estaba formado por la enumeración, ordenada cronológica o geográficamente, de acontecimientos; es decir, como ya apuntamos en

---

(1) Casi todos estos puntos han sido estudiados por distinguidos autores; pero, en mi opinión, no lo han sido de un modo orgánico y en su verdadera trascendencia, sino aisladamente. Para nosotros, hemos de repetir, lo fundamental, y de lo cual dimana todo lo demás—sujeto, valor de los hechos, unidad,—es que la Historia ha dejado el tono *individualista* que la informaba para colocarse en un punto de vista *social*.



párrafos anteriores, la exteriorización fenoménica de la vida, la mayor parte de las veces solamente de la actuación de los órganos oficiales, actuación en tantas ocasiones desacorde con la realidad de la vida social.

Y esta vida social, aun en su aspecto político, guerrero e internacional, no se compone de *hechos* (1), sino de problemas complejos que se plantean en el juego y recíproco influjo de los factores de la sociedad, de corrientes de ideales que impulsan su movimiento, de tendencias doctrinales y prácticas que actúan en vario sentido, de posiciones sucesivas de los diversos elementos que integran la colectividad, todo lo cual se concreta en *hechos*, más o menos rápidamente, más o menos numerosos, que sólo tienen un valor representativo; el que les da la esencial corriente que exteriorizan. Por eso es estéril y agobiador hacinar en el relato histórico noticias de sucesos, detalles y pormenores. Basta con escoger aquellos que caracterizan y matizan el momento, el pueblo y la cuestión de que se trate, cuidando, en cambio, mucho de situar bien el conjunto, señalando los términos en que está planteado, causas del planteamiento, factores que intervienen, influencias y circunstancias que los limitan y condicionan, orientaciones que marcan, necesidades que tienden a satisfacer, soluciones requeridas y efectuadas (2).

Esto tiene más importancia de la que a primera vista se echa de ver. En primer lugar, rinde hacedero lo que, si no, sería irrealizable. El vivir social, la corriente que en él palpita, es totalmente incoercible si queremos aprisionarlo en una serie de sucesos. Por eso su fisonomía no ha aparecido hasta

---

(1) Ya se comprenderá que damos a la palabra *hechos*, no el sentido amplio que tiene, sino el que generalmente se le ha venido dando en Historia, esto es, sucesos, acontecimientos concretos y resonantes.

(2) Ya se pueden citar bastantes obras de Historia así entendidas y escritas. Ejemplo son los libros admirables de Seignobos, los de Martín Hume, y aquí en nuestra patria, entre otros, la *Historia de España*, de D. Rafael Altamira.



ahora. «Por ninguna parte se descubre de un modo franco e intencionado la nación...», dice Costa. El sér colectivo—lo mismo que el individual—vive más con su espíritu que con su actuar material y concretísimo. Y esta vida—que es ideas y problemas y tendencias y deseos—es la que hay que sorprender y trasladar a las páginas, con todos sus rasgos distintivos.

Por otra parte, es la única manera de hacer a la Historia permanentemente actual y educadora. El *hecho*, el suceso, el fenómeno, es flor de un día, envejece con presteza, muere antes que las personas que materialmente lo realizan, se hace inactual, seco, descarnado. Hay que meter en su caparazón la idea que lo engendró, la savia que le dió vida, esto es, el conjunto de necesidades y de anhelos que vino a encarnar. Del mismo modo que de algún novelista se ha dicho, que los personajes de sus obras podían ser perfectamente sustituidos sin que la novela desapareciese ni se alterara, los *hechos* en la Historia deben poder ser reemplazados por otros, permaneciendo idéntica aquélla. Porque la revolución francesa sería la misma exactamente, supuesto su fondo de ideas inalterable, si los hechos en que se exteriorizó—Estados generales, juramento del juego de pelota, toma de la Bastilla, fuga del rey, etc.—hubiesen sido otros que los que fueron. Del mismo modo que las cantidades concretas de un problema matemático pueden ser reemplazadas por otras, sin que el problema varíe. De ahí que las matemáticas operen con letras.

Con ello se infunde una perpetua actualidad a los *hechos* históricos, porque todo ese fondo de contenido ideal que manifiestan o declaran no desaparece, no muere, sino que a lo largo de los sucesos que lo encarnan momentáneamente, circunstancialmente, va marcando las huellas de la vida. Se transforma, se renueva, evoluciona, en fin, pero sin romperse, sin solución de continuidad, de tal suerte que, perennemente conserva el vigor de lo vivo, al revés de aquellos hechos hasta ahora expuestos como única materia histórica, y que no están, sin ese



nexo, trabados por lazo íntimo, sino por una mera yuxtaposición, o a lo sumo, por una sucesión cronológica. Son algo fragmentario y disperso. Animados por las ideas que los engendran y enlazan, conservan constantemente su pleno valor, pues necesariamente reviven al plantearse, en nueva forma, en momentos subsiguientes el problema que encarnaron en alguno de sus matices (1).

De este modo surge el poder educador de la Historia, no al modo de la Historia pragmática, ni de la Filosofía de la Historia, cosas ambas falsas por desprovistas de todo sentido de la realidad comprobada, no como propósito o finalidad preconcebida, sino como derivación espontánea de su contenido. Los hechos, los sucesos, por sí mismos, nada enseñan, porque, ya lo hemos dicho, su valor arranca del poder caracterizador y evocador que encierren. Sacados de la cantera viva de la realidad, palpitando en ellos el espíritu colectivo, expresión de la solidaridad humana, nadie podrá considerarse ajeno a ellos, ni ninguna cuestión podrá plantearse en falso. Y entonces se harán carne y alma en la conciencia de todas las admirables, definitivas palabras del poeta latino: «Homo sunt et nihil humani a me alienum puto» (2).

JUAN RUIZ DE OBREGÓN RETORTILLO,

Profesor Auxiliar en la Universidad de Madrid.

---

(1) Ocioso nos parece decir que todo esto no significa preconizar la Filosofía de la Historia, de la que bien puede decirse que ni era Filosofía ni Historia, sino algo metafísico, apriorístico, desprovisto de realidad objetiva, producto del peculiar modo de pensar de cada escritor. Las obras citadas en nota anterior prueban bien lo que entendemos por Historia de ideas.

(2) Terencio-Heautontimorúmenos, I, I-25.

E. M.—Julio 1914.



# GUIA DEL BUEN DECIR

ESTUDIO DE LAS TRASGRESIONES GRAMATICALES MÁS COMUNES

---

## CAPITULO VII

### Concordancias dudosas.

222. El castellano, nuestro incomparable medio de expresión, impulsado, como todas las lenguas, por incesante movimiento evolutivo, sufre grandes cambios, realiza notorios progresos.

Se enriquece continuamente el vocabulario; como que se necesitan nuevos términos y variaciones de significados y accidentes, para designar las nuevas adquisiciones de las ciencias, artes e industrias, los cambios de usos y costumbres, etc. Las palabras, comportándose como otros tantos seres vivientes, nacen, crecen, se reproducen y mueren; la raíz es el germen de las voces; crecen y se reproducen por oposición de afijos, por yuxtaposición de las mismas raíces, por cambios desinenciales, por variantes y ampliaciones en el significado; y mueren, cuando caen en completo desuso.

¿Escapará a este incesante movimiento la sintaxis, o sea la ordenación, dependencia y armonía que corresponde a los términos del lenguaje, vale decir, a la vida social de las palabras?

Sólo por la trivialidad de los superficiales, que hablan sin



mirar bien, sin ahondar lo que estudian, ha podido sostenerse que la sintaxis se mantiene inmutable en sus reglas.

Los mismo cambios analógicos obligan a las veces los cambios sintácticos. Si el relativo *quien*, por ej., pudo, en tiempo de Cervantes, carecer del cambio de terminación con que hoy expresa el número plur., ¿puede acaso causar alguna extrañeza si encontramos en el *Quijote* frases que hoy resultarían intolerables discordancias, como éstas?: «De esta orden soy yo, *hermanos cabreros*, a *quien* agradezco el agasajo y buen acogimiento» (1.<sup>a</sup> parte, cap. XI); «estaban todos (los árboles) llenos de *luminarias*, a *quien* no ofendía el viento» (II, XIX); «le cautivaron y rindieron el deseo *las ollas* de *quien* él tomara de bonísima gana un mediano puchero» (II, XX); «nunca por él se descubriría *quien ellos eran*» (II, XXXI).

No es raro, por tanto, que aún existan en la misma concordancia, la parte más fácil y clara de la sintaxis, puntos más o menos dudosos que no han llegado a permitir la enunciación de una regla definitiva; y es de contar que, a veces, las discrepancias resultan aparentes, como que sólo dependen de los distintos modos de ver de los gramáticos.

Entraré a considerar algunos casos concretos de concordancias dudosas, y trataré de dejarlos resueltos conciliando, en cuanto es posible, la apreciación de los gramáticos y la sanción que presta el uso de los escritores más autorizados.

\*  
\* \*

223. Valbuena, o sea don Miguel de Escalada, en su *Fe de erratas* (tomo IV, pág. 43), critica esta construcción de la Acad.: «*un paño o tela*», preguntándose si se trata de UN TELA, El Dr. P. de Mugica, otro de los impugnadores del *Léxico*, observa el siguiente pasaje de Galdós: «*no carecía de las redondeces y elegantes (las?) contornos y desigualdades* que distinguen a una mujer de un palo torneado».

¿Hay realmente motivo para tales reparos? ¿Hay solecismo?



Según Benot, *Arquit. de las Leng.* (tomo III, pág. 481), «cada nombre debe llevar consigo el correspondiente art. determinante». Y agrega este insigne autor: «Los clásicos no sabían atenerse a este rigor gramatical. Regularmente un solo art. les servía para muchos sust., aunque éstos fueran de gén. y núm. diferentes.» Presenta a continuación, para comprobar este aserto, más de veinte ejemplos tomados a Cervantes, número éste que podría multiplicarse con poco que se rebuscara en el mismo *Quijote*; reconoce que «no era sólo Cervantes quien se tomaba tales licencias», que «todos los antiguos escritores hacían lo mismo»; y concluye asegurando que «de esta libertad usan ahora con parsimonia suma cuantos se precian de bien decir».

Para Bello (*Gram.*, cap. XXX), «el adj. (incluye este autor el art. en los adj.) que especifica a varios sust. precediéndoles, concuerda con el que inmediatamente le sigue, v. g.: *La conservación y aumento de la república*». Y encuentra «que es conveniente la repetición de los adj. siempre que los varios sust. expresan ideas que no tienen afinidad entre sí, como: *el tiempo y el cuidado, el consejo y las armas*».

Considero que esta supresión de artículos, que es tan común en los escritores contemporáneos como pudo serlo en los clásicos, antes que solecismo será más bien licencia, muy tolerable por cierto, que aporta siempre concisión, sin perjuicio alguno para la claridad y pureza de la frase.

En este ejemplo de Cervantes: «y cuanto a *la entereza y entendimiento* del caso, no hay más pedir ni quedudar» (*Quij.* II, L), claro se ve que no es que quiera aplicarse el mismo art. a los dos sust., sino que se omite y queda sobrentendido, en virtud de la figura de construcción llamada *elipsis* el que correspondería a *entendimiento*.

224. Pécase, en los casos que dejo apuntados, por el plausible afán de ahorrar artículos; y ¡cuidado! que el prodigarlos trae también sus inconvenientes y a las veces muy graves;



como que vienen a resultar un obstáculo para la mejor y más castiza expresión del pensamiento.

Los que van subrayados en las siguientes frases, que entresaco de la introducción y del primer capítulo de «*Facundo*», y que bien pudieron omitirse para mayor gloria de esta notabilísima obra del genial Sarmiento, habrían sido tachados por Baralt como intolerables galicismos: «LA *Francia* estuvo a punto de ceder». «Entonces se hubiera podido aclarar un poco el problema de LA *España*.» «Después de LA *Europa*, ¿hay otro mundo cristiano civilizable y desierto que LA *América*? (Con art., o sin ellos, no resulta recomendable la sintaxis de esta frase): «Sería bueno proponer a LA *Inglaterra*»...

En las *Obras* del mismo Sarmiento (tomo XXV, pág. 104) se lee: «Id a decirle a LA *Francia*, a LA *Inglaterra*, a LA *España*, no hagáis matar a vuestros hijos»... lo que muestra que nunca escatimó nuestro celebrado escritor estos inútiles artículos.

J. B. Alberdi (*Escritos póstumos*, tomo XIII, pág. 261), escribió: «No, no es a los americanos a QUIEN LA *Francia* llama bárbaros. Es a ti (a Rosas), y los como tú, a QUIEN (menos mal que pasen estos *quien* ya que Cervantes así los usó), no solamente LA *Francia*, no solamente *Inglaterra* (esta vez no hay art.), no solamente el mundo, sino tus vecinos, tu mismo pueblo, todos los pueblos americanos TE (para bien de la concordancia hubiera sido conveniente poner «y los como tú» entre paréntesis) llamamos BÁRBARO». Y en las dos páginas siguientes aparece ocho veces «LA *Francia*». O se le pegó de veras el galicismo o ha querido evitar este eminente publicista que se pudiera suponer que hablaba del tirano paraguayo de tan famosa memoria.

225. Volviendo a las dudosas concordancias que vengo considerando, advertiré que ocurre también en los adj. determinantes la dificultad que he anotado a propósito de los artículos.

Benot, en la obra citada, dice al respecto: «Y la licencia no



se limitaba a solos los artículos; se extendía a los determinantes de análoga índole.»

En vez de decir:

Se emboscó corriendo por entre *estos jarales y estas malezas*;

Eran conocidos por *estos* nombres y *estas* insignias, etc.; decían los antiguos (según se puede comprobar con las siguientes autoridades de Cervantes):

«Se emboscó corriendo por entre *estos jarales y malezas*;

Por *estos* nombres e insignias eran conocidos, etc.»

Y me perdonen los manes del ilustre filólogo si me atrevo a dejar estampado que me quedo con el decir de Cervantes, que no tengo a menos seguir usando la licencia que autoriza el excelso autor del *Quijote*, y que autorizan a la vez muchos otros autores clásicos y modernos, y aun las mismas Gramáticas desde que dan a la elipsis, la ley del ahorro en materia de lenguaje, como figura de construcción, muy aceptable por cierto.

226. Para condenar estas construcciones, sería necesario poner reparos también a las que corresponden a casos en que un adj. calificativo se refiere a varios nombres a la vez.

Cuando se dice: «*la ciudad y sus arrabales eran populosos*» (ejemplo de la Acad.), ¿acaso están de acuerdo en su gén. y núm. *ciudad y populosos*?

Bien es verdad que también estas concordancias, artificiales cuanto se quiera, pero puestas en uso por notables escritores y consentidas por todas las gramáticas, descontentan a Benot, quien en su misma celeberrima *Arquit.* (tomo III, página 486), dice: Hoy los buenos escritores evitan estas concordancias artificiales, ya usando adjetivos de una sola terminación, ya poniendo adj. adecuados a cada sust.»

\*  
\* \*

227. Ya que he venido siguiendo en las notas precedentes



al muy ilustre Benot, séame dado traerlo también a colación para aclarar otros puntos de concordancia dudosa referentes a la correspondencia de accidentes que debe existir entre el verbo y las palabras que hacen de sujeto.

En la *Arq. de las Leng.* (tomo III, pág. 493) se lee: «Cuando dos o más nominativos están unidos por conjunciones conexas (v. gr.: *como, así como, igualmente que, lo mismo que, más bien que, como tampoco...*), el verbo concierta con el primero: *su memoria, como su cuerpo, se mantiene vigorosa, etc.*» Basta una simple trasposición en el orden de las palabras para que se demuestre palmariamente la razón de ser de tal concordancia; digamos: «su memoria se mantiene vigorosa *como* su cuerpo», y resaltará la inconveniencia que resultaría al cambiar el número del verbo; y otro tanto ocurrirá en las oraciones análogas que puedan formarse con las demás conjunciones.

Bello, en su *Gram.*, pide el verbo en pl. para estas mismas construcciones y para los casos en que los nombres que constituyen el sujeto están relacionados por la partícula *con*, y da este ejemplo: «*la madre con el hijo fueron arrojados a las llamas*». Lo cierto es que el uso es vario, y habrá que tolerar las dos concordancias; pero, desde que no podrá decirse: «*la madre fueron arrojados a las llamas con el hijo*», y sí «*la madre fué arrojada a las llamas con el hijo*», lógico paréceme que ha de merecer preferencia la concordancia que impone Benot.

En el *Quijote* (II, XI) se tiene este ejemplo: *la muerte con todo su escuadrón volante volvieron a su carreta*», pero, Clemencín, en sus sabios comentarios, se encarga de advertirnos que debió escribirse «*volvió*». En las primeras ediciones de esta magna obra de Cervantes se lee: «*SALIÓ la ventera, su hija y Maritornes a despedirse de Don Quijote, fingiendo que lloraran de dolor*» (I, XLVII); hay que reconocer que por más vueltas que se le den a esta construcción, no pasa el núm. del verbo. Pues bien; en la edición popular publicada por Calleja (Madrid, 1905) se ha tenido el buen tino de salvar el solecismo echando mano de la prep. *con*; se ha estampado: «*salió la ven-*



tera con su hija y Maritornes..., y debemos convenir en que no habrá objeción que oponer a tal concordancia.

Cuando entran las locuciones conjuntivas que quedan anotadas, y va colocado entre ellas uno de los nominativos que forman el sujeto, forzoso será que concuerde el verbo en plural.

«Su virtud, así como su saber, ha sido recompensada»; «La ciencia, lo mismo que las artes, continúa siendo su estudio predilecto» (ejemplos de Benot); darían: «Así su virtud, como su saber, han sido recompensados»; Lo mismo la ciencia que las artes continúan siendo su estudio predilecto.»

228. Cuando las palabras que componen el sujeto están unidas por la conj. *o*, el verbo, según Benot, va en sing. v. gr.: «El o ella lo sabe.» Es ésta, sin duda alguna, la concordancia más lógica, puesto que *saben* indicaría dos personas, y el sentido supone una; mas, como bien lo advierte Bello, el uso permite el verbo en pl. en este caso, como en muchos otros que el autor de *Arg. de las Leng.* sólo toleraría como silepsis.

229. Cuando el verbo se refiere a dos o más palabras enlazadas por la conj. *ni*, va generalmente en pl.: «Ni la iglesia ni el convento con su espaciosa huerta, que mide más de cien fanegadas, ofrecen gran cosa que admirar» (R. Palma. *Tradiciones peruanas*, tomo I, pág. 105).

Según el distinguido gramático mejicano D. Angel de la Peña, si precede el adv. *no* al verbo, puede concertar éste con el nombre más próximo, como se ve en este pasaje del *Quijote*: «Que ni el interés, ni el miedo, ni el rencor, ni la afición no les haga torcer el camino de la verdad.»

Para Benot, sólo va el verbo en sing. cuando una de las palabras unidas por la conj. *ni* puede ser por sí sola nominativo del verbo, p. ej.: «ni uno ni otra obtendrá el premio», «no será Presidente del Congreso ni uno ni otro candidato». Claro se deja ver que la regla dada por de la Peña viene a estar comprendida en la que formula Benot.

\*  
\*  
\*



230. *Más de uno, ¿lo dice o lo dicen? está en lo cierto o están en lo cierto? ¿saldrá o saldrán?...* Si se recurre al uso de los escritores para dilucidar el número que mejor conviene al verbo en estas oraciones que tienen por sujeto a «*más de uno*», poca luz se obtendrá; unos han empleado el sing.; otros el pl.; pero, si bien se considera, es preferible el pl., puesto que si ejecutan la acción *más de una* persona, dos han de ser al menos. El filólogo guatemalteco Batres Jáuregui resuelve este caso optando por el pl. (*El castellano en América*, pág. 152), y aporta para mayor corroboración esta cita de Argensola: «*Más de uno quedaron muertos en esta terrible noche.*» Rivodó (*Entr. Gram.*, tomo IV, pág. 40) concede preferencia al sing., preferencia que es ilógica.

231.—«*Menos de dos años han transcurrido*»... En este ejemplo no tengo inconveniente en admitir el pl. que aconseja Rivodó, pues en *menos de dos años* caben un año y medio, año y cuarto y otras cantidades fraccionarias que requieren el verbo pl.

\*  
\* \*

232.—Cuando el sujeto está formado por un nombre colectivo en sing., el verbo concordará en el mismo número si el sujeto es incomplejo; si el colectivo está especificado, el verbo podrá ir en sing. o pl., según se refiera al conjunto o a los componentes. Se dirá, por tanto: «*la bandada apresuró el vuelo*», y no habrá, en este caso, lugar a dudas; pero, podrá decirse: «*la bandada de cisnes apresuró, o apresuraron, el vuelo*», según se quiera referir el verbo, al conjunto o a sus componentes. Atinadamente, establece Monner Sans, que para saber si el verbo tiene que ir al sing. o al pl., hay que atender al valor de la palabra dominante de la frase; se dirá: «*la mitad de las ovejas pasaron el puente*», porque son *las ovejas* las que *pasaron* el puente»; «*la mitad de las langostas cayó sobre el campo, la otra continuó volando*», porque en esta frase la palabra *mitad* es la dominante.» Inútil será aportar otros



ejemplos y citas de autores, que el uso es vario y la concordancia dependerá siempre, según queda reconocido, del significado o de la intención que se quiera dar a la frase.

Como bien lo confirman Bello, de la Peña y otros gramáticos, *parte*, *resto*, *mitad*, *tercio* y otros sustantivos semejantes, tomados en sentido colectivo, pueden concertar con el verbo y con el adjetivo en pl., según se ve en estos ejemplos: «*parte fueron y el resto se quedaron*»; «*sólo la mitad lo hicieron, y lo que es un tercio, ni paso supieron dar*».

\*  
\* \*

233.—A los que dicen «*tú* (los que hablan con toda vulgaridad, emplearán el arcaico *vos*) y *Pedro SALDRÁN*», *ni tú* (o *vos*) *ni ellos CONOCEN* este asunto», etc., hay que prevenirles que está hoy establecido por todas las gramáticas, y por el uso de muy buenos autores, aun cuando la Acad. haya podido pasarlo por alto, que cuando existen en el sujeto dos o más personas, concierta el verbo en 1.<sup>a</sup> pers. si ésta existe, en 2.<sup>a</sup> falta de la 1.<sup>a</sup> y en 3.<sup>a</sup> si faltan 1.<sup>a</sup> y 2.<sup>a</sup>; si existen 2.<sup>a</sup> y 3.<sup>a</sup>, como en los ejemplos citados, corresponde al verbo la 2.<sup>a</sup> pers. Se dirá, por tanto, *saldréis* donde está *saldrán*; *conocéis*, por *conocen*.

El P. Cejador, en el Cap. V de su interesante obra *La Leng. de Cervantes* (tomo I, pág. 370), dice: «Cuando concurren dos pronombres, la 1.<sup>a</sup> pers. y la 3.<sup>a</sup>, o la 2.<sup>a</sup> y la 3.<sup>a</sup>, que se refieren al mismo individuo, el verbo puede ir en cualquiera de estas pers., y no sólo en la 3.<sup>a</sup>, como dicen los gramáticos: «Yo soy Merlín aquel que las historias—Dicen que *tuve* por mi padre al diablo (II, 35, 236); pudo decirse también: *aquel... que tuvo*... ¡vaya si pudo decirse *tuvo!* como que hoy todo buen escritor o todo individuo bien hablado diría otro tanto, empleando en cada verbo la persona que conviene al correspondiente sujeto de acuerdo con las reglas generales de la concordancia (*soy*, concuerda con *yo*; *tuvo*, con *aquel*; y



las historias, con *dicen*). Y aunque cabe salvedad semejante en las otras citas, no seré yo quien ponga tachas al *Quijote*; queden en buena hora autorizadas las dos concordancias, ya que Cervantes las usó indistintamente, y hasta en un mismo párrafo, según se ve en este ejemplo, citado también por Cejador: «*Yo, Dorotea, soy el que me hallé presente a los desposorios de don Fernando, y el que aguardó a oír el sí...; yo soy el que no tuvo ánimo para ver en qué paraba su desmayo*» (I, XXIX).

234.—Olvidan lamentablemente la conformidad de persona que debe reinar entre los verbos y los nombres o pronombres a que aquéllos se refieren, los que escriben: «*El infrascrito CERTIFICO, DECLARO, etc.*» *El infrascrito*, 3.<sup>a</sup> pers.; *certifico*, 1.<sup>a</sup>: ¡bonita concordancia de sujeto y verbo! Nace tal solecismo de que es común poner «*yo, el infrascrito, certifico, declaro, etc.*», que es muy distinto cantar, pues existiendo el *yo*, corresponde al verbo la 1.<sup>a</sup> pers.

235.—Muchos dan en estampar su nombre en el encabezamiento de sus tarjetas o papel de esquelas, y, como se ha hecho costumbre, arranca de ahí la misiva, diciéndose: «*N. N. saluda, o se complace en saludar, a su distinguido amigo X., y le participa...*» y hasta este punto, o poco más allá, se anda bien, porque se trata de fórmula muy trillada, es como si se anduviera sobre rieles; pero, lo malo es que algunos, al continuar, descarrilan; diciendo, por ejemplo: «*que he resuelto*», «*que no he podido*», etc., sin ver que estos verbos en 1.<sup>a</sup> pers. disuenan atrocemente, pues correspondía seguir hablando en 3.<sup>a</sup> pers., siquiera hasta terminar el párrafo.

\*  
\*  
\*

236.—Ya que he hablado de algunas de las faltas de concordancia que son más comunes en nuestro decir, llamaré la atención sobre el siguiente parrafito, que acabo de leer en una



desdichada novela: **MARCHAD** sin temor, **MI** estimado amigo, pero **CUIDATE** y **TOMA TUS** precauciones.»

Como el tratamiento comenzó en pl., en pl. debió seguir con las formas verbales que corresponden a los pronombres *vosotros, vos, os, vuestros, vuestras*, o bien adoptar las formas del sing. que se acompañan con los pronombres *tú, te, ti, tuyo, tuya*. Para hablar en castellano correcto, debióse decir: «*Marcha* sin temor, *mi* estimado amigo, pero *cuidate* y *toma tus* precauciones», o «*marchad* sin temor, pero *cuidaos* y *tomad vuestras* precauciones.» Muy contado ha de ser el argentino que adopte esta última construcción; antes dirá, si es que el amigo no es de confianza y le merece consideración: «*Marche usted* (1) sin temor, *mi* estimado amigo, pero *cuidese* y *tome sus* precauciones.» Caso de tutearlo, se tendrá esta singular mezcla de vulgaridad y de arcaísmos: «**MARCHAD** sin temor, **mi** estimado amigo, pero **CUIDATE** y **TOMA tus** precauciones.»

Según se ve, bien les sentará a muchos pseudo-literatos un buen repaso de la conjug. de verbos y de la concordancia, antes de meterse a escribir para el público.

237.—En una obra, «de cuyo nombre no quiero acordarme», he leído lo siguiente: «Voy a **ENSEÑARLE** a *estos señores* cómo se resuelve el problema»; y observar debo que quien tal escribió comienza por demostrar que no conoce su idioma. El pron. *le* se refiere a *señores*, y está en su mismo caso (dativo); mal puede ir, por tanto, en sing.; corresponde decir: *voy a enseñarles*... Solecismo es éste que mucho se muestra hasta en obras clásicas; ya es recurso, mal recurso por cierto, para obtener la medida del verso, ya simple gazapo escapado a los editores o a los encargados de corregir. «*Le dice al padre*», «*les dice a los padres*», «*le teme a la penitencia*», «*les teme a las penitencias*»... Estos ejemplos vienen a mostrar la conve-

(1) Y este mismo *usted*, que trasporta al verbo a la 3.<sup>a</sup> pers., puesto en pl., concuerda con verbos de la 2.<sup>a</sup> en sustitución de *vosotros* o *vosotras*; uso que no es exclusivamente americano, pues es común también en Andalucía.



niencia de número que debe existir en estos casos; y si se quiere tener presente alguna autoridad, apréndase este tan ocu-  
rrente como certísimo epigrama de D. Juan de Iriarte (citado  
por Cuervo):

«¡Que con la leche de burra  
Así la salud recobre!  
Más *les* debo a los borricos  
Que *les* debo a los doctores.»

238. Rara será la gramática que no traiga el consabido ejemplo de silepsis «*nos el rey*» o «*nos el obispo*». En esta tierra sin reyes y de muy contados obispos no faltan quienes hayan dado en la flor de citarse como muchos; como que la licencia existe, se aprovechan de ella. Bien que los que escriben en diarios o revistas, tanto más si no firman sus artículos, den en mentarse en pl., ya que hablan ellos a nombre de cuantos forman la redacción; pero, se me ocurre, y no es novedad mía, que quien pone su firma al pie de un escrito usará la debida precisión y exactitud si al hablar de su propia persona adopta el número singular que en rigor corresponde.

\* \* \*

239. Celoso nuestro sin par idioma de su eufonía, ha preferido infringir la concordancia antes que menoscabar el buen sonido.

El artículo *el* se antepone hoy a los nombres femeninos que comienzan por *a* acentuada, salvo cuando se trata de nombres de mujer, pues se dirá *la Ana*, *la Angela*, etc. La Acad. (y con ella la mayoría de los gramáticos) hace extensiva esta regla a los sustantivos en que la *a* está precedida por *h* muda, aunque la verdad es que en este caso el uso es variable; tanto es así, que el mismo *Dic.*, al definir las voces «*Haba*» y «*Habado*», tan pronto dice «*el haba*», como «*la haba*». Cervantes, que evita cuidadosamente la colisión de *aes* acentuadas: «halláronse presentes a la plática la sobrina y *el ama*» (*Quijote*, II, I),



etcétera; no se cuida de ellas cuando se interpone *h*, según prueban estos ejemplos: «le hacetan mala cara *la hambre*» (*Quijote* I, XIX); «sin duda causa mayor pena que *la hambre*» (*Id.*, I, XX); «toda *la hambre*, sed y cansancio que había pasado» (*Id.*, I, XXIII).

En los albores del habla, allá por los siglos XIII o XIV, parece que primó la concordancia sobre la eufonía, según puede colegirse por estos versos de Berceo:

«Puedes matar el cuerpo, la carne mal traer;  
Mas non as en *la alma*, Rey, ningún poder»  
(*Poema de Santo Domingo*).

En cambio, en tiempo de Cervantes fue común, como bien lo advierte Bello (*Gram.*, Cap. XIV), poner *el* por *la*, hasta delante de nombres comenzados por *a* no acentuada, diciendo *el alegría*, *el arena*, *el acémila*, etc. He aquí algunas muestras:

«Como *el aurora* bella y refulgente»  
(Ojeda. *La Cristiada*, libro X);

«La grita, *el algazara* y sobresalto»  
(Valbuena. *El Bernardo*, libro VIII);

«Y que así de los cielos soberanos  
Los árboles midiesen *el altura*»  
(Ercilla. *La Araucana*, canto XXXV).

Si bien en *La Araucana* misma se lee:

«Hierve y crece allí *la agua* detenida» (canto XVIII), no hay duda que se puso *la* por *el* para obtener la medida del verso.

240. Los adjetivos, aun cuando se hallen haciendo oficio de nombres, no siguen la regla que he dejado enunciada; se dice, por ej.: «yo me quedo con *la ancha* y tú con *la alta*», sin parar mientes en el hiato resultante. Los clásicos han tenido, sin duda alguna, el oído más delicado que nosotros; así, Fr. L. de León, en la *Profecía del Tajo*, dijo:



«Traspasa *el* alta sierra, ocupa el llano»

por más que hoy, por obra y gracia de retóricos y gramáticos, se haya dado en cambiar *el* por *la*, que tal viene publicándose ahora, cada vez que se transcribe esta hermosa poesía.

241. El artículo indefinido suele imitar al determinante, toda vez que se apocopa según puede verse en estos ejemplos:

«Va *un* alma zapateadora

Bailando con gran donaire»

(Cervantes. *Pedro de Urdemalas*, Jorn. 3.<sup>a</sup>);

«Tan sólo cantaba *un* ave»

(Andrade. *La vuelta al hogar*);

«Y como *un* alma tímida y errante»

(R. Gutiérrez. *La Oración*);

Aunque algo disuene la colisión de *aes* que resultaría al decir *una alma*, *una ave*, etc., no choca tanto como cuando se trata del art. determinante, ante todo por ser átona la *a* de *una*.

Muy buenos escritores hasta se han permitido infringir la concordancia de adj. y nombre en mérito de la eufonía. Salvá (*Gram.*, pág. 350) cita varias autoridades en que se lee «*aquel agua*» y «*aquel alma*», y entre ellas a Lista, con los versos siguientes:

«*Aquel alma* noble y sabia

Y en *aquel alma* divina.»

En las *Lecciones de Liter.*, por doña Emilia Pardo Bazán (Bibl. de *Oro viejo y oro nuevo*, tomo X, pág. 61), se lee: «*En aquel* agua tan límpida y tan clara.»

Y la Acad., aunque sin mantenerse consecuente con tal uso, dice en su *Dic.*, al definir la voz «*Empavesado*»: «Soldado que llevaba «*este arma* defensiva». Y a fe que la frase no deja de chocar. En otra parte ha estampado: «*algún arte* bella», locución que aparece transcrita en la *Gram.* por de la Peña (pág. 28).

La verdad es que saliendo del art. determinante, este uso se mantiene indiferente. En «*Reseñas y Críticas*», obra del



distinguido académico arg. E. Quesada, que es uno de nuestros escritores más correctos, hallo estos ejemplos: «Ni *una alma* se ve por ellas» (pág. 287), y «sería *una arma* terrible (pág. 178). «*Adiós*», inspirado poema del vate mejicano M. M. Flores, se inicia con esta conocida estrofa:

«Adiós para siempre, mitad de mi vida,  
*Una alma* tan sólo teníamos los dos;  
 Mas hoy es preciso que *esta alma* divida  
 La amarga palabra del último adiós,»

donde pueden verse ejemplos del mismo tenor.

Conviene advertir, que la trasposición en el género de los artículos (1) o adj. determinantes no obliga cambio alguno en el género de la palabra determinada; y recupera su norma la concordancia desde que no tenga ocasión de producirse el encuentro de las *aes*: «Aquí estoy yo que cultivo *el arte dramática*»... (V. de la Vega. *La crítica del sí de las niñas*, esc. última.)

Muchos no lo han entendido así, y dicen erróneamente: *el asma* NERVIOSO, *el ascua* ENROJECIDO, *el Africa* CÁLIDO, *el Asia* EXTENSO. Y hasta ha caído en tan lamentable descuido nada menos que Lista, al escribir:

«Mientras vuela RISUEÑO  
*El aura* de la vida»

(Versos citados por Salvá);

aun cuando hasta hoy sea común en poetas noveles el mentar *el aura* PERFUMADO, OLOSOSO, TIBIO, etc., *aura* (como *asma*, *ascua*, *Africa*, *Asia*, etc.), se mantiene como femenino; tal puede

(1) En rigor de verdad no hay trueque de artículos, pues, según lo advierte el sabio filólogo F. Díez en su *Gramática Histórica*, el uso de *el* delante de las voces femeninas, es debido a una elisión de la *a* en la antigua forma *ela*: *el águila* por *el'águila*.

Se trata de un caso de apócope semejante al que ocurre al decir *un* por *una*; pero, sea cual fuere la causa o el origen, tanto *el* como *un* vienen a resultar las formas que actualmente corresponden al masculino.



verse, si se quiere alguna cita, en *Paz y Misterio*, del poeta mejicano, J. J. Pesado:

«Lentas *las auras*, las silvestres ondas  
Lentas murmuran...»

Quevedo desconoció la excelencia eufónica que aporta esta licencia gramatical, pues en el *Cuento de los cuentos* sostiene lo siguiente: «*El alma* decimos; y supuesto que *el alma bueno* no se puede decir, *el*, que es art. masc., ha de ser *la*, y pronunciarse *la alma*.» Tanto más rara resulta esta aseveración si se considera la época en que fue escrita. ¡Y mal podría uno sorprenderse si llegara a tener noticias de que este festivo escritor era algo duro de oído!

La licencia, a pesar de cuanto pudo decir y hacer Quevedo en su contra, queda de hecho autorizada en cuanto concierne al artículo, especialmente al determinante. Tratándose de los adjetivos, será cuestión de andarse con parsimonia, y convenirá, según mi parecer, que se eviten, en cuanto es posible, tanto el hiato como la licencia, dando otro giro a la locución.

JUAN B. SELVA,  
Profesor en Dolores (República Argentina).



## LOS RETABLOS LEONARDESCOS DE VALENCIA

---

Valencia es una ciudad rica en reminiscencias italianas de diversa índole. Sobre el portal de la iglesia de la Trinidad puede verse un medallón de Bella Robbin con una Madona; la fundición en bronce, rara allí, se halla representada por el animado grupo de San Martín a caballo, que adorna la fachada de la iglesia de este Santo. Desde los tiempos de Alfonso de Borja, que en 1455 subió al trono de los Papas con el nombre de Calixto III, miembros de esta familia ocuparon la sede episcopal de Valencia, elevada en 1492 a metropolitana, durante un período que abarca de 1429 a 1511, aunque sin residir en la capital, excepto el primero. Entre todos dotaron a su ciudad natal, Játiva, a la ducal Gandía y a la misma Valencia, de espléndidas fundaciones y suntuosas ofrendas.

En el Museo de Valencia se conserva el cuadro votivo del Pinturicchio, *El Cardenal Francisco de Borja de hinojos ante la Madona*, de la capilla de la Colegiata de Játiva, por él fundada. De objetos del culto regalados por la munificencia papal, mencionaremos tan sólo el cáliz de Calixto III, en San Nicolás, con seis delicados medallones y una elegante ornamentación «pagana».

Pero, lo más importante desde el punto de vista artístico en esta diáspora, son los doce retablos del altar mayor de la Cate-



dral (La Seo). La figura principal del altar era una estatua de la Virgen, rodeada de ocho episodios de su vida, en relieve, en plata, obra comenzada en 1470. Durante la guerra de la Independencia se la embarcó para las Baleares, y en 1812, en Palma, el general Ballesteros dió orden de que se la fundiera. Los cuadros, también con escenas de la vida de Nuestra Señora, se salvaron de esta borrasca. Desde muy antiguo fueron tenidos en gran aprecio. Felipe II, al visitar Valencia en 1585, acompañado de su hija Isabel y del heredero del trono, Felipe, confirmó el alto valer de estas obras con entusiastas extremos. «El altar es de plata—cuentan que exclamó,—pero sus puertas son de oro.» Ponz opina que el monarca dijo una gran frase en esta ocasión (*me parece que dixo grandemente*).

En 1738 *Pascual Esclapes* consignaba en su *Resumen historial*, pág. 52, los nombres de los artistas *Francisco Neápoli* y *Pablo de Aregio*, que había rebuscado en los archivos, mas los honorarios que habían percibido, tres mil ducados, *de cámara*. Desde entonces consideróse esos cuadros labor italiana. El viajero *Antonio Ponz* fue el primero que habló de los cuadros, con perfecto conocimiento de la pintura italiana. «Cuando contemplamos esas obras—escribe en 1779,—el primer impulso es atribuir las a Leonardo de Vinci. En todo tiempo dieron que pensar a los maestros que las examinaron, los cuales admiraban en ellas lo acabado de la ejecución y la expresión de las figuras, cualidades ambas que caracterizan a la escuela florentina y que florecieron con singular brío en Leonardo de Vinci.» Ponz recomendó con encarecimiento la vulgarización de estas obras por medio del grabado. El mismo juicio lo han repetido luego todos los escritores que se han ocupado de estos cuadros—Conca, F. Quilliet, Ford y Stirling,—atribuyendo su paternidad a los artistas mencionados por Esclapes. Ninguno ha puesto en duda que fuesen obra de italianos, y todos han confirmado unánimemente la presencia del elemento leonardesco. La escuela de Vinci salta allí a la vista en la composición, en el claroscuro y en los tipos de los personajes. La



biografía del gran florentino se enriqueció así con los nombres de dos discípulos de los que no se tenía en Italia la menor noticia.

Esa confianza en los datos de Esclapes era, sin embargo, algo impremeditada. Verdad que existían las fuentes de documentación, y cierto también que los nombres de los artistas estaban bien tomados; pero entrambos hacían referencia a otro trabajo muy distinto, aunque en el mismo sitio conservado. El *Diario de la Seo* menciona que allá por el año de 1471 el Obispo y el Cabildo hicieron venir a dos pintores florentinos «muy diestros y primorosos en su arte», pero para que pintasen al fresco los muros y la bóveda del altar mayor. Trátase de un trono de serafines en lo alto, angélicas figuras, guirnaldas de pámpanos y frutos, figuras apostólicas y episodios entre las ventanas. Se sabe también que uno de esos pintores fue el napolitano Francisco Pagano; el otro, Pablo de Aregio. Este último lleva el sobrenombre de «el lombardo», y a ambos se les denomina pintores de frescos («pintura del fresch»), o, como se decía en el latín notarial de aquellos tiempos, «pictores super recenti et humefacta pictura». Su trabajo quedó terminado en 1478, excepto las partes en oro, y en 1481 apareceu firmando un recibo, por valor de 3.000 ducados oro, que les habían sido pagados en tres plazos.

Resulta claro que los dos italianos fueron llamados para que decorasen con pinturas los muros de la Capilla Mayor. Del retablo comenzado ya, no se habla para nada. Conocido es también el dato de que el andamiaje para el mismo se dispuso en 1506 por el maestro carpintero Carlos. La presunción de Stirling de que aquellos hábiles italianos, una vez allí, debieron encargarse también de aquellas tablas, debió tomarse más bien como una corazonada que como un juicio crítico (1). Pero no habiendo subsistido nada de aquella pintura decorativa en

---

(1) Neapoli y Aregio likewise painted a part of the walls of the Cathedral in fresco.—Stirling: *Annals*, pág. 98.



la renovación barroca de 1682, no cabía afirmar ni negar nada en este punto.

Fue el sabio teólogo e historiador D. Jaime Villanueva quien ya en 1803, en su *Viaje a las iglesias de España* (I, 38), manifestó dudas sobre la exactitud de aquel aserto. «Como al ser llamados aquellos pintores (1471)—dice—ya tenían un nombre, no es inverosímil que hubiesen fallecido antes de 1500, cuando aún no estaba terminado el retablo» (de plata). Y más adelante: «Yo no me atrevo a colocar a Neapoli y a Aregio entre los discípulos de Leonardo, a pintores que gozaban ya de reputación en su arte, cuando su presunto maestro sólo contaba veinticinco años.» Villanueva creía poder señalar, en cambio, a un maestro del cual había visto cuadros en Santo Domingo. Con más verosimilitud se hubiera podido relacionar los nombres de Neapoli y Aregio con las pinturas murales de que aún se conservan algunos restos en la antigua sala capitular y que muestran el crudo realismo propio a los frescos del siglo xv.

### Hernando Yañes.

Una vez puestos en tela de juicio los nombres de los discípulos de Leonardo, era lo más inmediato investigar entre sus allegados artísticos de la Península. Y aquí se ofrecía ya el nombre de un pintor conocido por sus obras, en el interior del país, en la catedral de Cuenca, tan interesante para los amantes del Renacimiento español por el pórtico plateresco, debido a un maestro de estirpe morisca, Xamete (Achmed).

Cuando se recorre la nave septentrional, llama la atención una verja con puerta, en cuyas pilastras y dinteles, finamente cincelados, se ven imágenes de muerte admirablemente combinadas con símbolos de lucha y de vida. La dúctil fantasía de aquel tiempo sabía formar y fundir con acierto, para fines ornamentales, figuras emblemáticas y sacras con símbolos heráldicos, y figuras tomadas de la Naturaleza y de la Historia. Con cráneos, tibias cruzadas, bacinetes y omoplatos, con yelmos,



corazas, cotas de armas, cabezas de ángeles y las llaves de San Pedro, con ondulantes cintas, acertó Antonio Flórez a formar allí un todo, cuya significación la indica la leyenda: *De victis militibus mors triumphat*. Es el *Sacellum militum*, la capilla de los caballeros, el panteón de los Albornoz, de la familia del cardenal Gil, restaurador del Estado eclesiástico.

En la penumbra de esta capilla sobresalen tres retablos: una *Crucifixión* de varias hojas, con pequeñas figuras sobre el altar mayor, una *Epifanía* y una *Lamentación* con figuras algo mayores, oscurecidas por el tiempo y el humo de los cirios. Como sombras evocadas del Hades, emergen del fondo de esos cuadros imágenes llenas de vida, amables cabezas, últimas vibraciones de un impulso nacido en otro tiempo, bajo un cielo totalmente distinto, en la Mancha melancólica.

Fue Ponz también quien descubrió estos cuadros, que por espacio de doscientos cincuenta años estuvieron en el olvido. Ya en su tiempo, había que encender cirios y pedir licencia para subir a los altares, si se quería verlos. «Aseguro a usted— escribe el viajero—que son cuadros famosos, en los cuales veo el estilo del gran Leonardo.»

El fundador de la capilla, el canónigo D. Gómez Carrillo de Albornoz (fallecido en 1536), protonotario y tesorero de la catedral, que mandó construir dos de estos altares, había estado en Roma y en Bolonia, de donde pudo traerse los cuadros o al pintor mismo. La urna de pórfido del fundador, bajo el altar de la Piedad, procedía de Roma.

Algunas décadas más tarde, logró Cean Bermúdez, el autor del *Diccionario*, ver el testamento de este D. Gómez (de 23 de Mayo de 1531), y en él encontró también el nombre del pintor Hernando Yañes. Las disposiciones concernientes a este último pudo cumplirlas el testador mismo, efectuando además el pago del tercer retablo (*La Epifanía*), fundación de su primo D. Luis Carrillo y de su esposa D.<sup>a</sup> Inés Barrientos. Notable es la indicación de que nada ha de haber allí plástico («de bulto»), salvo los marcos estilo Renacimiento («talla de lo roma-



no»), que todo ha de ser obra de pincel, así como también los términos en que habla del pintor: «Señor pintor, singular pintor».

Ahora bien; es cosa averiguada que el nombre de Yañes era conocido aún a principios del siglo. Palomino, en su *Museo* (III, 267), dedicó a este «gran pintor» seis líneas, plagadas por cierto de inexactitudes, diciendo que falleció por los años de 1600, a los cincuenta cumplidos de su edad, y que fue discípulo de Rafael de Urbino. Sin embargo, no anduvo equivocado al señalar el lugar de su nacimiento, Almedina, en la Mancha, donde vivió, y donde aún podía verse en la iglesia parroquial un retablo obra suya, la única de que Palomino pudo tener noticia. Almedina es una antiquísima aldea, cuya iglesia tuvo que cerrarse al culto hace sesenta años, por su ruinoso estado.

En el otoño de 1877, mucho antes de que los nombres de los maestros valencianos hubiesen sido discutidos, hizo el autor una excursión de Madrid a Cuenca, lo que suponía entonces veinte horas en diligencia. Gracias a la amabilidad del clero conquense, pudo ver los cuadros con toda comodidad.

*La Epifanía.*—María, grave, serena, llena de distinción, sentada en un banco rústico, estrecha contra su regazo al niño, que se aferra a las manos maternales, con la mirada vuelta al regio anciano. En torno suyo, un coro de compactas cabezas; más lejos, un anciano apoyado en su báculo, una elevada figura con un ropaje exótico y turbante. Se piensa en el cartón de Leonardo en los Uffizi.

*La Lamentación*—un robusto cuerpo de varón tendido a lo largo, un grupo de afligidas figuras, en cuyo centro sobresale una juvenil imagen, con las manos cruzadas junto a las mejillas;—a la derecha, a los pies, el puro perfil de la Magdalena; arriba, una inclinada cabeza de rizados cabellos.

*La Crucifixión* es la más borrosa. Junto a la cruz se ve arrodillado al fundador con el hábito de la Orden de Predicadores. Sólo la «predella» podía verse bien; en el centro, Cristo resu-



citado, entre San Pedro y San Pablo y los dos Juanes; y en el zócalo de las pilastras, dos episodios de la vida de Santa Catalina: el tormento de la rueda y la decapitación. La Santa tiene el rostro vuelto hacia arriba, como en el cuadro de Gaudencio Ferrari.

La disposición de las figuras carece de ambiente; los personajes se asoman demasiado al primer término, hasta dar casi en el borde superior. La ejecución es amplia, diáfana, bien fundada de color. Para hacer resaltar las figuras principales de las otras, el semblante del resto de las figuras y las figuras del fondo, se extralimitó un tanto el artista en el empleo del claroscuro. Pero la gracia que respira todo el cuadro hace sentir su hechizo a través de aquella oscuridad.

Ahora bien; quien al contemplar estos cuadros tenga presente lo que sobre los discípulos de Leonardo dicen las biografías anónimas, recogidas por MILANESSI (1872), no dudará que nuestro Hernando Yañes, que tal reputación había alcanzado, entretanto, en su patria, era el mismo que aquel FERRANDO Spanuolo, que estuvo al lado del maestro, cuando pintaba el cartón de Pisa (1504-5), en el palacio de la Señoría. Pero, al mismo tiempo, no podrá menos de acordarse de los valencianos. El autor observó entonces: «Los que más se le aproximan en España son los pintores de Valencia.» Y unos años más tarde, como volviese a ver los cuadros de Valencia, anotó: «Quizá de aquel Yañes.»

Por aquel tiempo no pudo comprobar el autor esta suposición, y la causa de ello no fue otra que la siguiente: El problema se había complicado aún más de lo que lo estaba. En 1881 pensaba yo investigar si aquellos nombres de Aregio y Neapoli no se habrían hallado recientemente en Milán o en Florencia. Y entonces precisamente tuve noticia de que en la Galería Cereda, en Milán, había un cuadro leonardesco, firmado FRANZISZO NAPOLITANO, y que el comendador MORELLI, al oír hablar de los cuadros de Valencia, había expresado su opinión de que acaso fuesen obra de este F. N. El



cuadrito de Milán muestra a la Virgen sentada en su trono, entre San Sebastián, de rizadas guedejas, y el Bautista, de aire abatido. Ahora bien; aun cuando en detalle no se pudiese confirmar la intervención del valenciano en esta obra, su carácter leonardesco era indudable. La traslación a un país extranjero, el mucho trabajo y la colaboración con otros, son circunstancias bastantes a explicar diferencias aún mayores. Así, pues, aquellas dudas tan fundadas vinieron a ser dudosas ellas mismas, pues aun cuando resultase comprobada la existencia del discípulo de Leonardo, Francesco Napolitano, en Milán; aun cuando fuese igualmente cierto que un Francisco de Neapoli trabajó en el coro de Valencia, allí donde, aunque más tarde—no mucho, sin embargo, para lo que puede durar la carrera de un artista,—se produjeron cuadros leonardescos; ¿quién hubiera osado afirmar, sin nuevos datos, la existencia de dos Francisco de Nápoles? ¿Cómo pudo ocurrir que los fresquistas de 1471, que aún no podían haber aprendido nada del estilo de Leonardo, se convirtiesen en los leonardescos de 1506? He ahí el enigma.

**Ferrando de Llanos  
y Ferrando del Almedina.**

Querer buscar algo en los copiosos archivos eclesiásticos de España, era en la época de mi excursión como pretender un milagro. Por lo demás, el paciente PAHONER, que registró el archivo local en sus catorce folios, no halló nada referente al autor de los retablos. Pero el canónigo Dr. D. ROQUE CHABAS, editor de la revista histórica *El Archivo*, se tomó el trabajo, por el cual merece gracias, de registrar de nuevo el protocolo del año 1506, y más pronto de lo que podía esperarse, dió con el contrato de las puertas de altar, de 1.º de Marzo de 1507, que nadie hasta entonces había visto. Dicho contrato lo reprodujo *El Archivo* en su número de Diciembre, tomo V, capítulo VI.

Los nombres de los pintores rezan allí: MESTRE FE-



RRANDO DE LLANOS y MESTRE FERRANDO DEL ALMEDINA (sic). El nombre del primero era desconocido en los registros de pintores españoles; el segundo, es nuestro Llanos. Entrambos procedían de la provincia de Cuenca; el lugar de Santa María de los Llanos se halla a doce leguas de Almedina. Son, por lo tanto, «manchegos», hijos de la Mancha, provincia que en todo el mundo se ha hecho célebre por haber sido la patria del más inmortal de los caballeros españoles. La remuneración que percibieron los artistas fue de 31.500 sueldos «de moneda real».

Están pintados los cuadros sobre ambas caras de seis sólidas tablas de unos 18 mm., recubiertas de lienzos múltiples. En el contrato se describe, además, el asunto—«seis gozos y seis hechos de Nuestra Señora»;—indicándose asimismo que en la pintura han de emplearse «finos colores al óleo», laca florentina y ultramarino.

Las indicaciones de los canónigos fueron atendidas al pie de la letra. Sobre un fondo de pintura cálida y oscura sólo resalta el blanco que da aún más vigor a los colores, el rojo y el azul en los paños y en el paisaje. Estos sencillos colores dan a las tablas una potencia cromática, saturada, que afecta a los ojos casi sensiblemente, y hace que se eche de menos un cuarto color o una tonalidad más rota, al mismo tiempo que comunica cierta monotonía.

Sin embargo, en las doce tablas se pueden distinguir con toda precisión los dos pinceles que en ellas colaboraron, pues los maestros se las repartieron por partes iguales: Seis tablas—*El Nacimiento de la Virgen, La Epifanía, El Descanso en la huida, La Ascensión, La Pentecostés*—son aquellas en que más se advierte el carácter leonardesco. Su autor demostró aquí haber estudiado los tipos de su maestro, que reflejan en las figuras de las tablas, y estar recién llegado de Florencia. Son las mismas delicadas figuras de mujer, de animada expresión, ya estén sentadas, de rodillas o en pie; la misma inclinación lateral de la cabeza, la misma dulzura en los ojos y en la boca; son los



mismos cuerpecitos infantiles regordetes, de caras mofletudas; idénticos ancianos, animados y enjutos, de profundas pupilas, sombreadas por espesas cejas y hombros subidos. La misma serenidad amable trasciende del *Descanso en la huída*, de *La Adoración de los Reyes* y de la suntuosa *Fentecostés*. El pintor es un maestro en lo de dar a sus figuras una expresión llena de encanto. En el *Parto de Santa Ana* ocupa el primer término una serie de cinco lindas doncellas, alegremente atareadas, mientras la parturienta las contempla tranquilamente apoyada sobre el codo.

Al muelle carácter de esta escuela le ha impreso su sello la avasalladora personalidad de Leonardo. Es una creación de la Academia milanese, que se enlaza con la serie de los Luini, Marco D'Oggione, Cesare da Sesto. Pero allí, donde le faltaron los modelos del maestro, la labor del artista de Valencia no es tan satisfactoria; Cristo resucitado es una figura encogida, lamentosa, sin vida, de manos y pies desmesurados. Se halla de pie sobre un sarcófago con garras de leones decorado. José, en la huída, es una figura vulgar de campesino; aquellos mancebos que hay en *La Ascensión*, y que parecen de madera, se diría que son hijos de la Mancha que conservan recuerdos del Arno.

El otro maestro es el más inspirado, el de más sólida educación artística, el de estilo más grandioso y mano más firme. Obra suya son: *El Encuentro junto a la Puerta Aurea*, *La Visitación de la Virgen al Templo*, *La Visita a Isabel*, *La Adoración del recién nacido*, *La Presentación en el Templo*, *La Muerte de la Virgen*. El carácter de estos cuadros es más serio; la construcción de las figuras y el arreglo de los pliegues de los paños, más proporcionados; mayores las dimensiones, más firmes los rasgos fisionómicos. La composición es menos floja, y en este punto *La Muerte de María* debería ocupar el primer puesto. ¡Qué magnífica es la figura de la Virgen cubierta con el manto, en *La Visitación*! Y, sin embargo, no carece de gracia infantil. Se ve allí a la pequeña María, subiendo las elevadas gradas del Templo, con los brazos cruzados en actitud pensa-



tiva, los ojos vueltos a sus padres y a los alegres y ruidosos juegos que deja para siempre. La muchachita que lleva la cesta, con las ropas ahuecadas por el viento, es una auténtica figura florentina.

Estas reminiscencias de la pintura toscana de aquel tiempo no han pasado inadvertidas. HERMANN LUECKE les encontró (1872) «una fisonomía eminentemente florentina». A BERTAUX le recordaban Fra Bartolomeo, y el Perugino; IRIZONI hallaba en ellas rasgos lombardos al mismo tiempo que reminiscencias de Pier di Cosimo. A pesar de todo, el autor de estas tablas se halla más libre de esas influencias; tiene un carácter más español que su colega. Ahora bien; ¿cuál de estos dos italianizados hijos de la Mancha, que llevan el mismo nombre visigodo (Vredenand) es Yañes, el pintor de la capilla de Albornoz de Cuenca, y cuál el recién descubierto Llanos? La contestación a esta pregunta sólo puede obtenerse comparando las tablas de Valencia con aquellos tres cuadros, tan borrosos, cuya paternidad está documentalmente comprobada. En mi artículo de 1893, reuniendo mis recuerdos, había yo señalado a Yañes como autor de las seis tablas más leonardescas y más flojas desde el punto de vista artístico, designando al otro, el más inspirado, en mi concepto, como el recién descubierto Llanos. E. BERTAUX, que hace poco pudo estudiar el problema más detenidamente, y con ayuda de la fotografía, ha llegado a una conclusión totalmente distinta, a la que, bien mirado, no encuentro reparo que poner.

Los referidos maestros pudieron muy bien, una vez terminada esta gran obra, en época que no es conocida, quedarse residiendo en Valencia. En la nave de la catedral había aún dos tablas de los Santos Cosme y Damián, un anciano y un mancebo, piezas centrales de un retablo, en el cual hacía de «predella» la *Lamentación*, de la sacristía. Allí, entre un palacio con soportales y el sepulcro con el sarcófago, se dilata un amplio y risueño paisaje, en cuya lontananza se vislumbra el panorama de Valencia.



También en las provincias vecinas se encuentran de esas tablas. En una capilla de Barcelona (capilla de San Eloy, del gremio de los plateros), se conserva hoy todavía una *Madona*, con el niño, en medio de un paisaje cercado de episodios de su vida. En la catedral de Murcia, en una capilla del coro, vi yo uno *Desposorios* del año 1516.

### Pablo de San Leocadio.

Pero ¿qué se hizo entonces de nuestros dos desposeídos italianos Pablo Aregio y Francisco de Neapoli? Aun concediendo que haya que borrarlos de la lista de los discípulos de Leonardo, no es posible relegarlos al limbo de los nombres que no dicen nada. Sobre todo, al primero. «Sanabit qui percussit.»

En Gandía, en la iglesia parroquial, hay un retablo que goza desde hace mucho tiempo gran estima, y que consta de ocho tablas grandes y cuatro más pequeñas, más algunas figuras aisladas en los marcos («polseras»), fundación de los Borja. Alejandro VI compró Gandía en 1485 al rey Fernando para vincularla en su familia; en 1499 elevó a colegiata la iglesia de Santa María y le regaló ricos ornamentos. María Enríquez, viuda de Juan de Borja, duque de Gandía y Suesa, y su hijo Juan, ampliaron el edificio, y en 1501 encargaron al pintor Pablo de San Leocadio las pinturas del retablo, pagándole por ello 30.000 sueldos. Delante del altar se halla el sepulcro del fundador. Ahora bien; de los documentos recientemente descubiertos se desprende que este Pablo y el Pablo Aregio de Valencia, son la misma persona. En los documentos de la SEO, fecha de 1478, publicados por el Dr. Chabas, se le llama «mestre Paulo de sent leucadio, alias de Reschi», y también PAULUS DE REGIO; pero el pintor de Gandía firma PAULO DE SENT LEOCADIO, en latín PAULUS DE SANCTO LEOCADIO. Debe hacerse referencia a Regio, en el ducado de Módena, no a Arezzo.

Los cuadros de Gandía son puramente italianos. Grupos



simétricos de finas figuras, en dignas y comedidas actitudes, con semblantes que reflejan un apacible estado de alma, de tonos lila, gris oscuro en las carnes, y de matices apagados en los paños. Las escenas se desarrollan ante un paisaje azul, con suaves colinas al lado de valles amplios y apacibles, como en los cuadros de la escuela de Umbría. Las formas ornamentales acusan el estilo del Renacimiento, pero aún subsisten los característicos nimbos de oro. Los cuadros que en conjunto hacen una impresión uniforme y monótona, ganan examinados en detalle, y sobre todo, las cabezas de las figuras revelan a un pintor serio y de sensibilidad exquisita, pariente espiritual del Perugino. Obras del mismo artista hay en la capilla del palacio de Borja y en el convento de Santa Clara en Gandía.

En la crónica de MARTIN DE VICIANA (impresa en 1564) hay testimonios de haber pintado el mismo artista otros grandes retablos, en Castellón de la Plana y en Villarreal (1). Y aun a principios del siglo anterior se veían cuadros de un maestro, Felipe Pablo de Sancta Leocadia, sobre el altar de Santo Domingo de Valencia (1525). A juzgar por las importantes obras que le fueron encargadas, y por el epíteto de «solemne artefice» que le aplica el cronista, debió ser tenido en el

(1) Libro segundo de la *Crónica* de la inclita y coronada ciudad de Valencia y de su reino, compilado por Martín de Viciana. *Valencia*, por Juan Navarro, 1565, pág. 13 (Gandía): «El retablo principal es de Invocación de Ntra. Sra. la Madre de Dios, con figuras de muy prima y delicada labor, e fue hobra del solemne artefice que conoscimos, Maestro Paulo de San Leocadio.»

Libro tercero, etc., pág. 132 (Villarreal): «La iglesia principal es de título de Santiago Apóstol con un retablo de muy primo lauor de mano de Pablo de Santo Leocadio, que costó de hazer mil y quinientos escudos.»  
Página 186 s. (Castellón de la Plana): «El retablo principal de la yglesia es el mayor del reyno, es hermoso y fue labrado de mano de Pablo de Sancto Leocadio, solemne artefice.»

La mayoría de los bibliógrafos sólo menciona el tercero y cuarto tomo de esta rarísima obra. El primero ha debido perderse. Del segundo posee un ejemplar incompleto la Biblioteca de la Universidad de Valencia.



siglo XVI por uno de los primeros artistas valencianos. Del retablo de Castellón, que era el mayor del reino, no he podido encontrar la menor huella. Pero del de Villarreal se conservaban todavía las tablas sueltas en muy buen estado, en la sacristía de la nueva iglesia de Santiago, edificada en 1750. Ahora bien; esas tablas dan una impresión más concreta, más viva, del maestro. Este se nos muestra allí más juvenil, impregnado aún de reminiscencias italianas.

Los hechos del apóstol Santiago están llenos de vida, expresados con el realismo de aquel tiempo y con potente colorido; hay entre ellos preciosos cuadros de época (por ejemplo, *Los feligreses escuchando el sermón*); la suntuosa arquitectura es toscana.

La historia de la pintura valenciana, que en nuestros días ha renovado su antigua gloria de modo tan brillante, se ha enriquecido así con nombres que, sobre todo uno (el de Yañes), habían caído en un completo olvido. Allí mismo, donde creó una obra maestra, nadie le recordaba. E. Bertaux, que se propone darnos la historia, que tanta falta hace, de los primitivos españoles, ha añadido además a estos nombres los de Jacomar Bacó, Maestre Rodrigo y su hijo que, hasta ahora, sólo era conocido por la gran *Epifanía* del Museo de Kensington. La memoria de este maestro fue oscurecida por pintores como aquel Vicente Juanes, aunque este «Rafael español», tan estimado entonces y después, sólo fue un agradable amanerado, un epigono cuyas facultades no llegaban a las de los antiguos de quienes procedía.

CARLOS JUSTI



# LAS REINAS DE LA ESPAÑA ANTIGUA

---

## JUANA LA LOCA

(*Conclusión.*)

No hay duda ninguna de que Juana fuera vigilada cuidadosamente por los agentes de su padre y de Cisneros; y, aunque en apariencia obraba libremente, cualquier intento de independencia o de entrar en alguna combinación política que no fuera de la conveniencia de ellos, hubiera sido reprimido al punto. Su enfermedad mental no había de negarse ciertamente por su padre o sus agentes, que tenían impaciencia por recluirla, tanta como había tenido su marido. Hechas, sin embargo, toda clase de deducciones, es indiscutible que en su estado de enfermedad hubiera sido Juana desastrosa para el país si se le hubiera consentido ejercer pleno mando político en aquella ocasión, aun con su anuencia propia; pero si Fernando no se dejara guiar únicamente de sus propios intereses, la desdichada mujer pudiera, después de su llegada, haberse asociado a él en el gobierno, y conservado, a lo menos, su libertad personal y su soberanía aparente.

Jiménez, en tanto, ponía firmemente su mano en el gobierno del Estado. Las grandes Ordenes militares, de que Fernando era perpetuamente Gran Maestro, estaban a su obediencia, y le daban fuerza para poder sujetar a los nobles (1),

---

(1) Cisneros levantó, además, una fuerza de mil lanceros, al mando de un jefe italiano, para robustecer así sus decisiones.



así como al partido flamenco, que reclamaba para el emperador Maximiliano la regencia de Castilla, como representante de Carlos, hijo del difunto monarca. El gran Cardenal, fuerte mucho más que ningún otro en España, preservó así a Castilla de la anarquía hasta la llegada de Fernando, en Julio de 1508. Sus procedimientos eran, es cierto, arbitrarios y contra la Constitución del Estado; porque a la Reina, quisiera o no quisiera, no se la permitía obrar; pero, al fin, Cisneros gobernó en este período de crisis suprema, como lo hizo en otro de crisis aún más aguda, a la muerte de Fernando, ocho años después; y cuando Fernando volvió eventualmente de Nápoles, todo estaba preparado para gobernar él en Castilla, en armonía con los planes de la Casa Real aragonesa.

A tan alto grado había subido el triunfo de Fernando en el interior como en el exterior de sus reinos. La muerte de Felipe obligó a Enrique de Inglaterra a cambiar de actitud y buscar la amistad del rey de España. Catalina de Aragón, princesa viuda de Gales, tan ignominiosamente abandonada y maltratada, encontró nuevamente en su suegro el inglés rostro sonriente y amable. Para complacerle, consintió ella en negociar el matrimonio entre Enrique VII, viudo recientemente de la reina Isabel de York, y la pobre Juana, que languidecía al lado del cadáver de su marido en Torquemada. La proposición era diabólica, porque la locura de Juana y el insano afecto a la memoria de su marido eran conocidos por dondequiera; pero Catalina de Aragón no tuvo escrúpulo en estimular tal enlace para mejorar su posición propia en Inglaterra. Fernando accedió benévolamente tan burda proposición. Erale buena coyuntura para ganar algunas concesiones, como el pago de la viudedad de Catalina, que de hacía tiempo se le debía, sin lo cual Enrique amenazaba destruir el casamiento de ella con su propio hijo y heredero. Fernando escribió, pues, de Nápoles suplicando que la proposición de casar a Juana se mantuviera secreta hasta que llegara él a España, o Juana, de otra suerte, «haría algo para impedir su realización»; pero le prometía



que, de casarla, no había de ser con otro que con su cuñado de Inglaterra.

Cualquiera que fuese la intención verdadera de Fernando, y parece muy lejos de toda verosimilitud que pensara en facilitar a tan poderoso señor como Enrique Tudor poner su planta en Castilla como regente o de cualquier otra manera, es lo cierto que su agente en Inglaterra estaba completamente entusiasmado con aquel plan de sacar a Juana de España. «Ningún rey en el mundo—escribía él en 1507—podría hacer tan buen marido (como Enrique VII) para la reina de Castilla, ahora esté sana o no. Podría recobrar su razón casándose con persona semejante; pero, aun en este caso, el rey Fernando podría tener la seguridad de conservar la Regencia de Castilla. Por otra parte, si la insania de la Reina resultaba incurable, no sería ello inconveniente para vivir en Inglaterra. Los ingleses parece que no dan mucha importancia a esta su enfermedad, sobre todo cuando se evidencia que su enfermedad mental no la impide tener hijos» (1).

Mientras Catalina en Inglaterra estaba «cebando» a Enrique VII para su provecho particular con el bocado tentador del matrimonio con Juana, y el rey de Francia ofrecía la mano de un príncipe francés, la reina de Castilla permanecía en letárgico aislamiento en Torquemada, aunque la llaga se le re-crudeció aquel verano: algún fraile desvergonzado le había dicho que Felipe volvería otra vez a vivir con ella; y allí, obstinadamente, quiso permanecer y afrontar este caso; y cuando la instaron a trasladarse a la vecina ciudad de Palencia, donde podía proporcionársele más comodidades, decía que no era conveniente que una viuda se presentara en público, y todo cuanto pudieron lograr que se moviese fue hacerla llegar a una pequeña población, llamada Hornillos, a pocas millas de Torquemada, adonde pasó en el mes de Abril (2). Hablaba poco,

(1) Puebla a Fernando: *Spanish Calendar*, vol. I, pág. 409.

(2) Pedro Martyr: *Epistolæ*.



y, salvo oír música, a que era grandemente aficionada, no tenía otra distracción; pero no pocas cosas acreditan que, a pesar de sus extravagancias, no estaba privada por completo de juicio. Cisneros había obtenido de ella un decreto destituyendo todos los consejeros nombrados por Felipe. Estos favoritos de su marido se pusieron, naturalmente, furiosos, y pidieron audiencia a la Reina en Hornillos. Recibiélos en la Iglesia donde el cuerpo de Felipe estaba depositado. «¿Qué traéis al Consejo?»—les preguntó.—«Venimos disgustados por un decreto emanado y suscrito por Vuestra Alteza»—replicaron.—Entonces tuvo lugar un violento choque de palabras, y Juana, volviéndose al marqués de Villena (1), que estaba tras ella, le dijo que su mucha audacia le acarreaba a ella tal afrenta. Luego declaró con tono resuelto que era su deseo se volviese cada uno a la posición u oficio que tenía antes de venir con su marido a España; y así, cuando Don Fernando llegara, encontrara todo como antes de partir. Esto constituía, ciertamente, una victoria para el partido de Fernando, pero es claro que Juana sabía perfectamente lo que se decía en aquella ocasión (2).

Al fin, a principios del otoño de 1507 llegaron alegres nuevas de que Fernando había desembarcado en Valencia, y,

---

(1) Villena era contrario a Fernando; no obstante lo cual, la Reina le dispensaba afecto. Ella pensó, probablemente, que hubiera sido él el inspirador de la protesta.

(2) El recelo castellano por el gobierno aragonés, que era realmente lo que prestaba coherencia a los partidarios de Felipe, no dejó de respirar nunca; y si no hubiera sido por la firmeza de Cisneros y por la diplomacia de Fernando, se hubiera, probablemente, apoderado una liga de nobles de Juana, en aquella ocasión, y hubieran gobernado en su nombre. Muchos de los señores castellanos más poderosos aparecen protestando contra la cesión del gobierno en manos de Fernando. Existe en el archivo de Frías una protesta, fechada en 19 de Junio de 1507, antes de que desembarcara Fernando en Valencia, firmada por el marqués de Pacheco, repudiando solemnemente a Fernando como Rey, jurando lealtad a Juana y atribuyendo todo lo que ésta hacía a intimidación y fuerza. Como estas protestas se mantuvieron secretas, nada arriesgaron los nobles por entonces.



acompañado de numerosas tropas, estaba entrando en Castilla, siendo probablemente acogido por los nobles y el pueblo, en general (1). Tan pronto como Juana supo que su padre había entrado en su reino, hizo cantar un *Te Deum* en la iglesia de Hornillos, y salió a recibirle llevando consigo, como siempre, el cadáver de su marido, y viajando sólo de noche, como era su costumbre ahora. En un lugar llamado Tórtoles, a doce leguas próximamente de Valladolid, se encontraron padre e hija. El Rey se acercó rodeado y seguido de multitud de nobles y prelados. Esperábale a la puerta de la iglesia Juana, acompañada de su hermana bastarda la marquesa de Denia, y según que él se descubría, ella se echó atrás el negro capuchón que, a guisa de viuda flamenca, llevaba, y se despojó de la blanca cofia que tapaba sus cabellos. Echándose a los pies de su padre, quiso besarle la mano; pero él se arrodilló también y la abrazó tiernamente, conduciéndola por la mano a su casa. Dió Juana a su padre toda muestra de sumisión filial, y, después de varias conferencias privadas entre ambos, Fernando anunció que ella había delegado en él el gobierno de Castilla.

Pocos días después, se dirigió toda la corte a un pequeño lugar llamado Santa María del Campo, a pocas leguas de Burgos, viajando Juana, como de costumbre, por la noche, acompañando al ataúd, y allí en Santa María fue celebrado el servicio funeral de aniversario por Felipe (25 Setiembre 1507), y Jiménez de Cisneros recibió el capelo cardenalicio, aunque Juana no permitió que tuvieran lugar ceremonias de regocijo en la misma iglesia que guardaba los restos de su marido. Con mucha fatiga, logró Fernando persuadir a su hija a que le acompañara a una población más grande, donde encontraría más solaz, y al fin, a principios de Octubre, salieron, viajando Fernando de día y Juana de noche. Mas, súbitamente, Juana

---

(1) El marqués de Villena había sido repuesto a su lado, y poco después, D. Juan Manuel fue sobornado para que devolviera el Alcázar, aunque él se retiró a Flandes, porque no tuvo nunca fe en Fernando. El único noble que permaneció sin rendirse fue el duque de Nájera.



comprendió que se encaminaban a Burgos, la ciudad fatal en que Felipe había muerto. Ninguna consideración pudo inducirle a dar un paso en aquella dirección, y así se alojó en Arcos, a poca distancia de allí, mientras Fernando se instaló en Burgos con su joven esposa francesa, a quien Juana recibió cortésmente.

En Arcos Juana, con sus dos hijos, Fernando y Catalina, vivió su vida extraña, solitaria, por diez y ocho meses, interrumpida únicamente por Fernando, cuando, de vuelta de Andalucía, donde había ido a arreglar su situación, decidió llevarse a su predilecto nieto y tocayo. Juana se irritó bravamente cuando supo que le había sido arrebatado su hijo, y no se puede menos de creer que esta irritación le agravó notablemente la enfermedad por algún tiempo, aunque se dice que olvidó al niño poco después. Da idea curiosa de su vida en Arcos la carta del obispo de Málaga, su confesor, al Rey (fecha en 9 de Octubre de 1505), en que se leen estas palabras: «Como antes escribí, desde que Vuestra Alteza nos dejó, la Reina ha estado tranquila de dicho y de hecho, y no ha injuriado y molestado a nadie. Me olvidaba decir que no se ha cambiado de ropa interior, ni vuéltose a peinar, ni lavado la cara. Dícenme también que sigue durmiendo en el suelo, como antes. Vienen luego varios pormenores de índole facultativa, y de que infiere el obispo que la Reina no vivirá largo tiempo. «A esta falta de cuidado para con su salud se une el poco caso que hace del aseo de su persona. Su falta de limpieza es grande, tanto en su rostro como, según dicen, en las demás partes, y come con los platos en el suelo y sin mantel alguno. Pierde muchas veces la misa, porque suele almorzar a la hora en que se celebra, y no encuentra ocasión de oirla antes del medio día» (1).

Antes de marcharse para reprimir la revuelta de Andalucía, tomó Fernando sus medidas eficaces para prevenir que Juana sirviera de instrumento de facción. Había intentado sin

---

(1) Copiada por Rodríguez Villa.



éxito hacer valer su ascendiente sobre ella para que se marchara a la lejana ciudad de Tordesillas, a la ribera del Duero, donde había un palacio fortificado que ofrecía más comodidades y era más apropiado para habitación suya, sin contar con que el clima era más bueno; pero había apostado en los alrededores de Arcos numerosas tropas mandadas por fieles partidarios suyos con la consigna de que si la Reina al fin se dejaba persuadir por su séquito y marchase a Tordesillas, allí la custodiarían las tropas tan rigurosa y vigilantemente como aquí. Pero Juana, obstinadamente, se negó a moverse, y Fernando la volvió a encontrar cuando volvió de Andalucía en Febrero de 1509. Mientras había estado ausente, el gran magnate en cuyo distrito de Burgos se halla enclavado Arcos, el Condestable de Castilla y Conde de Haro, había entrado en componendas con el emperador Maximiliano para suplantar a Fernando por su nieto Carlos, niño a la sazón de nueve años; y el asegurarse para impedirlo de la persona de Juana, era cosa de la mayor importancia. Fernando decidió, en consecuencia, que de grado o por fuerza fuera Juana instalada allí, donde estaría a salvo de ser capturada por sorpresa. Cuando la visitó en Arcos, la encontró débil y flaca a consecuencia del frío y del clima insalubre (1). «Su vestir era tal, que casi no es permitido nombrarlo así, y todo lo demás por el semejante, que parecía del todo imposible que pasara otro invierno si continuaba en aquel género de vida.»

Permaneció el Rey con ella algunos días, sin proferir palabra sobre el asunto desagradable de alejarla de allí; pero el 14 de Febrero de 1509, la había hecho levantar a las tres de la mañana—porque sabía que no quería viajar con la luz del día,— y le dijo que se preparaba a partir. No ofreció ella resistencia; solamente solicitó que se la permitiera diferir el viaje algunos días, lo que le fue concedido; y entonces consintió en desechar los inmundos harapos que llevaba y en vestir más limpias ves-

(1) Está Arcos cerca de Burgos, punto de los más fríos de España.



tiduras antes de ponerse en camino para su nueva morada, llevando consigo a su hija menor, Catalina, no menos que el cadáver de Felipe en su gran féretro arrastrado por cuatro caballos que, como de costumbre, no había de abandonar en el viaje. Aunque era anochecido cuando salieron, ya se apiñaban numerosos grupos de gente en el camino de Burgos para ver a su Reina, que por tanto tiempo les había estado oculta, y que, en el sentir de muchos, se la tenía por muerta.

Cuando el sol mañanero del tercer día, matizaba con sus oblicuos rayos los pardos y desnudos barbechos que por espacio de varias leguas se extienden hasta Tordesillas a una y otra ribera del turbio Duero, pasaba el antiguo puente aquella triste y soñolienta cabalgata. Entre la calle principal y el río se alzaba el alcázar con sus muros austeros y sus mezquinas ventanuchas que daban vista al convento de Santa Clara, y sus lindos claustros y catedral de gótico estilo. Entró a caballo en el palacio, acompañada de su padre, velada en el rostro, Juana la reina de Castilla, y luego, por cuarenta y siete interminables años, aquel palacio fue su prisión, hasta que a los sesenta y seis, cascada y decrépita, però rebelde y tenaz hasta el fin, le llegó la hora de reunirse con su marido, tan largo tiempo añorado, en el espléndido enterramiento de Granada. Desde las ventanas del primer aposento que ocupó en el palacio, podía ver el ataúd de Felipe, depositado en el claustro del convento, y en los primeros años de su reclusión, velaba el cadáver casi todas las horas que no dedicaba al reposo, y en alguna rara ocasión, estrechamente vigilada, asistía a algunas ceremonias funerales que se celebraban en honor del difunto, hasta que su hijo el emperador Carlos, nada considerado, o por vencer su resistencia o porque tal vez encontrara aquel extremado capricho cosa añeja, trasladó los deleznable despojos de Felipe a su último lugar de reposo, mientras Juana la Loca suspiraba por su libertad con altiva desconfianza en el corazón y con oprobios en la lengua para todo cuanto sus opresores tuvieran por sagrado.



Ninguna ventaja traería, ya que fuera posible, ir siguiendo día por día la vida monótona de Juana durante sus largos años de confinamiento; pero en ciertos momentos críticos de la historia política de su nación, su personalidad asumía importancia especial, y en estas ocasiones, la iluminaba cierta luz que nos permite explicar hasta cierto punto la realidad y extensión de su mal, y deducir que la causa de sus continuas reclusiones obedece a su laxitud en la observancia religiosa. Mr. Bergenroth, en su introducción a los primeros volúmenes del *Calendario de papeles de Estado españoles*, insiste porfiadamente en la idea de que Juana no estaba loca del todo, y que fue única y sucesivamente sacrificada a la ambición del padre, del marido y del hijo. Considerados atentamente los documentos de mi docto predecesor en la publicación del *Calendario diplomático*, y muchos de los que custodia la Real Academia Española de la Historia que él no conoció, me creo en estado de poder alcanzar la misma conclusión. Las relaciones dispersas acerca de su conducta tan numerosas, y muchas de ellas tan desapasionadas, no dejan en mi espíritu la menor duda razonable de que, después de la muerte de Felipe, y sea cual fuere la situación anterior, Juana no era responsable de todas sus acciones. Se nos aparece en muchas ocasiones, como capacitada para discutir asuntos complicados con entera razón, cosa no imposible en sujetos desvariados, pero sus explosiones de rabia contra las ceremonias religiosas, su desaseo personal, su persistencia en rehusar todo alimento por días enteros, y otras aberraciones, no sólo indican claramente su frenesí, sino que fueron síntomas repetidos en su biznieto Don Carlos, quien, sin género de duda, era demente. A la vez es segurísimo que no hubo motivo para encerrarla tan rigurosamente, sin ninguna comunicación y con poderosa guardia, como no fuese el temor en Fernando, y después en Carlos, de que la utilizaran las ligas de los nobles para debilitar el poder de la corona de Castilla (1). Que éste temor no era infundado, ya se ha visto, y en

(1) Y en período posterior, cuando el peligro concluía, el temor del es-



cierta ocasión, como ahora veremos, el peligro era inminente. El que no se aprovechara Juana de la ocasión que se le ofreció después de lamentarse amargamente de los malos tratos que sufría, es, en mi opinión, la mejor prueba de que no estaba en condiciones de gobernar independientemente.

Fernando murió en Enero de 1516, dejando todos sus reinos a Carlos, que se hallaba entonces en Flandes, en atención a la «incapacidad mental» de Juana. Casi a punto de expirar intentó dejar a España dividida para favorecer a su hijo menor, Fernando; pero hubo de ceder ante las monitorias de su Consejo. Jiménez de Cisneros fue designado Regente hasta que el nuevo Rey llegara; y cuando el cardenal Adriano, embajador de Carlos, reclamó la Regencia, en virtud de la autoridad secreta que invocara Cisneros, le aceptó como colega, pero no hizo de él cuenta ninguna. Hasta esta época había estado Juana asistida de la diligencia de Mosén Ferrer aragonés y fiel amigo de Fernando, y a quien acusaba la fama de haber envenenado a Felipe: la dama de compañía principal era la condesa viuda de Salinas. La guardia personal de la Reina estaba confiada a los incorruptibles monteros de Espinosa, y algunas compañías de castellanos en servicio dentro y fuera de Palacio. Mosén Ferrer era aborrecido especialmente por la gente de Tordesillas, y por la escolta castellana de la Reina, porque se afirmaba que la había tratado cruelmente, y no se cuidaba de asistirle debidamente. Dió Ferrer órdenes terminantes de hacer ignorar a Juana la muerte de su padre; pero noticias tales no podían permanecer ocultas, porque toda Castilla estaba en vilo por conocer los sucesos de actualidad.

Muchos de los nobles circundaron al joven Fernando, y proclamaron Castilla por él a uno de los últimos deseos de Fernando, y no pocos dirigieron sus miras a Doña Juana. Cuando ésta supo al fin las novedades, se sintió muy contrariada al ver

---

cándalo que en una Corte tan fanática había de causar el aborrecimiento feroz de Juana al culto religioso.



que Jiménez de Cisneros no seguía en el lugar en que el Rey había muerto; pero se tranquilizó al oír que estaba en camino, y que asumiría presto el mando. No bien hizo pública en Tordesillas la muerte de Fernando, cuando sus ciudadanos y las guardias de Castilla intentaron entrar en las habitaciones de la Reina y expulsar a Mosén Ferrer; pero éste y los monteros de Espinosa (1) se mantuvieron firmes, y por algunas se prolongó esta situación. Las guardias condujeron allí a un clérigo exorcizador para que sacase los diablos del cuerpo de la afligida Reina; pero Ferrer no les permitió en la sala; con todo, ellos se detuvieron en la antesala, donde, sin que la Reina se percatara de nada, llevaron a cabo sus inútiles exorcismos a través de un agujero de la puerta. Así que Jiménez se hizo cargo de la Regencia, mandó a Tordesillas al obispo de Mallorca para poner orden en los asuntos. Ferrer, grandemente indignado por las acusaciones que se le hacían, escribió una carta al Regente, que, leída atentamente, nos revela muchas cosas. ¿Por qué había él de atender solícitamente a la Reina, cuando el propio padre no lo había hecho? Y si era tan mala persona como se decía, ¿por qué el prudente Fernando había confiado su hija a su solicitud? Esto no satisface verdaderamente; pero cuanto dice de sí por defenderse agrava las cosas. Escribe, por ejemplo, que si se ha decidido a torturar a la Reina, lo ha hecho por evitar que ella, prosiguiendo en sus privaciones, pereciera de inedia. Deplora amargamente que, aunque no se le ha despedido, le han impedido acercarse a la Reina, por temer que esto acarrearía daño a su salud. Cisneros, comprendiendo tal vez que Ferrer se había conducido en forma más favorable a los intereses de Aragón que a la salud de Juana, le dejó marchar, y nombró al duque de Estrada sustituto suyo en la custodia de la Reina.

---

(1) Este cuerpo, que gozaba de extraños privilegios, había tenido siempre la misión de custodiar las personas de los soberanos dentro del Palacio. Su selección recaía por derecho solamente en moradores de la ciudad de Espinosa.



Las primeras instrucciones que el nuevo rey Carlos, de edad de diez y seis años no más, envió al Regente Cisneros, se referían a Juana. Su vigilancia era tan importante, decía, que había acordado, en vista de las disensiones de los españoles, encomendarla a un flamenco. Hasta tanto que se designara quién había de ser, prevenía que «fuera muy bien tratada, y al mismo tiempo tan diligentemente custodiada, que ninguno, deseoso de contrastar mis buenas intenciones, pueda salir con su empeño. A mí me concierne más que a nadie velar por el decoro, satisfacción y contentamiento de la Reina; y si alguno intenta estorbarme, causáralo algún designio malicioso» (1). Sin embargo, muchos osaban intervenir para murmurar sospechas a los oídos de Juana contra el hijo mayor de Juana, que era flamenco, porque se interesaban mayormente por el menor, Fernando, a quien su madre y los españoles querían mejor. Cuando en Setiembre de 1517 uno de los monteros se acercó a ella y le dijo: «Señora, nuestro soberano Señor el Rey Carlos, hijo de Vuestra Alteza, ha llegado a España», Juana prorrumpió en extremado furor: «Yo sola soy la Reina—dijo; —mi hijo Carlos no es más que el Príncipe»; y siempre, en lo sucesivo, se resistió a llamarle Rey.

Carlos y su hermana Leonor fueron a Tordesillas, en Diciembre, a ver a su madre. Xevres, tutor y consejero de Carlos, vió primeramente en qué modo la conmovieron las noticias de la llegada de sus hijos; y cuando poco después entraron aquéllos en la sala, y se arrodillaron ante ella, se enajenó de alegría al ver ya en la flor de su adolescencia los que había dejado aún niños doce años antes. Cuando se retiraron Carlos y su hermana, Xevres no perdió tiempo en decir a la Reina que para aliviarla de sus ocupaciones y acostumar a Carlos al gobierno, consentiría en encomendarle el de España.

---

(1) *Calendario: Documentos diplomáticos de España*. Suplemento al volumen I. Todos los citados para este período de la vida de Juana proceden de la misma fuente y de la colección de la Real Academia de la Historia (Rodríguez Villa).



Juana no hizo grande oposición; pero es claro que su intención era que él administrase el Gobierno a nombre de ella, y no en el suyo propio, como él hizo después; y cuando, pocos meses después, reunió Carlos las Cortes de Valladolid, éstas le confirmaron el Poder meramente como soberano adjunto, recelosos como eran de los flamencos, a condición de que si Juana recobraba sus facultades, en ella habría de resignarse el Gobierno (1). En lo sucesivo, Juana, aunque su nombre seguía apareciendo en edictos y decretos, había muerto políticamente.

Durante su estancia en Tordesillas, Carlos pudo conocer con aflicción la triste suerte de su hermanita Catalina, a la sazón de once años. Juana estaba seriamente encariñada con la niña; hubiera sido difícil apartarla de su compañía. Las habitaciones de Catalina estaban detrás de las de la Reina, y no se podía entrar en ellas sin que de ello tuviera Juana noticia; el único recreo de Catalina era mirar á través de una ventana que habían hecho para ella, y desde donde veía la gente que iba a la iglesia emplazada enfrente del palacio, y a los niños que jugaban en la callejuela que conducía al río, y a quienes ella estimulaba en sus juegos echándoles monedas. Nunca había dejado el palacio, e iba vestida de tan mezquinas ropas como las que la Reina misma llevaba. Carlos, al conocer que Juana nunca se separaría por su voluntad, maquinaba

---

(1) Por una larga serie de intrigas, Xevres había seducido a Jiménez a que Carlos y Juana fueran proclamados soberanos adjuntos, aun antes de la llegada del príncipe. El Papa y el Emperador habían sido persuadidos a dirigirse a Carlos como rey católico a la muerte de Fernando; pero, a vista del descontento de los nobles castellanos, hubo Carlos de hacer toda clase de promesas, residir en España, respetar las tradiciones españolas e impedir el empleo del dinero del reino en empresas extranjeras, a lo que se hacía también referencia con respecto a Juana, antes de ser él plenamente reconocido. Rompió de golpe muchos de estos compromisos, lo que precipitó el gran levantamiento de los comuneros. Véase *Vie de Chièvres*, por Varilla.



cruelmente ciertos planes para sustraerla. Hizo que se practicara un pasaje hasta su habitación desde una galería contigua, a través de una pared cubierta de tapices, y la niña y sus sirvientas fueron conducidas a altas horas de la noche al extremo opuesto del puente que por aquella parte cruza el Duero, adonde les aguardaba numerosa escolta de jinetes y mujeres. De allí escaparon como fantasmas a Valladolid, donde con toda pompa y esplendor fue alojada en el palacio de su hermana Leonor. Cuando al siguiente día se dió cuenta Juana de su pérdida, fue presa del mayor desconsuelo. Declaró que no comería, ni bebería, ni dormiría hasta que le devolvieran a su hija; y pasados dos días, en que con toda tenacidad cumplió su resolución, se halló el Rey sin saber qué hacer, porque le desagradaba el género de educación que al lado de ella le esperaba, considerando que las princesas eran cosa de interés para arreglos dinásticos e internacionales; mas no hubo otro remedio que devolvérsela. Acompañola Carlos mismo a Tordesillas, entrando en tratos con Juana; la niña había de tener compañeras y doncellas más acomodadas a su condición, habría de vestir de manera más conveniente a su clase, y se la había de permitir más facilidad de vida y alguna más libertad fuera del palacio. Convino en ello Juana, y Catalina vivió a su lado hasta que tuvo lugar su boda con el rey de Portugal, seis años después.

En Marzo de 1518, Carlos nombró para la custodia de la Reina al marqués de Denia, que permaneció en tal cargo hasta su muerte, sucediéndole en él su hijo. Al poco tiempo de su nombramiento escribió una carta al Rey, en la que se aclaran muchas cosas respecto a la condición misteriosa de Juana. Había intentado ésta, persistentemente y con hábiles discursos, dignos de notar en persona que pasaba por padecer quebranto en su salud mental, persuadirle de que la sacara de su encierro, y convocara a los nobles de Castilla y les hiciera saber cómo estaba descontenta del camino que tomaban las cosas del Gobierno, y quería de ello quejárseles. Trae pormenores



sobre las excusas con que da de mano a tales incitaciones, y deja traslucir que no faltarán halagos y promesas para triunfar en esta tentativa; pero da seguridades a Carlos de que «no se emprenderá nada contra los intereses del Rey», por más que otra cosa se hubiera querido significar. En esta misma carta, sin embargo, se perciben señales de la innegable locura de Juana. Un día o dos antes de estas cosas, había lanzado unas vasijas a dos de sus mujeres de servicio y lastimádaslas; cuando Denia llegó adonde esto pasara, y con semblante severo la reprendiera diciéndola: «¿Cómo así, señora? ¿Paréceos manera de tratar a las sirvientas? Vuestra madre mejor las trataba», Juana se levantó violentamente, y con insultos las despidió, causándolas espanto. «No soy tan cólerica que me atreva a ofenderos», dijo; y empezó de nuevo, y durante los cinco días que se siguieron, a emplear halagos para lograr de él que las despidieran, «porque no es capaz de soportar, dice, a semejantes mujeres».

En contestación a esto, amonesta Carlos al marqués para que sus conversaciones con la Reina nunca sean entendidas de ninguno, y que sus cartas todas se remitan con el mayor sigilo. De esta suerte, cada pocos días llegaban noticias al joven monarca alegando alternativas de mejoría y de retroceso, sin que faltara nunca lo de querer evadirse, los disgustos con las sirvientas y la irregularidad extrema en el aseo y las comidas, que muchas veces pasaba sin hacer, con intervalos de dos días. Por aquella época empezó también a manifestar su repugnancia por asistir a la misa. Parece que las mujeres de su compañía dieron lugar a grandes trastornos; siempre andaban callejeando por la población, contando a la gente lo que en Palacio pasaba, y cuanto hacía la Reina, especialmente sobre religión y su voluntad de escaparse y concitar a los nobles castellanos; y, lo que era peor, desafiaban a Denia a que las despidiera, hasta que por fin el Rey le otorgó plena autoridad sobre ellas, y él logró así reducirlas a razón. En el otoño del mismo año, 1518, hubo una epidemia en la comarca, si bien



Tordesillas no padeció de ella mucho, merced al cuidado escrupuloso con que se procuró aislar el Palacio. Con todo, había que pensar en el traslado de la Reina. «Si es preciso—escribía el marqués,—se necesitarán mulas ensilladas y con jaeces de terciopelo negro para la Reina e Infanta... también será menester llevar el cuerpo del Rey, vuestro padre, y en tal caso, acondicionar mejor el carro en que transportarle, porque está ahora desmantelado.» Carlos se oponía a toda traslación si fuera posible; pero si era de todo punto inevitable, habíase de conducir la Reina al Monasterio de San Pablo de Moraleja, junto a Arévalo. Si se negaba a ir allí, se la llevaría a la fuerza; pero con todo el respeto posible, y procurando que de nadie fuera vista en el camino. Si era preciso llevar el cádaver de Felipe con la Reina, se podría hacer un féretro postizo y llevarlo, dejando el auténtico en Tordesillas.

Cesó la epidemia y no se verificó la traslación, y así continuó la vida de Juana en la misma manera de antes.

Consumida y atribulada, sentía, tan obstinadamente como siempre, las excitaciones apremiantes que se le hacían para que oyera misa, si bien más de una vez mostró vehemente deseo de celebrar la Semana Santa y ciertos aniversarios en el convento de Santa Clara, y en varias ocasiones tenía las ropas limpias y preparadas para el gran acontecimiento. Denia estuvo siempre propicio a satisfacerla en este linaje de pretensiones, pero siempre bien vigilada; de modo que la gente de la ciudad repetía a cada momento lo de que tenía a la Reina presa. Muchos esfuerzos realizó Juan de Avila, su capellán, para reducirla a mejor temple de espíritu en las cosas de religión, y en Junio de 1519 escribía una curiosa carta al Rey, estimulándole a cumplir sus deberes con respecto a la madre, «especialmente para la salvación de su alma». Quizá en contestación a esta carta reforzó Carlos sus órdenes a Denia, para lograr que la Reina se prestara a oír la misa. Ella querría oírla celebrada en un extremo de una galería, en lugar de hacerlo en una sala próxima a su aposento, como Denia deseaba; y al fin



hubo de ceder éste, permitiéndosele que la oyera a su gusto; y así se preparó un altar y una capilla, con colgaduras de terciopelo negro, en el lugar manifestado por la Reina. Todo anduvo durante el oficio con gran devoción, hasta que le trajeron a besar la Paz, a que se negó; pero tuvo empeño en que se la administraran a su hija.

La asistencia a la misa perseveró algún tiempo, con inmenso regocijo del marqués y de los sacerdotes; pero cuando se acercó el día en que Carlos había de salir de España para recibir la corona imperial de Alemania, a consecuencia de la muerte de Maximiliano (Enero 1519), la efervescencia y descontento de Castilla, al saber que el Rey se ausentaba, llevándose consigo el dinero español para fines extraños, penetró por misteriosos caminos en la cárcel-palacio de Juana la Loca. Horas enteras estuvo apostrofando Juana a Denia, por no haber convocado a los nobles castellanos a una protesta, como se lo había intimado en varias ocasiones. Decía que la iban a maltratar; que todo era suyo, y, sin embargo, se le rehusaba cuanto pedía. Reprendió violentamente a su tesorero, y le pidió dinero, que no estaba facultado para entregarle. Llegó a tales extremos de furor, que Denia hubo de prohibir a todos que la hablasen una palabra. Juana expresó su intención de ir a Valladolid, y al cabo de un tiempo expresó la de dirigirse a un convento; y ya se había vestido conforme a esta última resolución, que también le impidieron. Ordenó a Denia que escribiese a su hijo, encomendándole que la trataran mejor; y que los nobles acudieran a su presencia para consultarla sobre las cosas del reino. Denia se devanaba los sesos para tratar de aplacarla, porque, como decía, «usa de palabras capaces de conmover a las piedras». Ocurriósele un día mentarle a su padre, como si estuviera aún vivo y al frente de los negocios; y por algunas cuantas denegaciones que tenía que darle, le hacía ver eran voluntad de Don Fernando, por cuya prudencia tenía ella gran respeto. Pero esta ficción le sugirió una nueva idea: si su padre estaba aún vivo, bien podía socorrerla. Juzgábase maltra-



tada y prisionera; habíanle robado a su hijo Fernando, y temía que otro tanto hicieran con Catalina; pero si esto último ocurría, suicidarse ella.

La situación de Denia se iba empeorando según aumentaba el descontento público por la partida de Carlos, y llegaban a la prisión de la Reina los ecos de la indignación popular por su encierro, y rumores de intención de libertarla. En una ocasión (Julio de 1520) se dice que ordenó Juana a Denia hiciera abrir una entrada a sus habitaciones en la galería donde se celebraba la misa. Entró él en sospechas, y se negó a complacerla, con lo que Juana estalló en furiosa cólera contra él y le colmó de injurias. No es de extrañar que al pobre guardián le fuera sensible la general creencia de que la tenía encarcelada (y así era con efecto), y se diera trazas para justificar aquella reclusión, siendo la mejor manera de convencer a la gente mostrarle la prisionera, para que se diera cuenta de sus tristes condiciones de salud.

Carlos zarpó de Coruña en 20 de Mayo de 1520. Durante el tiempo que había estado en España con su codiciosa banda de flamencos, había reducido a los castellanos a la desesperación. Jiménez, que había gobernado el país, en su ausencia, y el joven Fernando enfrente a los nobles, había sido despedido, y probablemente envenenado a la llegada de Carlos; el joven Fernando había sido expedido para Flandes; los flamencos ocuparon todos los empleos, con exclusión de los españoles, Juana no había estado presente a las Cortes en calidad de Reina asociada a su hijo, como le correspondía; y por último, y para colmar la medida, el insolente forastero, que iba a regir, no sólo España, sino la mitad del mundo, había violentado las Constituciones de Castilla. Había convocado Cortes castellanas fuera de los límites de Castilla mismo, y había forzado a las Diputaciones a votar enormes sumas de dinero que había de invertirse en cosas ajenas a España. Los nobles murmuraban, y la gente de las ciudades, que pagaba todos los impuestos, se sublevaba y ahorcaba algunos de aquellos



diputados que habían dispuesto de su dinero en beneficio de un rey ausente.

Entonces, como reguero de pólvora, toda Castilla se inflamó en la revuelta. Trajo aquello una gran lucha social, económica e industrial, que terminó con la impotencia financiera de las Cortes de Castilla y la decadencia de la nobleza del país. No pueden ser aquí referidos todos los pormenores complicados de aquella revolución, sino sólo aquellos puntos que se relacionan personalmente con la Reina. La Junta de gobierno de los comuneros revolucionarios se reunió en Avila a fines de Julio de 1520, precedida por personas de superior condición y amparada en secreto por los nobles. El Regente flamenco Cardenal Adriano, perdió ánimo al contemplar la extensión del movimiento, y nada hizo cuando, al grito de «¡vivan el Rey y la Reina; abajo los malos ministros!», habían respondido todos los corazones españoles. El manifiesto publicado por la Junta revolucionaria declaraba que se habían sublevado por alcanzar la libertad de Doña Juana, y luego, en Agosto, una Junta del Consejo de Castilla, cuerpo ejecutivo supremo del Gobierno de la Regencia, con su Presidente, el obispo Rojas, se presentó a la Reina en su palacio de Tordesillas, para pedir que firmara decretos contra los que estaban en armas. Juana se mostró aparentemente tranquila, y replicó a la demanda de su firma: «Hace quince años que se me tiene alejada del Gobierno y sometida a malos tratamientos; y este marqués (señalando al de Denia) es quien más me ha engañado.» El marqués, confuso, replicó: «Es cierto, señora, que os he engañado; pero lo he hecho a fin de contrarrestar algunas opiniones erradas de Vuestra Alteza. Ahora ya os puedo decir que el Rey, vuestro padre, está muerto y le hemos enterrado.» La Reina prorrumpió en llanto al oír esto, y volviéndose a Rojas, murmuró entre sollozos: «Obispo, creedme: todo cuanto veo y oigo paréceme no más que un sueño.» Rojas insistió en su petición, diciendo: «Señora, puedo aseguraros que vuestra firma en estos papeles obraría un milagro mayor que los de San Francisco; porque,



después de Dios, en vuestras manos está ahora la salvación de aquestos reinos.» «Quédese esto ahora así—contestó la Reina,—y vuelvan otro día.»

A la mañana siguiente, la Junta del Consejo volvió a ver a la Reina; y como no había otro asiento sino el suyo en la Cámara, el Presidente hizo notar que no se podría celebrar la reunión si habían ellos de seguir en pie. «Traed asientos para el Consejo»—ordenó la Reina; y cuando sus servidores iban entrando las sillas, dijo: «No, no, nada de sillas, un banco; que ésta era la costumbre en tiempos de mi madre; pero al Obispo désele una silla.» Después de larga conferencia, la Reina dispuso que volviera la Junta a Valladolid y discutirían nuevamente en pleno Consejo sobre los papeles a que había de ponerse la firma pedida; y así, mal satisfechos los miembros de ella, la dejaron, encontrándose con que al llegar a Valladolid fueron arrestados, pues aquella población había caído en poder de los rebeldes, que marcharon rápidamente a Tordesillas, a la urgente demanda de sus ciudadanos, para salvar a la reina Juana, impidiendo se la llevaran los del partido del Gobierno.

Los rebeldes no habían tenido tiempo de comunicar sus aspiraciones a Juana antes de presentarse en las cercanías de la muralla de la ciudad el 29 de Agosto. Tan pronto como ella supo su llegada, ordenó a los paisanos les fuera comunicada su bienvenida; y de esta suerte, entre los saludos del cañón y aclamaciones entusiastas, Padilla, cabeza del movimiento, y su hueste, fueron ordenados a la ciudad, y desfilaron ante la Reina, que en un balcón del Palacio se parecía. Después de descansar y cambiar de vestidos, Padilla y otros jefes solicitaron audiencia de la Reina. Juana los recibió con agrado. «¿Quién sois?—preguntó al primero, según que la hacía acatamiento. «Soy—replicó él,—hijo del Capitán general de Castilla, gran servidor de la reina Isabel, no menos que yo de Vuestra Alteza.» Y luego, el jefe de los insurrectos refirió a la Reina, pasmada de todo cuanto había acontecido desde la muerte del rey Fernando: cómo los pérfidos extranjeros que rodeaban a Carlos habían



obligado a España a la revuelta, y Padilla y los comuneros castellanos estaban prontos a morir en servicio de su reina Juana. Manifestó ella admiración por estas cosas. Díjoles que, prisionera por casi diez y seis años, su carcelero, Denia, la había mantenido en la ignorancia de todo. Si hubiera tenido noticia de la muerte de su padre, hubiera salido de su prisión y evitado, en lo posible, la turbación del reino. Luego, dirigiéndose a Padilla, le dijo: «Id, pues, y en mi nombre ejerced la autoridad de Capitán general del reino. Aparejad bien todo, en tanto yo os entere de otras resoluciones.»

Juana convirtiéndose así en cabeza visible de la revolución; y en muchas ocasiones conferenció con los jefes del alzamiento en Tordesillas, aprobando cumplidamente sus actos y sus proyectos. Esforzóse en despojar a Carlos de sus funciones, en atención a la poca edad del príncipe y consiguiente inexperiencia; pero indicando claramente su voluntad de gobernar por cuenta propia en lo porvenir. Y, lo que es más, autorizó a los jefes de las comunidades convocaran Cortes en Tordesillas. El Cardenal-Regente, sujeto de poca energía y forastero, pensó que la especial actitud de la Reina obedecía a su estado de demencia; pero la gente, como él informó a Carlos, la consideraba como prueba de cordura. Denia pasó a ser casi prisionero; pero los caudillos del levantamiento no pudieron persuadir a la Reina a que firmara su dimisión en regla; mas ellos, por propia iniciativa y sin contemplaciones de ningún género, echaron de Tordesillas a Denia y a su mujer, cuando esta ciudad se constituyó en centro del Gobierno comunero, en Setiembre, y se celebraron Cortes en ella (1).

---

(1) Denia dijo a los comuneros que había solicitado de la Reina su certificado de dimisión; mas lo que había pedido era su confirmación escrita en el cargo que desempeñaba. La Reina le contestó que se cuidara de sus asuntos y no la hablara más. Mas insistió en obtener de la Infanta una carta para la Junta revolucionaria, interesándose por que no se despidiera a la marquesa, pero no fue atendida. La Infanta cayó en desgracia con su hermano, por la simpatía y blandura que había mostrado con los comu-



Juana convocó el Parlamento en las salas de su propio palacio. Oyó pacientemente las prolijas arengas de los diputados, y les contestó, según toda probabilidad, improvisadamente, en un discurso, largo también, hablándoles de su padre y del cuidado con que se le había ocultado su muerte. Mientras él vivió tuvo vida tranquila, porque sabía que nadie sería osado a ofenderla. Pero ahora bien veía que el país y ella habían sido engañados y chasqueados al injuriar al pueblo a quien ella tanto amaba. Placeríale encontrarse en lugar más a propósito para dirigir los asuntos; pero como su padre la había colocado allí, a causa de la mujer que había tomado el puesto de su madre, o por otra razón, ella no podía remediarlo ya. Asombrábale que los españoles no se hubieran vengado antes de los extranjeros que habían venido con su hijo. En un principio comprendió lo que aquellos extranjeros habían tratado de insinuar a su hijo, pero se le había notificado que los habían restituido a Flandes; ahora ya estaba convencida de que también en esto la habían engañado, y esperaba que de los que allí estaban ninguno abrigaba propósitos siniestros contra su hijo. Si así fuera, obtendría mejor tratamiento ella, porque, al fin, era hija de poderosos reyes, y estaba de parte de los comuneros, porque los veía afanosos de remediar los mismos abusos de que ella se quejaba. Todos estos razonamientos parecieron de cumplida cordura, pero al fin de su discurso hay un rasgo patético de pesimismo, que da valor a los relatos que sobre su dolencia circulaban. «En lo que yo alcance—decía,—miraré todos los asuntos, tanto del interior como los de fuera. Pero si mientras sigo aquí no puedo hacer mucho, ello será porque me veo obligada a gastar mucho tiempo en aquietar mi corazón y corroborar mi espíritu, afligido por la muerte de mi señor y espo-

---

neros; y una prueba que ella invocaba en su defensa era precisamente esta carta de recomendación en favor de los Denias, que otorgó en circunstancias tan peligrosas y difíciles. (Cartas de Simancas, copiadas por Rodríguez Villa.)



so. Con todo, en cuanto me sea dable, yo atenderé a los negocios» (1).

Los excesos democráticos de la asamblea revolucionaria, juntamente con la diplomacia de Carlos, fueron poco a poco allegando a los nobles del lado del Gobierno. Aun cuando los que acompañaban a Juana se mantuvieron constantemente en su favor, e insistían en afirmar su buen estado de salud mental, y ahora se habían deshecho de los Denias, su confesor, Juan de Avila, secretamente guardaba fidelidad al Regente y reconvenía por lo bajo a la Reina. Pareció evidente, al cabo de brevísimo tiempo, a la misma Junta revolucionaria, que la salud de Juana era más que dudosa, pues que escribieron de Tordesillas a la ciudad de Valladolid, diciendo que habían llamado a consulta para observar a la Reina a los mejores médicos de España, y, comprendiendo que en lo humano faltaba remedio, habían ordenado procesiones y rogativas por el restablecimiento de su salud. El Regente, en carta que dirigió a Carlos en Octubre, dice que la Reina no puede durar más tiempo, si continúa en poder de la Junta rebelde, y que está mucho peor que cuando llegó a Denia. Dice que no duerme en cama ni come a tiempo debido, reteniendo los alimentos a su alcance hasta que se echan a perder. En otra ocasión dice que, pasados tres días sin comer, de un golpe tomó todos los alimentos que se le habían servido para este tiempo. El partido del Gobierno declaraba que accedía a todos sus desatinados caprichos, para que firmara los decretos necesarios para legalizar sus actos; pero ella continuaba negándose a poner su mano en ellos (2).

---

(1) Una de las principales alegaciones de la Junta era que, aunque Juana no hubiera firmado nada en favor de los comuneros, sus órdenes verbales habían sido tomadas notarialmente y promulgadas como decretos reales.

(2) Una de las pretensiones de la Reina fue que se despidieran de su lado todas las mujeres. El odio que sentía por la gente de su sexo era singular.



La Junta perdía de día en día las esperanzas, porque las fuerzas contrarias aumentaban, mientras que las suyas no obtenían el menor progreso, dependiendo su empresa de la voluntad de una lunática. Intentaron sonsacarle sus firmas con la promesa de llevarla de Tordesillas, mas fue inútil; en otra ocasión sintióse, ya a media noche, gran rumor y vocerío de que el Condestable de Castilla, con copiosas fuerzas del Gobierno, había llegado, y se le dijo a la Reina que los «tiranos» venían a apoderarse de ella. «Decid al Condestable—replicó—que venga cuando sea de día, y entonces se proveerá.» Las cosas iban, pues, empeorándose para el partido revolucionario.

Este dió a Juana la única ocasión aprovechable en su vida, y ella la hizo infructífera. Durante meses y meses no dispuso a la Junta otras atenciones que sonrisas y bagatelas, sin resolverse a firmar nunca, y en los primeros de Diciembre las tropas del Gobierno contaban con fuerza bastante para atacar a Tordesillas, que tomaron por asalto, tras de cuatro horas de combate desesperado. La Junta abandonó el lugar a la desbandada. Juana saludó a los vencedores con semblante risueño, diciendo que los había esperado y deseado su llegada, y había dispuesto que se recibiera a los nobles antes de comenzar el combate; durante el cual, y acompañada de la Infanta, dejó el palacio, llevándose sus joyas y ordenando que tomaran el cadáver de Felipe de la iglesia y lo condujeran, en compañía suya, fuera de la población. Antes de que pudiera darse cumplimiento a esta orden, entraron las tropas reales en medio de la mayor confusión, y encontraron a la Reina y a su hija arrimadas a las puertas, temblando de espanto. Los grandes que entraron en el asalto de Tordesillas trataron con obsequio a Juana, y ella, al parecer, halagada por tal deferencia, manifestó contento por su venida. Pero desde el momento en que la Junta huyó ante las tropas del Condestable, empezó para Juana una bien estrecha prisión. Denia y su mujer volvieron, sin dejar sus ásperas maneras, con profundo disgusto de Juana, vivamente proclamado, así como de algunos de los principales castellanos, que



observaron cómo la presencia de sus antiguos carceleros la irritaba (1). Pero Carlos no consintió en sustituir al carcelero de su madre, porque comprendía la seguridad con que aquél cumplía su cometido.

En Abril de 1521 fueron por fin destruídas las Comunidades de Castilla en la batalla de Villalar, apretando a la infeliz España, a punto de estrangularla, aquel yugo del imperialismo que Fernando el Católico, inconscientemente, había empezado a forjar, y que Carlos remató con más habilidad y fortuna. Desde entonces, Juana no fue otra cosa que una sombra en el mundo, al que ya no pertenecía.

El personaje más digno de lástima, hasta que el matrimonio la puso a salvo en 1524, fue la desdichada infanta Catalina. Los Denias juraron venganza, tras de estos sucesos, contra todos aquellos que habían simpatizado o tenido contemplación con los rebeldes, y la Infanta, lo mismo que la Reina, hubieron de sufrir los golpes de aquella menguada tiranía. La Princesa escribía, llena de indignación, a su hermano, narrándole las miserias a que la habían reducido y las persecuciones de que a su madre hacían objeto. Nótese, entre otras quejas, la que sigue: «Por amor de Dios servíos de mandar que si la Reina gusta de pasear por la solana que mira al río, o por el corredor, o dejar sus aposentos para distraerse, no se lo estorben; y encomendadles que no permitan a los criados e a las hijas de la marquesa, ni a otros cualesquiera, que vayan al mi retrete por las habitaciones de la Reina, pues, a pretexto de

(1) El Almirante de Castilla y otros nobles trataron a la vez de influir sobre el ánimo de Juana para que asumiera la dirección de los asuntos bajo su tutela; pero ella se negó a otorgar su firma, como lo había hecho con los comuneros. Denia escribía al Emperador que el Almirante estaba muy solícito por hacerse cargo del cuidado de la Reina, pero que él no vendría en ello sin asentimiento del Emperador. «Sería, por lo demás—decía,—una nueva resurrección de Lázaro.» Las amargas quejas contra Denia y sus procederes para con la Reina fueron comunicados por los nobles a Carlos, y, ciertamente, Denia es el primero que no podía justificarse.



que la Reina no debe ver a nadie, la cierran en su aposento, cuando alguien pasa por delante de él, por mandato de la marquesa, y no la dejan salir a los corredores ni a la antesala, sino que la tienen en su habitación, en donde no hay luz ninguna, sino ponen candelas, porque no tiene a donde ir, y ella no había de salir de la cámara si no fuera arrastrándola, y aunque saliera, personas hay que pueden estorbárselo.» Esta es la versión de la Infanta; pero la de los Denias es que la madre no consentía que la Princesa viese a nadie más que a una criada, prohibiéndole el trato de las damas de elevada condición. Y para agravar el cuento, acusaban a la joven de favorecer a los rebeldes; lo que ella negó indignada, logrando conciliarse la gracia de su hermano. Su salida de Tordesillas para casarse afligió sobremanera a Juana, a la que no quedó en el resto de sus días intercesor ninguno entre su hijo y los carceleros.

Durante los largos años del encierro de Juana, la determinación principal de sus extravíos fue su tendencia antirreligiosa. Cierto es que a menudo pedía la reunión de los próceres, y continuaba en sus extravagancias en la comida y en el dormir; pero la extraña antipatía que mostraba y aun violentamente declaraba a los cultos de su Iglesia, escandalizaba, más que nada, en un país en que miles de personas perecían en la hoguera por cosas, sin comparación, más leves que las que la Reina se permitía decir y hacer. Precisamente, la política del Emperador tenía como base el robustecimiento de la ortodoxia universal en España, y fue duro motivo de aflicción para él saber que su madre, Reina austera, se oponía en su infancia a las ceremonias impuestas al resto de los españoles. Denia, en sus cartas al Emperador, insinuaba oscuramente que debería aplicársela el tormento, como evidentemente se lo aplicó años atrás Mosén Ferrer. Hablando de su pertinacia, inmediatamente después de la derrota de los comuneros, y dándole aviso de habérsela trasladado al castillo de Arévalo, donde creía que estaba más segura y más leal a Carlos, dice:



«Vuestra Majestad puede creer que no se ha de fiar en la buena voluntad de la Reina, pues no se ha de esperar de persona que a sí misma no se hace beneficio, ni en el cuerpo ni en el alma, sino todo lo opuesto, quiera en esto conformarse con vuestros deseos. Y mía fe, si Vuestra Majestad quisiera hacerle premia (1) en muchas cosas, que ello sería en servicio de Dios y bien de Vuestra Alteza, porque la gente de su condición lo ha menester. Vuestra abuela, la Reina Isabel, servía de esta suerte a su hija; pero Vuestra Majestad haga en ello lo que mejor le parezca.»

No parece que en estas recomendaciones del Denia haya de verse propia iniciativa, sino el acuerdo de que el Presidente del Consejo de Castilla, por orden del Emperador, se prestara a reducirla, y si de grado no lo hacía, se apoderasen de la persona de la Reina, y en una litera, y de noche, se la llevaran.

Esta medida, que tenía por fundamento impedir el fácil acceso del pueblo descontento en Tordesillas a entrevistarse con Juana, parece que no tuvo cumplimiento (2). El pensamiento de Denia de alojar a Juana en un castillo aislado, reconoce como fundamento el escándalo que ella causaba con su actitud irreligiosa. En la carta antes citada refiere que la noche de Navidad, en ocasión en que se cantaban los maitines en presencia de la Infanta, llegó la Reina, encolerizada, en busca de su hijo, y a grandes gritos pretendió que se desembarazara el altar de todo cuanto en él había, y fue menester llevársela a viva fuerza a sus habitaciones, y añade: «Muchas veces se pone en la azotea y llama a cuantos pasan, y les pide que llamen soldados para que se acuchillen unos a otros. Vuestra

---

(1) Mr. Bergenroth traduce «hacerle premia» por *aplicar el tormento*, y así podría entenderse. Prefiero, sin embargo, la interpretación más amplia, aunque, sin duda, Denia quería significar que se empleasen con la Reina los medios coercitivos corporales.

(2) El Emperador dispuso que la trasladasen a Toro en 1527; pero Denia sintió temor de obligarla por la fuerza.



Majestad puede, en vista de esto, juzgar qué es lo que se debe hacer y en qué podemos servir nosotros.»

Estas insinuaciones sobre el castigo personal de Juana se encuentran repetidas con harta frecuencia, y por espacio de varios años, en las cartas de Denia. Aunque, como puede colegirse por las respuestas del Emperador, no se dió ninguna orden para llevarse a efecto. En 1525 escribe Denia: «Nada tendría mejor resultado que alguna premia (esto es, tortura o castigo), aunque es cosa harto enojosa para un súbdito habérsela de hacer a su señora. Quizá sería bueno ensayar si algún buen sacerdote haría efecto en su Alteza... Un dominico sería lo mejor, pues no gusta de los franciscanos. En otra ocasión, y no mucho después, cuando ya Carlos se decidió a trasladarla al castillo inexpugnable de Toro, no lejos de Tordesillas, advierte Denia que ha tomado sus prevenciones para que no se encuentre en las calles persona que pueda atestiguar de la llegada de la Reina, «porque, en verdad, yo mismo he vergüenza de lo que oigo y veo».

Y así de año en año, las aberraciones religiosas de la Reina la obligaban a perpetua reclusión, a fin de evitar el escándalo. El Emperador y su hijo Felipe visitaron a la Reina por lo menos en una ocasión, en Tordesillas, y durante la regencia de Felipe, en 1552; mientras Carlos se hallaba en Alemania, el Príncipe, mucho más rígidamente devoto aún que su padre, admirado de las continuas resistencias de la abuela para asistir a los cultos de la Iglesia y cumplir con sus obligaciones religiosas, envió a Tordesillas al santo jesuíta Francisco de Borja, Duque de Gandía, para que influyera en la Reina. Sus resultados fueron escasos. Pasaron varias semanas antes que la Reina se prestara a obedecer, hasta que, al fin, logró el santo persuadirla de que hiciera confesión general, tras de la cual se le daría la absolución (1); no consiguió otra cosa sino verla continuar en la misma indiferencia.

---

(1) Lo que cuenta Denia de la entrevista con Borja (y que éste confir-



Cuando Felipe iba a partir de España, a fin de realizar su matrimonio con María, reina de Inglaterra (1554), envió de nuevo a San Francisco para que intentara cuanto fuese a su alcance para atraer al buen camino a Juana. Oyó ella con paciencia al buen padre, y cuando hubieron acabado sus exhortaciones, trató de contentarle. Oiría, en efecto, misa, se confesaría y recibiría la absolución siempre y cuando que a las mujeres de su séquito se las despidiera, porque se mofaban de ella cuando entendía en sus devociones. «Si tal hicieren—observó el santo,—la Inquisición las trataría como a herejes»; y al mismo tiempo escribió a Felipe recomendando que se fingiera que enviaban a las dichas mujeres al Santo Oficio, que se pusieran cruces e imágenes de santos en las habitaciones de la Reina, que se celebrara diariamente misa en el altar del corredor, y, si la Reina hacía objeciones, decirla que todo ello iba ordenado por la Inquisición. También le proponía que se llevaran algunos sacerdotes exorcistas que alanzaran los diablos que afligían a la Reina; pero esto no lo permitió Felipe. El efecto de los esfuerzos de Borja en aquella ocasión fue que, cuando Felipe, camino de Coruña, de donde se había de dar a la vela para Inglaterra, se detuvo en Tordesillas, encontró a Juana entregada muy a su placer a las devociones religiosas, por las que no mostraba ahora repugnancia. Pero su devoción no existía más que en la superficie, y su nuevo confesor, Fr. Luis de la Cruz, manifestó en seguida que no osaba él exponerse al peligro de

---

ma), es por demás curioso. El noble sacerdote decía que si querría recitar la Confesión general, a fin de absolverla, y ella le preguntó que si podría él absolverla. «Sin duda—respondió;—con excepción de algunos casos.»—«Si así es—dijo la Reina,—decidla vos.» El Duque la rezó, y le preguntó si ella querría ir repitiéndola. La Reina dijo que sí, y que le permitía ahora que la absolviera. Como se verá, no mostró en ello mucha sumisión. Pero ya al día siguiente se dejó arrebatarse de frenético impulso porque habían colocado cortinas nuevas y ornamentos dorados en el altar de la galería, negándose a comer hasta tanto que de allí quitaran todo aquello y dejaran libre el altar.



cometer un grave sacrilegio administrando los sacramentos a la Reina, y renunció a su empleo. Se cree, entre otras cosas, que a la elevación de la Hostia en la misa cerraba ella los ojos, y otra vez dijo ásperamente a los que le acompañaban que arrojasen de sí las hachas bendecidas que llevaban delante de ella, a causa de que hedían.

Desde 1553, Juana, ya vieja, había empezado a sufrir de hinchazón en sus miembros inferiores, que casi la tenían tullida; y en Febrero de 1555, al salir de un baño de agua caliente, se le abrieron llagas en las piernas, presentando su enfermedad en lo sucesivo extraordinaria semejanza con la que afligió los últimos años a su nieto, Felipe II. Ulceras espantosas gangrenadas, que no permitía le medicaran ni aun lavarán, causábanle terrible tormento. Ningún caso hacía de instrucciones de médicos ni enfermeras, y cuando su nieta, la infanta Juana, le trajo de Valladolid los mejores médicos que se pudieron haber, la Reina se negó con enojo a recibirlos ni permitió que la examinaran. De esta suerte, y sepultada en asquerosa suciedad y miseria, le anuncian que San Francisco de Borja quiere verla; ella, airadamente y al primer impulso, se opone; mas, al fin, debilitada, se resignó a dejarlo pasar. Confesó últimamente el pesar que le producían sus errores y deploró los extravíos de su espíritu. Al requerimiento que el padre hiciera de que rezara el Credo y el Confiteor, no hizo resistencia; mas, cuando se trató de darle el viático, insinuó algún escrúpulo. Llamáronse a toda prisa doctos teólogos de Salamanca, y a los pocos días, en 11 de Abril de 1555, llegó el famoso Fr. Domingo de Soto, quien se encerró en conferencia particular con ella por varias horas. Resultado de la entrevista vino a ser que las palabras de la Reina fueron muy discretas y tranquilizadoras, pero no estaba en disposición de recibir la Eucaristía, aunque bien se la podría administrar la Extremaunción.

Aquella misma noche se cumplieron estos ritos. Inclinándose sobre el lecho de la mujer moribunda, el sacerdote, con crucifijo en mano, díjola que era llegada la última hora, y que la



importaba pedir a Dios perdón. Expresó ella con signos y ademanes de pesar y de contrición, lo que su pobre lengua paralizada se negaba a proferir; y el P. Borja, creyendo que ya no podía hablar más, le preguntó si quería que rezara el Credo por ella. Con asombro de todos recobró la Reina repentinamente el poder de hablar, y replicó: «Empezad vos, padre, que yo os seguiré.» Cuando pronunció amén, el santo jesuíta posó el crucifijo sobre los labios de la moribunda. «Cristo crucificado, amparadme», pudo aún decir Juana la Loca, que con estas palabras pasó a aquel país en que todos son cuerdos. Por veinte días estuvo depositado su cuerpo en el convento de Santa Clara, frente al palacio que la había servido de cárcel, en el mismo sitio en que había permanecido tanto tiempo el féretro de su marido; y después, en 1574, fue trasladada al suntuoso enterramiento de Granada, para confundirse con las cenizas de aquel a quien había amado tanto y con tan poca cordura.

La narración precedente de la vida de ésta infortunadísima Reina, que hemos entrettejido totalmente de documentos contemporáneos, suministrados por personas que la conocieron, acarrea la consecuencia inevitable de que la educación rígida de sus primeros años, en contraste con su vida posterior en Flandes, habían implantado en su espíritu disgusto hacia la seca mogigatería que caracterizaba a la religión española bajo la influencia de la Inquisición; y que este disgusto se aumentó hasta convertirse en odio al perder su espíritu el reposo para siempre. Su dura religión y tratamientos crueles que padecía, no parece que se hayan empleado con la mira de sanarla ni con motivos de público interés, sino más bien por servir a las ambiciones del padre y del hijo, cuyo poder autócrata se veía amenazado por coaliciones de nobles que obraban en nombre de ella, y cuya política se basaba en el mantenimiento de la estrecha ortodoxia en religión. Dejar en libertad y con facilidad de acceso a aquella Reina, que deseaba gobernar por instrumento de la nobleza y que odiaba la religión inquisitorial, hubiera sido favorecer el desastre de aquel sistema que



---

fundaba en tales cimientos la grandeza del poder autocrático de España. Hubiera ello sido, a la larga, beneficioso para la Nación; pero, por de pronto, destruía los planes de Fernando y de Carlos; y a los intereses de uno y de otro fue sacrificada Juana.

MARTÍN HUME



# EL DISCÍPULO TRAIADOR

---

## I

A menudo habían repetido a Jesucristo que no era completamente inmaculada la reputación de Judas de Kerioth, y que era preciso desconfiar de aquel hombre. Algunos de los discípulos que habían recorrido la Judea le conocían muy bien; otros habían oído hablar largamente del personaje; ninguno, con la mejor buena fe del mundo, hubiera podido decir de aquél nada bueno. Los indulgentes censuraban su conducta; afirmaban que era pérfido, avaricioso, dado a la mentira y al disimulo; en cuanto a los de mala lengua, cuando les interrogaban respecto a Judas, se desataban en injurias y denuestos.

—Siembra la discordia por donde pasa—decíase escupiendo en el suelo.—Tiene ideas propias que no comunica a nadie; se introduce silenciosamente en las casas, como un escorpión. Los ladrones mismos tienen amigos; los bandidos, compañeros, y los mentirosos, una esposa a la que confían la verdad; Judas, lo mismo se burla de los ladrones que de las gentes honradas, aunque también él practique, y muy hábilmente, el robo, y sea el más avieso de todos los habitantes de Judea...

—No, no es de los nuestros ese pelirrojo de Judas de Kerioth—protestaban los perdidos, con gran asombro de las per-



sonas honradas, que no veían mucha diferencia entre él y los otros individuos maleantes de Judea.

Contábase también que Judas tenía, desde hacía largo tiempo, abandonada a su mujer, la cual llevaba en alguna parte una existencia miserable, esforzándose en vano en ganar el pan con el cultivo de los tres terrones que constituían toda la propiedad de su marido. Este, solitario, vagaba sin objeto por el país desde hacía años; sus correrías habíanle llevado, a lo que parece, hasta el mar, y a otro mar todavía más lejano; en su vagabundeo mentía, ocultaba su verdadera personalidad. Después de haber examinado atentamente las cosas con su mirada trapacera, engañaba a todo el mundo, y de pronto desaparecía, no dejando tras sí sino rumores de querellas y fermentos de discordia. Era curioso, astuto y perverso como un demonio tuerto. No tenía hijos, lo que confirmaba a los ojos del pueblo su reputación de maldito, a quien Dios niega descendencia.

Ninguno de los discípulos hubiera podido precisar el día en que aquel torvo judío de pelo rojo abordó por primera vez al Divino Maestro. Desde hacía tiempo, Judas seguía el mismo camino que ellos, se mezclaba en sus conversaciones, les prestaba menudos servicios, servil y sonriente, procurando hacerse simpático. A veces, cuando los ojos de aquellos estaban fatigados, la fisonomía de él les parecía familiar, y, a poco, todos estaban convencidos de que el sér aquel irritaba la vista como algo monstruoso, falso, de una fealdad abominable y maldita. Echábanle entonces con palabras severas, y él se eclipsaba; luego volvíanle a encontrar en los caminos, en los que se presentaba a hurtadillas, insinuante y halagador. Y varios de los discípulos estaban seguros de que Judas, bajo el deseo de acercarse a Jesús, ocultaba alguna intención hostil, un proyecto pérfido y cuidadosamente disfrazado.

Pero Jesús no siguió los consejos de sus discípulos; sus acentos proféticos resonaron en vano. Con ese espíritu de serena contradicción que le impulsaba irresistiblemente hacia los



réprobos y los malditos, acogió a Judas y le puso entre los elegidos. Los discípulos se conmovieron y murmuraron en voz baja; el Maestro estaba sentado, pensativo, con el rostro vuelto hacia el sol poniente; tal vez escuchaba a los que le hablaban, tal vez oía otras voces. Hacía diez días que el viento no alentaba, y las mismas capas de aire, no renovadas, esperaban, prestas, a vibrar al soplo que acudiera de la lejanía. Todo lo que los hombres, los cuadrúpedos y las aves habían cantado y gritado durante aquel período de calma, llantos, gemidos, cánticos alegres, plegarias y maldiciones, todas estas voces, como fijas e invisibles, parecían condensadas en la transparente profundidad de la atmósfera, y la hacían pesada e inquieta.

El aire estaba impregnado de una vida misteriosa, latente y no perceptible. Y el sol se ocultaba una vez más. El globo ígneo descendía y rodaba hacia el horizonte, incendiando los cielos y las cosas que sobre la tierra conformaban su existencia a la de él; el rostro atezado de Jesús, como las paredes de las casas y las hojas de los árboles, todo reflejaba con docilidad aquella claridad lejana y terriblemente pensativa. La blanca muralla no era ya blanca ahora, y la ciudad también parecía roja, sobre una roja montaña.

## II

Entonces llegó Judas.

Se adelantó, saludando muy humildemente, plegado el espinazo, con el feo rostro inclinado hacia delante, la actitud tímida y prudente, completamente igual a la descripción que de él hacían los que le conocían. No era grueso, de estatura bastante elevada, casi tan alto como Jesús, el cual, por efecto de la costumbre que había adquirido de meditar al andar, iba un poco inclinado, y parecía más bajo de lo que era en realidad. Observábase que Judas no carecía de fuerza, y, sin embargo, no se sabe por qué, afectaba el aspecto de un sér débil y en-



firmizo. Su voz, igualmente, cambiaba a voluntad, unas veces resonaba viril y vibrante, otras era chillona y agria, como la de una vieja que riñe a su marido. A menudo, sus oyentes experimentaban como el deseo vago de arrancarse de los oídos las palabras de Judas, que se plantaban en ellos como cardos espinosos y medio podridos. Sus cabellos rojos y cortos no tapaban la forma rara y extraordinaria del cráneo, claramente dividido en cuatro partes, como por un doble sablazo. Esta disposición inspiraba desconfianza, y hasta inquietud, a quienes la observaban; bajo un cráneo semejante no podía haber ni armonía ni paz; bajo un cráneo semejante debía repercutir incesante el estrépito de batallas sangrientas y feroces. El rostro de Judas era también desigual: una de sus mitades mostraba un ojo negro y vigilante, vivía, se movía, la surcaban innumerables arrugas en varias direcciones. La otra, desprovista de arrugas, lisa, petrificada, parecía muerta; aunque fuese del mismo tamaño que la primera, el ojo ciego que se arqueaba desmesurado bajo el párpado la hacía parecer enorme. Recubierto de una catarata blancuzca, aquel ojo no se cerraba ni de día ni de noche, y acogía de la misma manera las tinieblas que la claridad; pero, acaso porque el otro era extraordinariamente vivo y avizor, costaba trabajo creer en la completa ceguera de aquel órgano. Cuando el Iscariote, en un acceso de emoción o de humildad, cerraba el ojo sano e inclinaba la cabeza, el ojo muerto seguía los movimientos de la cara y miraba en silencio. Entonces, aun las gentes menos perspicaces, comprendían que nada bueno podía esperarse de aquella criatura. Jesús, sin embargo, se llamó a El, y hasta le hizo sentar a su lado, sí, a su lado.

Aquel día, Juan, el discípulo amado, tuvo un movimiento de desdén, y sus compañeros, que amaban al Maestro, se ensombrecieron también. Sin embargo, Judas se sentó, y, moviendo la cabeza a diestro y siniestro, se puso a dolerse de su suerte. Durante la noche, su dolencia le hacía sufrir; jadeaba cuando subía una pendiente, y cuando se hallaba al borde de



un precipicio tenía vértigos y le costaba trabajo sustraerse al estúpido deseo de tirarse al fondo del abismo. Inventaba descaradamente una porción de historias de este género, como si no hubiese comprendido que las enfermedades no afectaban al hombre por casualidad, sino que nacen del desacuerdo entre los actos humanos y los preceptos del Eterno. Y Judas de Kerioth continuaba su loca charla; se frotaba el pecho con su manaza, y, en medio del silencio general, afectaba toser ante las miradas bajas de los discípulos.

Sin mirar al Maestro, Juan preguntó en voz baja a su amigo Simón Pedro:

—¿No te cansan tantas mentiras? Yo, la verdad, no puedo soportarlas por más tiempo, y me voy.

Pedro echó una mirada a Jesús; su mirada se encontró con la del Maestro, y se levantó de pronto.

—Espera—dijo a su amigo.

Volvió a mirar a Jesús y, con la rapidez de una piedra que rueda desprendida por la ladera de la montaña, se acercó a Judas Iscariote y le interpeló con tono afectuoso:

—¿Vienes, pues, con nosotros, Judas?

Y dió un golpecito amistoso en la espalda de su interlocutor; luego, sin mirar al Maestro, cuyos ojos, sin embargo, sentía fijos en él, añadió resueltamente, con una voz sonora, que, como el aire lanza al agua, descartaba toda réplica:

—Nada importa que tu aspecto sea desagradable y tu fisonomía antipática; a veces, los pescadores encuentran en sus redes monstruos, y tales peces son, a menudo, los más sabrosos. No nos incumbe a nosotros, pescadores de Nuestro Señor, rechazar el pez capturado porque esté lleno de espinas, se halle malo y sea desagradable. Una vez vi en Tiro un pulpo que los pescadores de por allí habían cogido, y me asusté tanto, que quise huir. Ellos se burlaron de mí, pescador de Tiberíades; me ofrecieron un trozo del pulpo, y pedí más, porque el tal monstruo era delicioso. Acuérdate, Maestro, de que te he con-



tado esta historia y te reíste con ella. Tú, Judas, te pareces también a un pulpo, pero solamente en parte.

Y Pedro se echó a reír ruidosamente, satisfecho de su broma. Cuando decía algo, sus palabras resonaban con dureza metálica, como si las fijase con clavos. Andando, trabajando, siempre era ruidoso; los ecos le contestaban por todas partes: el enlosado sonaba bajo sus pies, las puertas temblaban y crujían; el aire mismo parecía estremecerse medrosamente. En los desfiladeros de las montañas su voz despertaba sonoridades brutales; y por la mañana, cuando bajaban hacia el lago, rodaba sobre el agua adormecida y chispeante, como una pelota en el piso, y hacía sonreír a los primeros rayos tímidos de la aurora.

Sin duda, las fuerzas de la Naturaleza gustaban de Pedro a causa de su voz; mientras que todos los otros rostros estaban todavía sombríos y como cubiertos por el velo de la noche, la gruesa cabeza de aquél, su pecho, amplio y desnudo, sus brazos, de movimientos sueltos, se dibujaban ya luminosamente en el polvillo de oro del alba.

Las palabras de Pedro, que el Maestro sin duda aprobaba, disiparon el malestar que pesaba en los allí presentes. Pero los que por azares de la existencia habían estado también en la mar y, como él, habían visto pulpos, quedaron impresionados por la semejanza que Pedro indicó ligeramente entre los monstruosos moluscos y el nuevo discípulo. Recordaron los enormes ojos, los numerosos tentáculos ávidos, la calma simulada del monstruo que, de un solo golpe, atrapaba su presa, la enlazaba, la aplastaba y se la tragaba sin que nada perturbase la espantosa inmovilidad de sus ojos. ¿Qué podría significar aquello? Pero Jesús guardaba silencio, Jesús sonreía y dirigía una mirada irónica y afectuosa a Pedro, que continuaba febrilmente su discurso, y uno tras otro, los discípulos, confusos, se acercaron a Judas, le hablaron con dulzura; luego se retiraron muy de prisa perplejos.

Solamente Juan, hijo de Zebedeo, se callaba huraño, lo



mismo que Tomás, que tampoco se decidía a hablar y reflexionaba sobre lo que acababa de pasar. Observaba con atención a Judas y a Cristo sentados juntos, y aquella rara proximidad de la belleza divina y de la monstruosa fealdad, del hombre de mirada benévola y del pulpo con pupilas enormes, fijas, borrosas y ávidas, turbaba su razón como un insoluble enigma. Contraía con esfuerzo su frente lisa, entornaba los párpados creyendo no ver bien, y una visión fantástica se imponía a su espíritu; parecía que, en efecto, ocho tentáculos salidos del cuerpo de Judas se agitaban sin cesar. Pero, consciente de la ilusión, Tomás volvía en sí y se ponía a examinar fríamente al judío.

Este, poco a poco, adquiría aplomo. Sus brazos encogidos se alargaban, distendía los músculos de su mandíbula y ponía más de relieve su cabeza disforme. Todos ahora percibían una parte de aquella cara convulsionada, y, sin embargo, parecía a Judas que sus facciones se disimulaban bajo un velo invisible pero espeso, impenetrable y complicado. Como si se hubiese deslizado afuera de su agujero, sintió iluminarse su cráneo, luego sus ojos (se detuvo un instante); por fin, resueltamente descubrió toda su cara. No se produjo nada de particular. Pedro se había ido, se ignoraba adónde. Jesús sentado, con la cabeza apoyada en una mano, meditaba, balanceando suavemente su pie curtido. Los discípulos conversaban entre sí; sólo Tomás, impassible, seguía estudiando a Judas con atenta gravedad, semejante a un sastre concienzudo que tomaba las medidas a un cliente. Judas sonrió; Tomás no contestó a esta sonrisa, pero la anotó también y continuó su examen. Mientras tanto, algo desagradable inquietaba a la mejilla izquierda de Judas; se volvió; era Juan, que, desde un extremo de la estancia, le dirigía los rayos límpidos y fríos de sus pupilas, Juan el bello discípulo inmaculado, de conciencia virginal y blanca como la nieve de las montañas. Judas avanzó hacia él; su paso parecía el arrastrarse temeroso de un perro castigado.

—¿Por qué estás callado, Juan?—le interrogó.—Tus pala-



bras son semejantes a frutas de oro en copas de plata fina; dale una a Judas, que es tan pobre.

Juan no contestó, y Judas se fué con paso lento por la indecisión, y desapareció en la sombría profundidad de la puerta abierta.

Era plenilunio y casi todos los discípulos paseaban. Jesús había salido también, y el Iscariote, desde el cobertizo en que se había arreglado un lecho, podía ver a los discípulos ir y venir. Bajo la pálida claridad, las blancas siluetas aparecían lentas y ligeras como si se deslizasen ante la sombra negra; a veces se desvanecían con la oscuridad, y entonces se oía una voz. Pero vueltos a la luz, aquellos seres permanecían silenciosos como las paredes, como las sombras negras, como la noche tenebrosa y transparente a la vez. Casi todo el mundo dormía cuando Judas oyó la voz contenida de Cristo que volvía; todo se calló en la casa y en los alrededores. Cantó un gallo, un asno rebuznó con fuerza y furiosamente, como si el día estuviera próximo, y enmudeció a desgana. Judas continuaba velando en silencio y escuchando. La luna le iluminaba la mitad de la cara, y se reflejaba en el ojo parado como en un lago cubierto de hielo.

De repente, se acordó y se apresuró a toser y a frotarse con su manaza el pecho robusto y velludo; tal vez, en efecto, habría alguien que no dormía y escuchaba los pensamientos de Judas.

### III

Poco a poco se habituaron al Iscariote, y no notaban su fealdad. Jesús le confió la cajita del dinero, y de esta suerte le fueron atribuídos los menesteres de la comunidad; él compraba los alimentos y las vestiduras que se necesitaban, distribuía las limosnas, y, en viaje, a él le incumbía buscar albergue para pernoctar; cumplía su cometido con mucha habilidad, lo que le granjeó no tardando la benevolencia de los que eran testigos de su celo. Judas mentía sin cesar, pero también se habían



acostumbrado a ello, porque sus mentiras no ocultaban actos reprensibles; daban, por el contrario, un interés particular, y como cierto relieve a sus historias y a su conversación y, prestaban a la vida monótona de todos los días cierta semejanza con un cuento de hadas a veces divertido, a veces terrible.

A juzgar por los dichos de Judas, conocía a todo el mundo, y cada uno de los que hablaban había cometido en su vida una mala acción o hasta un crimen. Según él, las gentes honradas eran las que sabían ocultar sus actos y sus pensamientos; pero si se las adulaba, se las halagaba o se usaba de astucia, la mentira, la villanía y la abominación emanaban de ella como el pus de una llaga; concedía de buen grado que a veces mentaba él; pero juraba que los otros mentaban más, y que si había en el mundo alguien al que hubiesen engañado era él, Judas. Muchas personas le habían burlado de una manera o de otra. Así, por ejemplo, el tesorero de un noble rico le había confesado que llevaba ya diez años con el deseo loco de robar los bienes que le estaban confiados; pero que, por temor de su conciencia y de su amo, no podía resolverse a semejante acción. Judas le creyó, y de pronto el otro le engañó robando el tesoro. Entonces Judas creyó en el robo, pero el hombre le engañó de nuevo al devolver a su amo lo que le había substraído. Todo el mundo engañaba a Judas, incluso los animales; cuando acariciaba a un perro, éste le mordía las manos; y cuando le pegaba con un palo, el animal le lamía los pies y le miraba con humildad. Una vez mató a uno de estos perros, y le enterró en un profundo agujero, sobre el que puso una piedra muy pesada; pero, ¿cómo explicar la cosa? Quizá porque le mató, el perro, más vivo que nunca, salió de la fosa y correteaba alegremente con los otros.

Todos los que oían a Judas reían al escucharle; él mismo, con sonrisa benévola, guiñaba irónicamente el ojo vivo, y no tardaba en reconocer, con la misma sonrisa de agrado, que había mentado un poco. No, no había matado al perro. Pero ya le encontraría, y entonces sí que lo había de matar sin es-



crúpulos, porque no quería ser engañado. Y estas palabras excitaban más aún la hilaridad de sus compañeros.

A veces, sin embargo, las historias que narraba Judas no tenían ni pizca de realidad ni de verosimilitud; llegaba hasta atribuir a los hombres inclinaciones que ni los mismos animales tienen; los acusaba de crímenes imposibles, de monstruosidades inexistentes. Y como un día citase el nombre de un personaje muy respetable, sus oyentes, sublevados por tales calumnias, le preguntaron bromeando:

—¿Y tus padres, Judas, eran buenas personas?

Judas arrugó los párpados, sonrió y dejó caer los brazos. Y al balancearse la cabeza, parecía que su ojo fijo y entornado se balanceaba también y miraba silenciosamente.

—¿Y quién fue mi padre? Tal vez el hombre que me daba de palos, quizá también el diablo, o un macho cabrío o un gallo. ¿Acaso puede conocer Judas a todos los que compartieron el lecho de su madre? Judas ha tenido muchos padres; ¿de cuál habláis?

Estas sacrílegas palabras levantaron murmullos, porque los padres inspiraban profunda veneración, y Mateo, que conocía bien las Escrituras, profirió con voz severa las palabras de Salomón:

«Si alguien maldice de su padre y de su madre, su lámpara se apagará en las tinieblas.»

En cuanto a Juan, hijo del Zebedeo, dijo con altivez:

—¿Y de nosotros? ¿Qué es lo que tienes que decir malo de nosotros, Judas de Kerioth?

Pero el interpelado agitó las manos con fingido terror, se encogió y se puso a gemir como un mendigo que pide en vano limosna a un transeúnte.

—¡Ah! ¡Tientan al pobre Judas! ¡Se burlan de Judas! ¡Quieren engañar a este pobre Judas, tan crédulo!

Y mientras que una mitad de su cara se contorsionaba en gestos ridículos, la otra conservaba una gravedad austera, y el ojo, que no se cerraba nunca, seguía mirando al vacío. Si-



món Pedro se reía más que nadie con las bromas de Judas; ocurrió, sin embargo, una vez que se ensombreció, se puso taciturno y triste, y, tirando a Judas por la manga, le llevó aparte.

—¿Y Jesús? ¿Qué piensas de El?—preguntó inclinado sobre el otro. Pero nada de bromas, te lo ruego.

Judas le lanzó una mirada irritada.

—¿Y qué es lo que piensas tú?—replicó.

Asustado y gozoso, Pedro murmuró:

—Yo creo que es el Hijo de Dios vivo.

—¿Por qué me interrogas, entonces? ¿Qué puede decirte Judas, cuyo padre es un macho cabrío?

—Quisiera saber si le amas, porque parece que tú no amas a nadie, Judas.

Con la misma cólera extraña, el Iscariote pronunció en tono breve y cortante:

—Le amo.

Después de esta conversación, y durante dos días, Pedro no cesó de llamar a Judas «su amigo pulpo», y éste, sin apresuramientos, pero con irritación contenida, se esforzaba en substraerse al discípulo para ocultarse en cualquier rincón oscuro, en donde permanecía, sombrío, solamente visible el ojo blanco y fijo.

La única persona que escuchaba a Judas con gravedad real era Tomás; no comprendía ni las bromas, ni el disimulo, ni la mentira, ni los juegos de palabra o de pensamiento, y no buscaba en todo sino el lado razonable y positivo. Frecuentemente interrumpía con observaciones discretas las malignas historias del judío sobre sus contemporáneos.

—Habría que probar lo que dices. ¿Lo has oído tú mismo? ¿Quién más estaba contigo? ¿Cómo se llama ese testigo?

Judas se arrebatava y chillaba, decía que todo lo había visto con sus propios ojos; pero el obstinado Tomás, con tranquilidad obsesionante, continuaba interrogando al cuentista, persiguiéndole con preguntas insidiosas, hasta que el otro con-



fesaba que había mentido, o hasta que inventase un nuevo cuento más verosímil, sobre el que su contradictor reflexionaba largamente. Cuando descubría el punto flaco, volvía a la carga inmediatamente, y sin alterarse, con seguridad, convencía a Judas de mentira. En general, el Iscariote le excitaba la curiosidad, lo que creaba entre los dos hombres una especie de amistad, llena de gritos, de risas y de invectivas, de una parte; de preguntas tranquilas y continuas, de la otra. A veces, Judas sentía una insoportable aversión hacia su raro amigo; le atravesaba con la mirada, y, con irritación mezclada de súplica, le decía:

—¿Pero qué quieres de mí? ¡Te lo he dicho todo, todo!

—Quiero que me pruebes cómo un macho cabrío puede ser tu padre—declaraba Tomás, a la vez indiferente y tenaz, y esperaba la respuesta.

Ocurría entonces que a preguntas de este género, Judas oponía de repente el silencio, mirando a su interlocutor de pies a cabeza como asombrado; veía un cuerpo largo y derecho, un rostro terroso, ojos francos, transparentes y claros, dos arrugas que partían de la nariz y se perdían en una barba recia y cortada, y decía con convicción:

—¡Qué tonto eres, Tomás! ¿Qué es lo que ves en sueños, un árbol, una pared, un asno?

Y Tomás se turbaba y no replicaba. Sin embargo, por la noche, cuando ya Judas había cerrado para dormir su ojo vivo e inquieto, el discípulo, desde su sitio (dormían los dos próximos), pronunciaba en alta voz estas palabras:

—Te equivocas, Judas. Tengo malísimos sueños. ¿Tendrá el hombre que responder también de sus sueños? ¿Qué piensas tú?

—¿Los ve acaso alguien más que el que los sueña?

Tomás suspiraba quedo, y se ponía a reflexionar. Judas sonreía con desprecio, y cerrando su ojo irónico, se entregaba tranquilamente a sus sueños turbados, a las pesadillas monstruosas, a las visiones dementes que se complacían bajo su cráneo abollado.



## IV

Durante las peregrinaciones de Jesús con sus discípulos a través de Judea, cuando los viajeros se acercaban a un poblado, el Iscariote no dejaba nunca de denigrar a los habitantes y conjurar enojos. Pero ocurría casi siempre que las gentes de las que tan mal había hablado acogían al Maestro y a sus amigos con gozo, los rodeaban de afección y de amor, y adoptaban con entusiasmo su enseñanza. La caja en que Judas guardaba el dinero se hacía tan pesada, que costaba trabajo llevarla. Burlábanse entonces de su error, y él replicaba gesticulando con aire sumiso:

—Sí, sí; Judas creía que eran malos y eran buenos. Ellos se han convencido pronto y han dado dinero. Así, pues, también ellos han engañado al pobre Judas, al crédulo Judas de Kerioth.

Pero un día, cuando se encontraban ya muy lejos de un pueblo en el que fueron muy bien recibidos, se entabló una violenta disputa entre Tomás y Judas, y para ventilarla, se volvieron ambos al pueblo. Al día siguiente, alcanzaron a Jesús y a los otros discípulos, y Tomás estaba triste y perplejo, mientras que Judas parecía orgulloso y como en espera de que todo el mundo le felicitase y le diera las gracias. Cuando se acercó al Maestro, Tomás declaró resueltamente:

—Judas tenía razón, Señor. Las gentes del país son tontas y malas, y la buena simiente de tus palabras ha caído en terreno pedregoso.

Refirió entonces lo que había ocurrido en el pueblo. En cuanto se marcharon Cristo y su discípulos, una vieja empezó a gritar que le habían robado una cabrita blanca, y acusaba del robo al Nazareno y sus acompañantes. Al principio la contradijeron, luego trataron de calmarla; pero ella se obstinaba en que nadie más que Jesús podía ser el culpable del robo, y creyéndola muchas gentes, querían correr en persecución de



los ladrones. Aunque no tardaron en encontrar a la cabrita, que se había perdido entre las zarzas, decidieron, no obstante, que Jesús era un impostor y quizá también un ladrón.

—¡Ah! ¿Eso dicen?—exclamó Pedro, con las narices hinchadas.—¿Quieres, Señor, que vaya a esos imbéciles y que les...

Pero Jesús, que durante toda esta explicación había guardado silencio, le miró con severidad, y Pedro se calló y se escondió entre los otros. Y como si nada hubiese pasado, nadie volvió a hablar del asunto. Habriase dicho que Judas no tenía razón. El Iscariote se esforzaba en vano, tratando de dar a su rostro codicioso una expresión modesta; no se fijaban en él, o bien le miraban sin benevolencia y con desdén.

Y a partir de este día se modificó grandemente la actitud de Jesús para con aquél. Antes, sin que se supiera por qué, Judas no hablaba nunca directamente al Maestro, y tampoco Jesús se dirigía sino raras veces a Judas; se contentaba con mirarle, en ocasiones con mirada acariciadora; sonreía a algunas de sus bromas, y cuando tardaba demasiado en verle, preguntaba por él: «¿Dónde está Judas?» Ahora, el Maestro parecía no ver a Judas, aunque le siguiese buscando con los ojos—y hasta con mayor obstinación quizá que antes,—cada vez que prodigaba sus enseñanzas a los discípulos o hablaba al pueblo. O bien Jesús volvía la espalda al Iscariote y lanzaba sus palabras por encima del hombro, o bien simulaba ni advertirlo siquiera. Y cualquiera que fuese el discurso del Maestro, hasta cuando expresaba lo que pensaba Judas, hubiérase dicho que sus observaciones iban siempre dirigidas contra él. Y para todos, el Maestro era una bella y preciosa flor, una fragante rosa del Líbano; no dejaba a Judas sino las espinas agudas, como si Judas no tuviese corazón, como si estuviera desprovisto de ojos y de orejas, como si fuera diferente de sus compañeros, incapaz de apreciar el esplendor de los pétalos frágiles e inmaculados.

—Tomás, ¿te gusta la rosa amarilla del Líbano, que tiene un rostro atezado y ojos como los de las gacelas?—preguntó



una vez Judas a su amigo; y éste contestó con indiferencia:

—¿La rosa? Sí; su perfume me es agradable; pero nunca he oído decir que las rosas tuviesen cara y ojos.

—¿De veras? Y tal vez no sepas tampoco que el cacto de numerosos brazos, que desgarró ayer tu traje nuevo, no tiene más que una sola flor roja y un ojo único.

Tomás lo ignoraba igualmente, aunque, en efecto, la víspera, un cacto se le hubiera agarrado al traje, haciéndole jirones. No sabía nada aquel Tomás, y, por lo tanto, preguntaba sin cesar; tenía la mirada franca y unos ojos transparentes y claros, tras los cuales se veía, como a través de un cristal fenicio, la pared en que se apoyaba y el asno de cuello colgante atado a la pared por el ramal.

Algún tiempo después ocurrió un incidente en el que Judas tuvo de nuevo razón. En un pueblo de Judea, del que desconfiaba tanto, que había aconsejado evitarlo, acogieron muy mal a Cristo. Cuando hubo predicado y censurado a los hipócritas, la multitud se enfadó y quiso lapidarlos, a El y a sus compañeros.

Los energúmenos eran numerosos, y hubieran, sin duda, ejecutado su proyecto criminal, sin la intervención de Judas de Kerioth. Presa de un terror insensato, como si viera ya gotas de sangre bermeja en las inmaculadas vestiduras del Maestro, Judas, alocado, se precipitó a la muchedumbre; amenazó, gritó, suplicó y mintió, dando así a Jesús y a sus discípulos tiempo y posibilidad de huir. Se movía como si tuviera diez pies; risible y espantable en sus súplicas y en su furor, se agitaba como un poseído, ante la multitud, a la que paralizaba, con ayuda de una fuerza rara y desconocida. Gritaba que el Nazareno no era en modo alguno una hechura del demonio, que era sencillamente un impostor, un ladrón amante del dinero, como todos sus discípulos y Judas mismo, y diciendo esto, sacudía la caja que contenía las monedas, se contorcía y suplicaba arrastrándose por el suelo. Poco a poco, el enojo de la multitud se transformó en asco; las burlas empezaron a llover, y las manos que tenían las piedras cayeron.



—Estas gentes son indignas de morir a nuestras manos honradas, declararon los habitantes, mientras que algunos seguían con mirada pensativa a Judas, que se alejaba a grandes zancadas.

Ahora también, el Iscariote esperaba felicitaciones y gracias; exhibió sus vestiduras rotas, contó que le habían llenado de golpes; pero esta vez también se equivocó, sin que supiera por qué. Jesús, irritado, marchaba muy de prisa y sin decir palabra; y ni Juan ni Pedro se atrevían a acercarse a El; y ambos, que veían a Judas con el traje hecho jirones, su rostro feliz, animado, en donde persistían, sin embargo, estigmas de espanto, le echaban con breves exclamaciones de cólera. Parecía que no era él quien había salvado a todo el mundo, que no era él quien había salvado al Maestro, al Maestro amadísimo.

—¿Ves qué imbéciles?—dijo a Tomás, que iba absorto detrás de sus compañeros.—Míralos: van por el camino en rebaño, como corderos, levantando el polvo con sus talones. Tú, Tomás, que eres inteligente, y yo, el noble y hermoso Judas, vamos aparte, como sucios esclavos, indignos de la compañía del Maestro.

—¿Por qué dices tú que eres hermoso?—replicó Tomás asombrado.

—¡Porque lo soy!—contestó muy convencido Judas; y contó con muchos floreos cómo había logrado engañar a los enemigos de Cristo, cómo se había burlado de ellos y de sus estúpidas piedras.

—¡Pero has mentido!—observó Tomás.

—Pues bien, sí, he mentido—asintió tranquilamente el Iscariote.—Les he dado lo que pedían, y ellos me han devuelto lo que necesitaba. ¿Y qué es la mentira, mi buen Tomás? ¿No hubiera sido la muerte de Jesús una mentira mayor aún?

—Has obrado mal. Ahora creo, en efecto, que el diablo es tu padre. El es, Judas, quien te ha inspirado.

El Iscariote palideció, y su cara pareció adelantarse de repente hacia Tomás; hubiérase dicho que una nube blanca ha-



bía ocultado de repente el camino y a Jesús. Con movimiento ligero, Judas atrajo a sí al discípulo, le estrechó con fuerza, paralizándolo sus ademanes, y le murmuró al oído:

—¿Dices que es el diablo quien me ha impulsado? Bien, muy bien, Tomás. ¿He salvado a Jesús, sí o no? Sí, ¿verdad? Luego el diablo ama a Jesús. ¿Luego Jesús y la verdad son necesarios al diablo? Bien, bien, Tomás. Pero mi padre no es el diablo, es un macho cabrío. Quizá éste necesite también a Jesús, ¿eh? ¿Y vosotros no tenéis necesidad de él? ¿No tenéis necesidad de la verdad?... Contesta, anda, contesta...

Furioso y un tanto asustado, Tomás se desprendió con trabajo del abrazo viscoso, y tomó un paso más rápido, que moderó pronto; trataba de comprender lo que acababa de pasar.

Mientras tanto, Jesús seguía andando sin prisa y lejos detrás de los otros. Allá abajo, los viajeros no formaban más que un grupo confuso, y era imposible distinguir a Jesús entre las sombras que se deslizaban por el camino. El mismo Tomás se transformó pronto en un punto gris, y de pronto, en una revuelta, todos desaparecieron por completo. Después de haber inspeccionado los alrededores, Judas dejó el camino, y dando enormes saltos, llegó al fondo de un barranco pedregoso. La carrera rápida y a sacudidas hinchaba sus vestiduras, y sus brazos se elevaban como si fueran a tomar vuelo. Por un lugar cortado a pico, se deslizó y rodó, cual una pelota, hiriéndose en las piedras. Se puso en pie, y, con cólera, mostró el puño a la montaña.

—¡Tú también, maldita!

De repente, la prontitud de sus movimientos se convirtió en una lentitud pesada; eligió una piedra gruesa y se acurrucó tranquilamente como un perro. Se movió para buscar una posición más cómoda, aplicó las manos en la roca y apoyó en ellas la cabeza. Sin menearse, permaneció allí una hora, dos horas, gris como la piedra grísea, y engañando a los pájaros con su inmovilidad sostenida. Ante él, alrededor de él, por todos lados se elevaban las paredes del barranco, cuya línea



aguda formaba el borde del cielo azul intenso; y por todas partes se alzaban enormes bloques de granito hundidos en la tierra; parecía que en otro tiempo había caído allí una lluvia de piedras en pesadas gotas, fijas ahora para la eternidad. Aquel barranco agreste y desierto, semejante a un cráneo vuelto del revés y separado del tronco, erguía cada una de las rocas como otros tantos pensamientos petrificados en un sueño pesado, obstinado, eterno.

Un escorpión confiado y engañado pasó, claudicante y vacilante, muy cerca de Judas, que le vió, y continuó mirando algún invisible punto con sus ojos, los dos inmóviles, los dos empañados por un velo raro y blanquecino, los dos como ciegos y a la vez videntes. Y de la tierra, de las piedras, de las hendiduras, comenzaron a subir las tinieblas nocturnas y apacibles; envolvieron a Judas y flotaron rápidamente hacia el cielo luminoso que palidecía. La sombra llegaba con sus pensamientos y sus sueños.

Aquella noche, Judas no llegó al albergue común, y los discípulos, arrancados a sus reflexiones y obligados a preocuparse de la comida, murmuraron contra la negligencia del ausente.

## V

Un día, Jesús y sus discípulos seguían a media noche un sendero pedregoso, abrupto y desprovisto de toda sombra; y como llevaban más de cinco horas de marcha, el Maestro se quejó de cansancio. Los apóstoles se separaron; Pedro y su amigo Juan extendieron en el suelo sus capas y alguna de sus compañeros, y acondicionaron entre dos peñascos una especie de tienda para Jesús. El Señor se tumbó, y, protegido contra el ardor tórrido del sol, descansó, mientras que sus discípulos entretenían el alto con sus bromas y su alegre charla. Pero, viendo que fatigaban al Maestro, se alejaron a cierta distancia y se entregaron a diversas ocupaciones, porque eran poco sensibles al cansancio y al calor. Uno se puso a buscar raíces



comestibles, que llevaba a Jesús; otro trepaba más alto y se esforzaba en seguir con la vista los límites de la azulada lejanía; no los distinguía, y continuaba escalando nuevos picos y nuevos senderos. Juan descubrió entre las piedras un lindo lagarto azulado, lo cogió con precauciones y se lo llevó al Maestro, riendo dulcemente. El lagarto miró con sus ojos convexos y enigmáticos a los ojos del Nazareno; luego el cuerpecillo fresco se deslizó prestamente entre los dedos tibios, llevándose a prisa, no se sabe adónde, su colita inquieta y grácil.

Pedro, que no gustaba de los recreos pacíficos, se divertía con Felipe en arrancar de la montaña pedruscos que echaban a rodar por la pendiente, midiendo así sus fuerzas respectivas. Atraídos por sus carcajadas, los otros discípulos fueron reuniéndose con ellos, y tomaron alternativamente parte en aquella diversión. Arrancaban con esfuerzo un pedazo de roca, lo levantaban en alto y lo tiraban en seguida. Caía la piedra; oíase un choque breve y sordo; había una pausa, durante la cual parecía aquélla reflexionar; luego daba un salto, vacilante; a cada contacto con la tierra, adquiría fuerza y velocidad, hacíase más ligera, más feroz, más destructora. No saltaba ya, volaba, y el aire dejaba pasar silbando aquella fuerza redonda y maciza. Llegada al borde del abismo, la piedra realizaba una amplia y última trayectoria, y se precipitaba al fondo del invisible abismo.

—¡Vamos con otra!—gritaba Simón. Sus dientes blancos resplandecían en medio de su barba negra; su pecho robusto y sus brazos estaban desnudos; los seculares pedruscos irritados se asombraban vagamente de la fuerza que los arrastraba, y, una tras otra, marchaban al abismo dócilmente. El mismo Juan, que era débil, tiraba piedras menores. Y Jesús miraba con indulgente sonrisa los deportes de sus discípulos.

—¿Qué tienes, Judas? ¿Por qué no vienes a tomar parte en este juego, que parece tan divertido?—preguntó Tomás, al ver a su raro amigo sentado tras una roca.

—Me duele el pecho, y nadie me ha invitado.



—¿Hay necesidad de invitación? Pues bien, yo te invito. Ven, mira las piedras que tira Simón Pedro.

Judas le miró de lado, y entonces fue cuando Tomás advirtió vagamente por primera vez que el Iscariote tenía dos caras. Pero antes de que hubiera tenido tiempo de apreciarlo, el otro, con su tono habitual, halagador e irónico al mismo tiempo, le decía ya:

—¿Hay alguien más fuerte que Pedro? Cuando grita, todos los asnos de Jerusalén creen que su Mesías ha llegado, y se ponen también a rebuznar. ¿Los has oído alguna vez, Tomás?

Mientras tanto, con sonrisa afable, y cruzando con gesto púdico su vestidura sobre su pecho cubierto de pelos rojos y rizosos, Judas entró en el círculo de los jugadores. Y como todo el mundo estaba muy alegre, le recibieron con júbilo, con ruidosas chanzas; el mismo Juan tuvo una sonrisa de condescendencia cuando Judas, jadeando y quejándose como un enfermo auténtico, se apoderó de una enorme piedra. Pero el hombre de Kerioth la alzó sin esfuerzo y la arrojó con habilidad; su ojo ciego y arrugado, tras una vaga vacilación, se fijó en Pedro, mientras que la otra pupila, llena de astucia, reflejaba una dulce alegría.

—Anda, tira otra—dijo Pedro molesto.

Alternativamente, cogieron y lanzaron piedras gigantes, y los discípulos los miraban con asombro. Pedro cogía un enorme pedrusco, Judas elegía uno mayor; Pedro, refunfuñando, arrancaba con rabia un fragmento de roca, lo levantaba, vacilando, y lo enviaba a lo lejos. Judas continuaba sonriendo, buscaba con la vista un bloque más pesado todavía, lo envolvía entre sus largos dedos, lo alzaba, vacilaba con él y lo tiraba, palideciendo, al precipicio. Una vez lanzada la piedra, Pedro se echaba hacia atrás y la seguía con la mirada; Judas se inclinaba adelante y extendía, moviendo los brazos, como si intentara seguirla. Para concluir, Pedro primero y después Judas, se dirigieron a un enorme bloque; ninguno de los dos con-



siguió levantarlo. Con el rostro encendido, Pedro se acercó resueltamente a Jesús, y dijo con su voz resonante:

—¡Señor! No quiero que Judas sea aquí el más vigoroso. Ayúdame a levantar esta piedra y a lanzarla.

Jesús le contestó en voz baja. Pedro, descontento, se encogió de hombros, pero no se atrevió a replicar nada, y se volvió, repitiendo las palabras del Señor:

—Ha dicho: «¿Quién ayudaría al Iscariote?»

Entonces miró a Judas, que, jadeante y con los dientes apretados, seguía obstinado en querer remover la piedra, y se echó a reír alegremente:

—¡Valiente enfermo! Mirad lo que hace nuestro pobre Judas, siempre tan delicado.

El mismo Judas se echó a reír, ante aquella prueba tan evidente de su hipocresía; el regocijo fue general; los labios de Tomás se entreabrieron un poco para sonreír, y su bigote gris, cerdoso y colgante, se movió ligeramente. Y, entre bromas y risas, se reanudó la marcha. Pedro, completamente reconciliado con su vencedor, le daba de vez en cuando un puñetazo en el costado:

—¡Buen maula estás!

Todos felicitaban a Judas; se reconocía que había alcanzado la victoria; hablábanle amistosamente; pero Jesús tampoco en esta ocasión se asoció a las alabanzas. Iba solo, delante, y mordisqueaba una brizna de hierba; poco a poco, los discípulos cesaron de reír, y, uno tras otro, se fueron acercando al Maestro. Y ocurrió pronto que, de nuevo, formaron un grupo compacto alrededor de El, mientras que Judas el vencedor, Judas el hombre robusto, se quedaba solo, detrás, respirando el polvo de los pasos de aquéllos.

En esto, los viajeros se pararon. Jesús puso una mano en el hombro de Pedro y, con la otra, señaló a lo lejos, en donde aparecía ya Jerusalén envuelta en vapores. Y el hombro ancho y macizo de Pedro se estremeció bajo el peso de la mano fina y atezada.



## VI

En Betania entraron en casa de Lázaro para pasar la noche. Cuando todo el mundo estuvo reunido, Judas, suponiendo que se iba a hablar de su victoria de la mañana, se acercó al círculo. Pero los discípulos estaban más pensativos y silenciosos que de costumbre. Las imágenes del camino recorrido: sol, rocas, hierbas, Cristo reposando bajo la tienda, flotaban lentamente en su cerebro, suscitaban dulces pensamientos y engendraban sueños hermosos y el deseo de marchar eternamente bajo el sol. El cuerpo cansado reposaba gratamente, soñando él también, quizá, con algo enigmático, grande, maravilloso. Nadie se acordaba de Judas.

El Iscariote salió y volvió. Jesús hablaba a sus discípulos. A sus pies, inmóvil como una estatua, estaba sentada María; con la cabeza echada hacia atrás, contemplaba el rostro del Maestro. Juan se había acercado y rozaba con la mano la túnica del Nazareno, sin que lo advirtiera. Juan tenía la rigidez del mármol. Pedro respiraba ruidosamente, y el ritmo de su aliento acompañaba las palabras del Maestro.

Judas se detuvo en el umbral. Desdeñoso de la concurrencia, miraba ardientemente a Jesús. A medida que le miraba, las cosas se apagaban a su alrededor, se llenaban de oscuridad y de silencio; sólo Jesús permanecía luminoso y blanco, con la mano alzada. Después le pareció a Judas que el Maestro también se levantaba en el aire, se esfumaba y se hacía semejante a la sublimidad diáfana que flota sobre los lagos y que atraviesa la claridad de la luna declinante. Sus palabras impregnadas de ternura venían de muy lejos, y Judas no sospechaba su fuente. Y mientras que posaba sus ojos en la figura vacilante y escuchaba la armoniosa melodía de las palabras lejanas y fantomáticas, Judas estrechó entre sus dedos de hierro su alma entera; y en las tinieblas inmensas que le bañaban se puso a construir algo enorme. Gradualmente, en la profunda



oscuridad en que se aislaba, levantó así no se sabe qué masas semejantes a montañas y las amontonó sin esfuerzo las unas sobre las otras; cogió otras más y las juntó a las primeras. Y aquello crecía sin ruido, se extendía como un campo del que han reculado indefinidamente los límites; entonces Judas sintió que su cabeza era como la cúpula de la obra misteriosa que se cimentaba en las insondables tinieblas. La masa formidable continuaba edificándose y alguien trabajaba en silencio: levantaban bloques parecidos a montañas; los ponían unos sobre otros, seguía así... A lo lejos, palabras de ensueño manaban de los labios divinos.

Judas permaneció allí, enorme y negro, cerrando el paso, y Jesús hablaba, mientras que el soplo rítmico y sonoro de Pedro subrayaba el discurso del Maestro. Pero, de repente, Jesús se calló; como si se despertase, Pedro exclamó con entusiasmo:

—¡Señor, tú conoces el Verbo de la vida eterna!

Pero Jesús, con la mirada fija, siguió mudo. Los que siguieron su mirada vieron en el umbral de la puerta a Judas inmóvil, que entreabría la boca y arqueaba las cejas. Sin comprender de qué se trataba, se echaron a reír, mientras que el sabio Mateo tocaba al Iscariote en el hombro y le citaba las palabras de Salomón:

«Se tendrá misericordia con el que tiene aspecto humilde; pero el que se queda en las puertas, molesta a los otros.»

Judas se estremeció; hasta dió un tenue grito de terror; hubiérase dicho que todo el cuerpo, los ojos, las manos, los pies, huían; era como un animal de pronto consciente de una presencia humana. Jesús se dirigió a Judas. Llevaba una palabra en los labios; pero pasó ante el Iscariote y franqueó el umbral, que el otro no entorpecía ya. ....

.....

A media noche, Tomás, inquieto, se acercó al lecho de Judas, se agachó y preguntó:

—¿Estás llorando, Judas?



—No, vete, Tomás.

—Entonces, ¿por qué gimes y rechinas los dientes? ¿Estás malo?

Judas guardó un instante silencio; luego, una tras otra, se escaparon de sus labios palabras rudas, llenas de dolor y preñadas de cólera:

—¿Por qué no me ama? ¿Por qué ama a los otros? ¿No soy yo mejor, más hermoso y más fuerte que los otros? ¿No fui yo quien le salvé la vida cuando ellos huían como perros cobardes?

—No tienes razón, amigo. No eres hermoso, y tu lengua es tan pérfida como desagradable tu cara. Mientes, calumnias sin cesar; ¿cómo quieres granjearte el afecto de Jesús?

Pero Judas parecía no oírle, y continuaba moviéndose pesadamente en la sombra:

—¿Por qué no está con Judas, sino con los que no le aman? Juan le ofreció un lagarto; yo le hubiese llevado una serpiente venenosa. Pedro tiró bloques de roca; yo, para agradarle, hubiera conmovido una montaña. Pero, ¿qué es una serpiente venenosa? Se le arrancan los dientes emponzoñados y se arroja al cuello como un collar. ¿Qué es una montaña que se puede abrir con las manos y hollar con los pies? Yo le hubiera dado Judas, el hermoso, el valiente Judas. Y ahora, El va a perecer y Judas perecerá con El.

—¡Qué cosas tan raras dices, amigo mío!

—«Una higuera seca que hay que derribar con el hacha», eso es lo que ha dicho de mí, ¡de mí! ¿Por qué no me derriba? No se atreve, Tomás. Lo sé. Tiene miedo de Judas. Se esconde del hermoso, del fuerte, del valeroso Judas. Quiere a los imbéciles, a los traidores, a los mentirosos. Tú eres un mentiroso, Tomás; ¿no lo sabes?

Tomás, muy asombrado, iba a replicar, pero pensó que Judas le injuriaba sencillamente, según su costumbre; se contentó con encogerse de hombros. Y Judas se desoló más todavía; rechinaba los dientes y su corpachón se agitaba febrilmente bajo la manta.



—¿Qué es lo que hace tanto daño a Judas?—gemían.—  
¿Quién ha prendido fuego a su cuerpo? Entrega sus hijos a los  
perros; entrega su hija a los bandidos para que la mancillen;  
entrega su prometida a la prostitución. ¿Pero no tiene, sin  
embargo, un corazón tierno? Vete, Tomás; vete, imbecil. ¡El  
hermoso, el fuerte, el valeroso Judas quiere estar solo!

LEÓNIDAS ANDREIEF

(Continuará.)



# LA REINA GOBERNADORA

CRÓNICAS POLÍTICAS DE 1833 A 1840

## III

El Conde de Toreno.—Mendizábal: su sistema; su caída.

Al dimitir Martínez de la Rosa con sus compañeros, se quedó el Conde de Toreno encargado de la Presidencia, de la Secretaría de Estado e interinamente de la de Hacienda, mientras llegaba de Londres D. Juan Alvarez Mendizábal, que era el propietario. Este Ministerio resultaba de transición; pero Toreno lo aceptó por darse el gustazo de ser Presidente una temporada (1).

Don José María Queipo de Llano y Ruiz de Saravia, conde de Toreno, era un asturiano muy listo, que tenía a la sazón cuarenta y ocho años. Presenció en Madrid los memorables sucesos del Dos de Mayo; fue diputado doceañista, viéndose obligado a emigrar a la venida de Fernando VII; pero en las Cortes de 1821 apareció influido por temperamentos conservadores, que tuvo el valor cívico de exponer en una sesión. El populacho, disgustado por estas declaraciones, intentó agredirle una tarde a la salida del Congreso, y gracias a las autoridades no se pudo consumar el atentado.

(1) Desde 7 de Junio a 14 de Setiembre de 1835.



Su cambio de criterio hizo que los liberales exaltados le motejasen también, como a Martínez de la Rosa, con el dictado de *pastelero*. Fernando VII le volvió a desterrar en 1823, y estuvo algunos años viajando por Francia, Bélgica, Inglaterra, Alemania y Suíza.

Se quejan nuestros ministros de Hacienda del cúmulo de obligaciones que pesan sobre el Presupuesto del Estado, y de la resistencia (justificada, después de todo) que opone el público a que se aumenten los ingresos; pues nuestra situación es miel rosada, comparada con aquellos infelices días en que los gastos de la guerra civil lo consumían todo, y no se encontraba manera de aumentar la entrada de fondos en las arcas del Erario.

He aquí un resumen del Presupuesto general de la Nación, formado para 1835 por el Conde de Toreno:

	<u>REALES</u>
Casa Real.....	43.500.000
Real Caja de Amortización (Deuda pública).....	223.834.823
Secretaría de Estado.....	10.058.300
Idem de Gracia y Justicia.....	14.011.873
Idem del Interior (Gobernación, Fomento e Instrucción pública).....	116.145.002
Idem de Guerra.....	251.247.003
Idem de Marina.....	58.249.046
Idem de Hacienda.....	121.532.005
<b>TOTAL.....</b>	<b><u>838.578.052</u></b>

Las clases pasivas formaban partida especial aparte, y como importaba su consignación 56.406.576 reales, hacían ascender el total del Presupuesto a 904.984.628 reales. Los ingresos no pasaban de 759.534.936 reales, de modo que el Ministro presentaba ya su obra con un déficit de 145.449.692 reales. La situación era espantosa para la Hacienda. Y, ¿cómo salían del paso los Ministros de entonces? Echando mano de los empréstitos, onerosos, pero imprescindibles.



Y no era esto lo peor, con ser bastante malo, sino que no había en el extranjero quien nos prestase una peseta. Fernando VII no quiso reconocer los empréstitos realizados en la época de 1820 a 1823, y los capitalistas de Europa cerraban su bolsa cuando se trataba de entregar dinero a España.

El compromiso era verdaderamente aflictivo para cualquier Gobierno. No hubo más remedio que reconocer como deudas del Estado las contraídas por el Gobierno en el extranjero, anteriores o posteriores a 1823.

A este efecto, dividió Toreno la Deuda extranjera en *activa* y *pasiva*, constituyéndose la primera con las dos terceras partes del crédito general, que se iría amortizando periódicamente, entrando a reemplazar la suma amortizada otra equivalente de la *Deuda pasiva*, que se diferenciaba de la primera en no cobrar intereses.

Esta conversión de la *Deuda pasiva* en *activa* se verificaría en un período de doce años, que empezarían a contarse desde 1.º de Enero de 1838. La *Deuda activa* percibiría el interés de 5 por 100.

Puesto el anzuelo, por la misma ley se autorizaba al Secretario del Despacho de Hacienda a contraer un empréstito de 400 millones de reales efectivos, destinado a cubrir el déficit del Tesoro y hacer frente a las atenciones de la guerra.

No tenía razón Espronceda cuando calificó de *necio audaz* al Conde de Toreno: audaz lo sería como todos, como el mismo Espronceda cuando se atrevió a hablar en el Congreso sin ser orador; pero, como político, valía más que Espronceda, y como Ministro de Hacienda hizo lo que se podía hacer en aquellas críticas circunstancias.

Las cuestiones de orden público iban tomando proporciones alarmantes.

El 25 de Julio de 1835, poco más de un año después de la matanza de frailes en los conventos de Madrid, se repitió la misma escena en Barcelona por los revoltosos exaltados, en unión de ese núcleo de gente levantisca que en las grandes



ciudades siempre se encuentra propicia a producir alborotos, de los que fácilmente se pasa a los atropellos y atentados.

Los desórdenes se repitieron en Valladolid, Salamanca, Málaga, Cádiz, Sevilla, Granada, Valencia, Zaragoza, Palencia y Burgos.

Francia concedió por fin unos 5.000 hombres de la *legión extranjera* que operaba en Argel, y entraron éstos en la Península, por Tarragona, a mediados de Agosto, al mando del Coronel Bernelle; y poco tiempo después desembarcaron en San Sebastián dos batallones ingleses a las órdenes del General Evans. Estos auxilios sirvieron para muy poco, y no hacían más que aumentar los gastos.



Se hallaba Cristina indecisa en La Granja, por el mes de Agosto de 1835, sobre la resolución que debería tomar, pues desde Junio que estaba nombrado Mendizábal Ministro de Hacienda, aún no se había presentado a tomar posesión, y la cuestión política iba tomando mal aspecto. Toreno, reconociendo que no podía dominar la grave situación del país, buscaba una ocasión para abandonar el Gobierno, y la Reina tenía forzosamente que pensar en la sustitución: ésta no podía ser en aquel momento con otra persona más que con Mendizábal; pero sus manifestaciones, abiertamente revolucionarias, obligaban a que se le mirase en Palacio con cierta prevención; así es que Cristina no se atrevía a resolver nada ni en favor ni en contra de Mendizábal.

El Ministro de Hacienda electo, habiéndose puesto al habla con los Gobiernos de Londres, París y Lisboa, capitales que recorrió antes de entrar en España, pudo conseguir la promesa del apoyo moral de aquellos Gabinetes. Cuando nadie le esperaba, apareció en Badajoz el 1.º de Setiembre (1835), y después de conferenciar en Madrid con Villiers, Embajador de Inglaterra, fué el día 5 a La Granja, exponiendo a Cristina un



programa de gobierno que aquélla quedó en estudiar, consultando luego el caso con el mismo Villiers, quien, desde luego, aconsejó la destitución de Toreno y el nombramiento de Presidente a favor de Mendizábal.

La Reina, como hemos dicho, estaba indecisa, cuando alguien influyó en su ánimo contra el proyecto del Embajador de Inglaterra, y parece que hubo un momento en que se inclinó a nombrar a Riva Herrera para sustituir a Toreno. No faltó quien se lo comunicase a Mendizábal, y éste se apresuró a dar el aviso a Villiers, que estaba presenciando una corrida en la Plaza de Toros, bien ajeno de la conjura que contra su combinación se había fraguado en Palacio. El diplomático inglés abandonó precipitadamente la Plaza, tomó una silla de postas y se presentó a la Gobernadora pocas horas después, convenciéndola de que debía encargarse a Mendizábal la formación del Ministerio, como lo verificó el 11 de Setiembre (1).

El mismo día publicó Mendizábal su famoso manifiesto, en el que declaró francamente el espíritu liberal de que venía animado, y que pensaba imprimir a los actos de su política, contando con el apoyo de hombres tan importantes como Argüelles, Gil de la Cuadra, Alcalá Galiano, Heros y otros de gran prestigio en el Parlamento.

Mendizábal tenía ese arte necesario para resolver brevemente, en una forma o en otra, los problemas que aparecen de pronto, entorpeciendo la marcha tranquila de los Gobiernos; ese arte que, como decía Cánovas del Castillo, no se aprende en las Universidades ni en las Academias, y que no poseen todos los jefes de partido. Javier de Burgos le llama ignorante, y, aunque este calificativo está dictado por la pasión, reconocemos que no era Mendizábal un preceptista político; pero, dado su sistema, tenía recursos para resolver dificultades y vencer obstáculos. No consiguió el resultado que se había pro-

---

(1) Mendizábal fue Presidente del Consejo desde esta fecha hasta el 15 de Mayo de 1836.



puesto, porque se adelantó a su tiempo: el país no estaba preparado. Mendizábal hubiera desarrollado mejor sus planes en la revolución de 1868. No era el político doctrinario, como Martínez de la Rosa, como el conde de Toreno, como Alcalá Galiano, como Argüelles, sino el oportunista que, desechando teorías de escuela, echa mano de los resortes que necesita, vengan de donde vinieren. Dos años seguidos de Presidencia del Consejo de Ministros le hubieran convertido en *moderado*, epíteto que se daba entonces a los liberales amantes del orden y de la tranquilidad.

Para lo que Mendizábal tenía facultades indiscutibles era para los negocios. Y la prueba es que donde conquistó su fama fue en Inglaterra, en el país por excelencia de las grandes empresas. Dicen que era hijo de un prendero de Cádiz (1), y que, acostumbrado desde pequeño a no oír hablar más que de compras y de ventas, se compenetró su espíritu de este linaje de asuntos. El llevaba dentro de sí esa predisposición natural que le hacía sobresalir en este sentido sobre sus compatriotas, como años adelante se hizo célebre, siguiendo el mismo camino, D. José Salamanca.

«Cuatro veces ha sido Ministro—decía un biógrafo de Mendizábal en 1850,—y jamás ha cobrado los 30.000 reales de cesantía que le corresponden; abnegación tanto más apreciable, cuanto que está crónicamente enfermo, y se ve en la necesidad de andar a pie o en coche prestado.

»Conoce todos los idiomas, pero todos los habla mal, como *El judío errante*.

»Es verdaderamente filantrópico, generoso y honrado. Prócer de cuerpo y de buena figura, viste a la inglesa con elegante sencillez.»

No era un orador de estilo florido ni académico; pero se expresaba con facilidad en términos claros y sencillos. Alguna

---

(1) Donde había nacido, el 25 de Febrero de 1790.



vez echaba mano del humorismo. En el Estamento de Procuradores, por el mes de Abril de 1836, dijo a su contrincante:

«Ha dicho el Sr. Parejo, que desde el día que pronunció su discurso han subido los fondos públicos, y S. S. ha tenido la molestia de añadir que a las doctrinas vertidas aquí es a lo que se debe la elevación del crédito; S. S., ingenioso en esta parte, como buen andaluz (también lo soy yo), ha querido atraerse así la opinión de los Procuradores, pues todos tenemos nuestro poquito de amor propio. Yo, en tanto que sea Ministro, y aun cuando no lo sea, apelaré a S. S. para que todos los días nos haga un discurso, y así se irá elevando nuestro crédito.»

Lo cierto es que Mendizábal se hallaba en Londres dedicado a sus negocios, cuando le avisaron para que viniera a encargarse de la cartera de Hacienda, ofrecimiento que no rehusó; pero comprendiendo que la marcha de aquel ramo de la Administración pública depende, principalmente, de las orientaciones que se den a la política, recordó a la Gobernadora, o hizo que sus amigos se lo recordasen, la solidaridad de tendencias que él había tenido con los revolucionarios de 1820.

La razón que hubo para nombrar a Mendizábal fue, precisamente, estas tendencias, pues la parte de la nación que no estuvo levantada en armas por el Pretendiente Don Carlos, lo estaba por la Constitución, y habían aparecido unas Juntas revolucionarias que lograron poner al Gobierno en un verdadero compromiso.

En 9 de Setiembre salió de Madrid el General Latre, con una columna compuesta de 2.000 hombres y artillería, a someter la Junta de Andalucía; pero, al llegar a Santa Cruz de Mudela, se le pasó entera la columna a los revolucionarios, quedándose solo el General con su Estado Mayor. Era presidente de esta Junta el Conde de las Navas, hombre muy querido en aquel país, y el Gobierno envió, para tratar con él y ver de reducirle, a D. José de Espronceda, que carecía de condiciones para el caso; así es que el celebrado autor de *El diablo mundo*



se volvió como había ido, sin que ni el Conde ni los de la Junta quisieran hacerle caso.

\*  
\* \*

Cuando el alzamiento nacional de 1808, y durante aquella guerra memorable contra el poderío de Napoleón, España puede decirse que careció de un Gobierno central, superior, único, que la dirigiese, y adoptando sin preparación ni connivencia el sistema federativo a que tanto se presta la Constitución etnográfica o etnológica del país, formáronse Juntas provinciales que asumían en sí todos los poderes del Estado, con un carácter esencialmente democrático, porque estos organismos, surgidos espontáneamente, prescindieron de los elementos de la nobleza y del clero como entidades de clase, aceptando y aun buscando su concurso individual, como ciudadanos.

El sistema dió, pues, buen resultado, y se acudió a él en toda época revolucionaria, logrando muchas veces producir conflictos al Gobierno, hasta que Mendizábal, con gran tino político, aprovechando el sistema que le imponían los elementos díscolos de cada provincia, organizó las *Diputaciones provinciales* por Real decreto de 21 de Setiembre de 1835, y consiguió asimilar al Gobierno estos organismos que hasta entonces habían entorpecido su marcha. Desvirtuado así el espíritu de aquellas Juntas, hemos llegado al caso, a través de los tiempos, de que no se considere ya de necesidad la permanencia de estas corporaciones.

Se censuró mucho a Mendizábal la creación de las Diputaciones provinciales, motejándole de haber transigido con las Juntas revolucionarias; pero es el caso que con la nueva institución consiguió desarmar aquellos organismos revolucionarios, haciéndolos entrar en la legalidad, y poniéndolos bajo la férula del Gobernador civil, al que nombró presidente nato de las flamantes asambleas. Mendizábal conocía la aguja de marear.

\*  
\* \*



Preciso es confesar que el Pretendiente Don Carlos tenía una gran parte del país en su favor; los frailes, los sacerdotes, la gente acomodada y los campesinos de muchas comarcas de España (1). El clero sobre todo, secular y conventual, hacía una guerra sorda al liberalismo aprovechando el púlpito y el confesonario, y el Gobierno, en represalia, dió su célebre decreto de 11 de Octubre de 1835, en el que, «considerando cuán desproporcionado era a los ojos de la nación el número de casas monásticas que existían», suprimió todos los monasterios de Ordenes monacales, los de canónigos seculares de San Benito de la congregación claustral Tarraconense y Cesaraugustana, la de San Agustín y los Premostratenses, cualquiera que fuese el número de monjes o religiosos de que se compusieran, exceptuándose los monasterios de la Orden de San Benito, el de Montserrat (Cataluña), San Juan de la Peña y San Benito de Valladolid, San Jerónimo, de El Escorial y Guadalupe, San Bernardo de Poblet, Cartujos de El Paular y San Basilio de Sevilla, con calidad de que los bienes raíces y rentas de estos monasterios se aplicasen al Crédito público, como los de las casas suprimidas.

Los edificios que quedasen desocupados con tal motivo, se destinarían (R. D. de 25 de Enero de 1836) a cuarteles, hospitales, cárceles, mercados y ensanche de las vías públicas.

Estas medidas, que demuestran un acentuadísimo encono contra los defensores del Pretendiente y contra las ideas que sustentaban, tienen en cierto modo explicación por las circunstancias especiales en que los acontecimientos habían puesto al Gobierno, que, impotente para vencer el alzamiento, se estaba colocando en una situación desairada ante los ojos de Europa. Es cierto que la guerra se realizaba con inhumano rencor por

---

(1) Que el elemento clerical estaba de parte de Don Carlos desde el comienzo de la insurrección, no cabe duda. El 4 de Setiembre de 1834, los 17 religiosos que componían el convento de San Francisco de Viana (Navarra) se marcharon a la facción.



ambos partidos, sin respetar las reglas y costumbres más elementales entre pueblos cultos; pero vino a empeorar la situación moral del Gobierno, como ya hemos dicho, el aviso de Lord Palmerston, de acuerdo con Francia, manifestando que veían estas dos naciones con disgusto el sistema de guerra sin cuartel que en las provincias vasconavarra seguían los carlistas y liberales, sistema que debía modificarse en nombre de las leyes de humanidad. No hubo más remedio que suspender, hasta cierto punto, las represalias en el campo de operaciones militares; y de aquí vino la crudeza que se empleó, utilizando todos los resortes administrativos para aniquilar y vencer al carlismo fuera del teatro de la guerra.

Mendizábal, para lisonjear al Ejército, ordenó que se le contase como doble el tiempo de las campañas que se hiciesen contra los carlistas.

Prometió erigir un establecimiento de Inválidos y un Colegio para huérfanos de los que pudiesen en la guerra.

Rehabilitó la memoria de Riego, cuya familia tomó la Reina bajo su protección.

Penetrado de la necesidad de formar un Ejército numeroso, con el que se pudiera acudir a todos los puntos de la Península donde apareciesen partidas carlistas, decretó una quinta de 100.000 hombres, de diez y ocho a cuarenta años, servicio que podía ser redimido mediante el abono de 4.000 reales, con lo que consiguió también allegar recursos al Tesoro, aunque a costa, naturalmente, de quebrantar la riqueza del país, tanto por la redención a metálico, siempre onerosa para las clases poco acomodadas, como por los brazos que arrancaba al comercio, a la industria y a la agricultura. Pero las medidas radicales se imponían, y con ésta se propuso, al propio tiempo, someter bajo el fuero militar mucha gente díscola que, unida a las Juntas revolucionarias, andaba soliviantando las pequeñas poblaciones rurales.

No cabe duda de que en la cuestión de Hacienda debió de pasar muchos apuros, porque sólo el presupuesto de Guerra no



bajaba cada mes de sesenta millones de reales, cuando se recaudaban por contribuciones veinte. Aquellos Gobiernos, con todos los defectos que les queramos poner, hicieron verdaderos milagros.

Esta precaria situación produjo el decreto de 19 de Febrero de 1836; por él se pusieron en venta los bienes raíces que hubieron pertenecido a las corporaciones religiosas extinguidas. Del precio de las fincas enajenables se pagaría la quinta parte al contado, y el resto, por octavas partes, en ocho años, admitiendo papel del Estado, que estaba al 16 por 100, con lo que se amortizaba una cantidad que podía resultar de importancia.

\*  
\*  
\*

Por este tiempo tuvo Cristina un disgusto que le preocupó grandemente: el fusilamiento de la madre de Cabrera. Hemos convenido en cargar la culpa del hecho al Brigadier D. Antonio Noguerras, quien, después de todo, no hizo más que cumplir órdenes dadas, sin tener en cuenta las circunstancias especialísimas que en aquel caso concurrían.

De nada había servido la intervención que en Abril de 1835 realizó Mr. Elliot, según hemos reseñado: represalias como la que se había llevado a cabo con la madre de Cabrera eran frecuentes por ambas partes beligerantes; pero quedaban en la oscuridad, efecto del poco relieve de las víctimas.

El 15 de Febrero (1836) se realizó el hecho, y la noticia tardó más de un mes en llegar a Madrid, no traspasando los umbrales de Palacio hasta fines de Abril. Cristina desaprobó con frases enérgicas, como ella sabía emplearlas, el acto inhumano realizado con la desgraciada María Griñó; pero ni Mendizábal ni el Ministro de la Guerra tenían parte alguna de responsabilidad. La Reina consideró de necesidad ofrecer al país una reparación moral, y expidió la Real orden de 3 de Mayo siguiente, de donde entresacamos este párrafo:

«No ha podido oír S. M. los sucesos en cuestión sin experi-



mentar el natural estremecimiento que a su maternal corazón debe causar un hecho de tan extraordinaria naturaleza; y, por lo tanto, quiere S. M. que se remitan inmediatamente a la Secretaría de mi cargo cuantos antecedentes, órdenes y oficios han mediado sobre el particular, como asimismo que el Brigadier Noguerras sea relevado del mando de la provincia de Tlruel, y pase a Valencia a recibir las ulteriores órdenes de Su Majestad.

Noguerras fue el que pagó los vidrios rotos, y para colmo de desdichas, sus compañeros de armas le pusieron el apodo de *mataviejas*.

\*  
\* \*

Los liberales deseaban el restablecimiento de la Constitución de 1812; pero Cristina, atemorizada con los desaciertos realizados en la época revolucionaria de 1820 a 1823, se resistía a sustituir el Estatuto Real con el Código de los legisladores de Cádiz; resistencia justificada en una muchacha poco diestra todavía en los resortes de la política, y sugestionada por los anatemas que sobre aquella Constitución habría oído lanzar al rey difunto.

Defensor incondicional de Cristina, y, por lo tanto, contrario a la Constitución del 12, era el General D. Fernando Fernández de Córdoba, Jefe del Ejército de operaciones en las provincias del Norte; y fuese que Mendizábal conceptuase poco acertado el plan de aquel General para terminar la guerra, fuese que Caballero, Rodil y los partidarios de la Constitución de Cádiz quisiesen inutilizar a Córdoba, es el caso que unos y otros se propusieron despojarle del mando de las tropas, confiéndoselo a Mr. Evans, General inglés Jefe a su vez de la legión extranjera que operaba en las Provincias Vascongadas. Cristina se resistía a prescindir de los servicios de Córdoba, en cuya fidelidad y adhesión confiaba; por lo tanto, no quiso acceder a la separación de aquel General.

Caballero y sus amigos determinaron, para contentar a



Mr. Evans, pedir a la Reina que concediese a éste la Cruz de San Fernando; y, poniendo por obra el pensamiento, fue el 10 de Mayo el General Rodil a El Pardo, donde se encontraba Cristina, a exponer su pretensión en compañía de Mendizábal. La viuda de Fernando VII, que ya iba haciéndose cargo de las marrullerías de la política, contestó a los solicitantes con la negativa más rotunda, pues comprendía la trascendencia que podía tener la concesión de la Cruz de San Fernando a un extranjero que se hallaba con mando militar.

Mendizábal, que deseaba tener propicio al Gobierno inglés, se conceptuó fracasado, y el 13, día aciago, presentó la dimisión, que le fue admitida, nombrándose para reemplazarle a D. Francisco Javier Istúriz, su mayor enemigo, el que le había dirigido furibundos ataques en el Parlamento; y con el que había tenido un desafío, sin consecuencias, después de cambiar tres tiros de pistola, el día 15 de Mayo de 1836, detrás de la ermita de San Isidro.

CARLOS CAMBRONERO

*(Continuará.)*



# SANTIAGO DE COMPOSTELA

---

## I

A las seis de la mañana salí de Vigo, deslumbrado aún por aquella rada imperial a la que el Océano llega derechamente, a plenas olas; cubre el doble muelle de colinas que se curvan y se abren ante él, para que vaya, hasta cinco leguas, a batir el interior de las tierras.

Ahora hubiera querido recogerme, no pensar ya nada más que en Santiago, en su sepulcro y en su ciudad próxima. Pero ¿cómo sustraerse a tales horizontes, la primera vez que se los contempla? El mismo Apóstol, cuando descubrió Galicia, ¿no hubo de adorar la gloria del Verbo en aquellas riberas que se la prepararon tan bellas?

Un cielo de mediados de Setiembre, fino y suave, iluminaba el mar, cuyas aguas, al meterse en las concavidades de las costas, parecían cautivas, tranquilas como las de un estanque; emergían de ellas islotes tupidos de velas; desde la otra orilla, la blancura de las casas dispersas despedía reflejos chispeantes, mientras que a la derecha, las montañas redondeadas, frondosas, coronaban de verdor la exuberante campiña. ¡Suave y amable país que acoge al peregrino que acaba de dejar tras sí el horror de las sierras y las pobres llanuras de Castilla! En abundancia maíces de amarillentas puntas dobladas sobre los tallos; berzas que mueven sus blandas hojas como orejas de



bueyes; pámpanos ondulantes sobre las columnillas de granito que sostienen el peso de las parras.

Durante las paradas del tren, oía susurrar las cañas en las hondonadas, o, en las alturas, murmurar los pinos con salmodia confusa. Aquí, al ver los castaños, los manzanos, los robles, hubiera creído reconocer un rincón de Bretaña; en otro lado, las orillas de un lago de Italia. Galicia es un profundo jardín, alimentado por lluvias tibias; las esencias más distantes, lo mismo que los paisajes, se juntan en ella. Así debía ocurrir en el Paraíso terrestre.

Marchábamos con maravillosa lentitud. Me placen esos trenes de España que caminan como mulas de dueña, con un trote seco e indolente; contempla uno con detención los lugares y los hace suyos; hay paradas de cuarto de hora, sin causa, en estaciones perdidas; un empleado canta el nombre de la estación con un tono nasal, agudo, semejante al de una cantinela árabe; mujeres os ofrecen cestos de frutas y agua fresquísima en botijos; un cura anciano, con cara de compasivo, baja al andén a fumar un cigarrillo; tres toques de campana, de una solemnidad monástica, anuncian que se piensa reanudar la marcha, y se reanuda al fin. Galicia es la provincia que mejor parece haber conservado esa prudente velocidad.

En Pontevedra subí a un coche primitivo, abierto a todos los vientos; llenóse de campesinos que se dirigían, por ser jueves, al mercado de Santiago. Aquellos campesinos y campesinas tenían rostros rudos, pero plácidos; poco locuaces, se instalaban gravemente y me miraban con dulzura. Un viejo me hacía frente; su perfil huesudo de ángulos secos, su boca cogida entre arrugas, parecían ser esculpidos para algún capitel de un antiguo claustro; llevaba un sombrero amarillo y unas polainas amarillas sobre sus zapatos manchados de lodo; molestábale el sol, y abrió contra la portezuela su paraguas.

A su izquierda estaba sentada una muchacha de belleza clásica, debida en parte a su traje tradicional: un pañuelo de seda claro, en la cabeza, atenuaba sus mejillas demasiado lar-



gas; su nariz dura, la acusada redondez de su barbilla, sus labios algo gruesos, dibujados en arco, entre los que reían sus opulentos dientes. La gruesa trenza de su pelo caía sobre la espalda, metida bajo un pañuelo de cachemira, bordado de terciopelo, cuyas dos puntas anudadas formaban un cinturón en sus anchas caderas. Observaba yo en ella, lo mismo que en la mayor parte de las gallegas, la severidad modesta de sus ojos, unos ojos que avivaban, sin embargo, el negro vigoroso de las cejas, trazadas como con un pincel. Hablaba a un mocetón rechoncho, envuelto en una capa azul oscuro. Este mozo, con un cigarro entre los dedos, miraba hacia los campos de una manera vaga. Hubiérame recordado a nuestros campesinos del Marais vendeano, sin ese vigor de los pómulos que imprime a muchos rostros españoles un aspecto adusto.

Una vieja, a mi lado, leía en un periódico de Vigo, *El Noticiero*, un artículo sobre el decisivo discurso de Maurice Barrés en favor de las iglesias pobres de nuestras aldeas. La coincidencia me impresionó; admiraba la aplicación de la buena mujer cuando, de pronto, el periódico se deslizó de sus dedos, su cabeza se inclinó sobre el pecho: se había dormido.

La vía, mientras tanto, costeaba de nuevo el mar que habíamos dejado. En marea baja, algunas lanchas estaban en seco; unas pescadoras, con las piernas desnudas, buscaban cangrejos. Llegábamos a Carril, puertecillo próximo a Padrón, el antiguo municipio de Iria Flavia. Santiago, según la tradición, desembarcó allí dos veces: primeramente, cuando fué a predicar a Galicia; más adelante, después de su martirio, cuando sus discípulos trajeron de Judea su cuerpo.

A pesar del bullicio de la estación, ese pasado milagroso me absorbió. Llevaba en el bolsillo un *Manuale christiannum* que contenía los Evangelios; lo abrí por el capítulo IV de San Mateo y me representé al apóstol Santiago desde la época de su vocación.

«Y andando Jesús junto a la mar de Galilea, vió a dos hermanos: Simón, que es llamado Pedro, y Andrés, su herma-



no, que echaban la red en la mar, porque eran pescadores.

»Y díceles: venid en pos de mí, y os haré pescadores de hombres.

»Ellos entonces, dejando luego las redes, le siguieron.

»Y pasando de allí, vió otros dos hermanos, Jacobo, hijo de Zebedeo, y Juan, su hermano, en el barco con Zebedeo, su padre, que remendaban sus redes, y los llamó.

»Y ellos, dejando luego el barco y a su padre, le siguieron.»

Estos versículos no distinguen por ningún signo a Santiago de Juan. Ambos vivían de la pesca; nada ricos, puesto que remendaban ellos mismos sus redes; no en la miseria, puesto que Zebedeo, patrón de la barca, llevaba gente a sueldo. El Precursor, a orillas del Jordán, le había mostrado a Juan. He aquí el Cordero de Dios. Juan y Andrés le habían hablado: «Maestro, ¿dónde vivís?—Venid y ved, les contestó El.» Y Juan corrió a decir a Santiago, como Simón a Andrés: «Hemos hallado al Mesías.» Pero, hoy, aun cuando sus redes y su anciano padre los reclaman, en cuanto Jesús les ordena: «Venid en pos de mí», saltan afuera de su barca, y, sin haber probado el poder ni visto ningún milagro en El, le siguen. ¡Oh fe casi terrible de tan sencilla que es! Saber de ellos que han hecho tal cosa, es todo lo que se necesita saber. Yo quisiera, sin embargo, imaginármelos tales como pasaban por los caminos y por las sinagogas de Galilea.

Santiago debía ser un mozo barbudo, con una voz ronca, manos rojas, un pescador de hombres consciente de la fuerza de sus brazos, y para quien no pesaría nunca bastante la red llena. Juan, su hermano, débil, imberbe, virginal, no era menos impetuoso que aquél en el amor de Cristo. Pero, más meditativo, tenía más de la casta de los sacerdotes de la que procedía su madre, María Salomé. Como ésta era, a lo que se cree (1), hermana de María, madre de Jesús, existía, según la

---

(1) V. sobre María Salomé, *Fillian San Juan el Evangelista*.



carne, entre el Señor, Santiago y Juan el parentesco de primos hermanos.

Ambos, cuando los Doce fueron elegidos, recibieron de Jesús un nombre nuevo: Boanergés, hijos del trueno, ya para profetizar que su voz, amplia como la de las nubes, llevaría hasta las extremidades la tierra el Evangelio, ya porque tuvieron por misión, antes que los otros, anunciar la resurrección de los muertos y el clamor de los cielos con que aparecerá el Hijo del Hombre.

A ellos solos con Pedro los dejó entrar en la casa de Jaire, cuando tomó la mano de la niña muerta diciéndola: «Talitha cumi. Pequeña, despiértate.» Sólo ellos con Pedro subieron en pos del Maestro al Tabor, el monte de los puros y de los elegidos. Antes, los rayos que flameaban alrededor del rostro del Señor y de su túnica, más blanca de lo que ningún batanero hubiera sabido blanquearla, los discípulos, asustados, sin comprender bien, entrevieron el esplendor del Verbo y lo que sería en él el hombre santificado.

Pero, a veces, los aturdió la violencia de la sangre judía o el orgullo de una ambición terrestre.

Unos samaritanos habían cerrado a Jesús las puertas de su vivienda.

«Maestro—exclamaron Santiago y Juan,—¿quieres que digamos al fuego que baje del cielo y los consuma, como lo hizo en otro tiempo Elías?»

Jesús se volvió hacia ellos y les dijo: «¿No sabéis acaso de qué espíritu sois?»

Otro día, mientras que El caminaba, antes de Pascua, hacia Jerusalén, María Salomé se acercó con sus dos hijos, y, habiéndose prosternado, le pidió que Santiago y Juan fueran sentados, el uno a su derecha y el otro a la izquierda, en su reino. El contestó, dirigiéndose a ellos: «No sabéis lo que pedís. ¿Podéis beber el cáliz que yo he de beber o ser bautizados con el bautismo con que yo estoy bautizado?» Ellos, dispuestos a todo para merecer la gloria, replicaron: «Lo podemos.»



Bebieron, en efecto, su parte del cáliz en Gethsemaní. A ellos fue también a quienes el Hombre Dios quiso hacer testigos y compañeros de su angustia.

Santiago, cuyo nombre significaba: El que lucha (1), debía ayudar a Jesús en una agonía semejante al cuerpo a cuerpo nocturno de Jacob con el Arcángel. Pero los discípulos sintieron toda su miseria en este reproche: «Así, pues, ¿no habéis podido velar una hora conmigo?» Y la compasión de Jesús los abrumó cuando volvió por tercera vez: «Dormid ahora y descansad. La hora ha llegado.»

Hasta entonces, esperaban el reino de Cristo en Israel; su profecía sobre la ruina de Jerusalén les había dejado estupefactos. Después de la Resurrección, sus ojos se iluminaron; el Paráclito, ahora, podía descender.

Por boca de Santiago, como por la de Pedro y la de Juan, el Evangelio repercutió sobre el pueblo judío. Santiago confundió a los Saduceos, obstinados en negar que los muertos resuciten; los viejos judíos se taparon los oídos y rechinaron los dientes.

El Apóstol, con los once, fue encarcelado, fustigado. Un ángel los libertó. Todos juntos constituyeron entonces el Símbolo y atribuíase a Santiago el texto del tercer artículo: Que fue concebido por el Espíritu Santo y nació de la Virgen María.

En seguida se sortearon las naciones, y cada cual marchó, según las palabras de Jesús (relatadas por Clemente de Alejandría): «Id por el mundo, para que nadie pueda decir: No hemos oído.» El arco del Señor los envió, como flechas repentinas, a lo lejos, entre los gentiles.

Hacia el año cuatro después de la Pasión, Santiago se embarcó para las Españas, tal vez en un barco de traficantes, que fuera del puerto de Joppé a las islas Casitéridas. Las vastas aguas le conocían ya. Su mano hizo sobre ellas el signo que

---

(1) Propiamente, el que echa la zancadilla en la lucha.



santifica. Pasó ante las ciudades de la España mediterránea, que San Pablo visitó más adelante. Franqueó las columnas de Hércules y, más allá, tras las brumas del golfo, adivinó los continentes en que los paganos que deseaba bautizar plantarían un día, con la oriflama de Cristo, la bandera de él, blanca, marcada con una cruz en forma de daga corta y escarlata, como si se la sacase de un corazón.

Los golfos de Cantabria, alrededor de Iria Flavia, le recordaron su lago de Genezareth; colinas revestidas de graves árboles, cuyas sombras caían en aguas cerúleas. Pero los pescadores de la costa y los campesinos, fieles a sus dioses celtas, despreciaron al Apóstol; Loba, la Reina del país, los echó de sus tierras. Alejóse, atravesando desfiladeros, ríos, luego llanuras estériles y montes más austeros que los de Judea; y llegó a Aragón, a Zaragoza; allí, a orillas del Ebro, una noche en que estaba orando, se le apareció la Virgen María sobre el pilar de jaspe que todavía se venera. Al cabo de los cinco o seis años en que predicó por la ruda España, Santiago no había convertido, a lo que se dice, sino nueve discípulos; se volvió con ellos a Judea.

De regreso en Jerusalén (1), disputó públicamente con Hermógenes, el mago; le probó que Jesucristo es el Hijo de Dios, eludió los artificios denunciados, hasta el punto de que Hermógenes, vencido, se confesó cristiano y arrojó al mar todos sus libros de magia.

Como la palabra de Santiago cambiaba a las multitudes, Herodes Agripa, para complacer a los fariseos, le hizo prender y decidió que le cortasen la cabeza. Así, fue el primero de los doce que diera con su sangre testimonio del Crucificado.

En los maitines de su Oficio se dice que, al ir al martirio, «el Apóstol vió un paralítico tumbado en el camino y que le gritó: «Santiago, Apóstol de Dios, líbrame de los dolores que

---

(1) Otra tradición—pero poco importa—quiere que el hecho se realizara antes del viaje a España.



torturan todos mis miembros.» El Apóstol se volvió hacia él y le dijo: «En nombre de Jesucristo, mi Señor, clavado en la cruz, por quien voy a la muerte, levántate curado y bendice a tu Salvador.» Y el hombre se levantó en seguida, y, gozoso, se puso a correr y a bendecir el nombre del Señor Jesucristo.

Y viendo esto, el escriba de los fariseos, llamado Josías, que llevaba al Apóstol con una cuerda al cuello, se arrojó a sus pies, diciendo: «Te ruego, Apóstol de Dios, que me concedas el perdón de mis pecados y me des parte en el santo nombre cristiano.» El bienaventurado Santiago, comprendiendo que el corazón de aquel hombre había sido visitado por el Señor, le dijo: «¿Crees que el Señor Jesús, que los judíos crucificaron, es verdaderamente el Hijo de Dios?—Sí, dijo Josías, lo creo y esa es mi fe. Pero tú, ¡oh Apóstol!, ten piedad de mí.»

Entonces el pontífice Athíbar hizo prender a Josías; diéronle de puñadas, y Herodes mandó que, como a Santiago, le cortaran la cabeza... Cuando llegaron los dos al lugar del suplicio, Santiago obtuvo del ejecutor que le trajesen agua. Bautizó con ella a Josías y le dió el ósculo de paz; le puso luego las manos en la cabeza, y, bendiciéndole, le hizo la señal de la cruz sobre la frente. Así, convertidos los dos en mártires de Cristo, murieron en el Señor el ocho de las calendas de Abril (en tiempo de Pascua, en 44).

Lo que ocurrió durante cerca de ochocientos años después, permanece lleno de dudas. Los eruditos que relegan el milagro fuera de la Historia, se apoyan en ello para borrar de una plumada toda la leyenda del santo, como si la leyenda no fuera la verdad posible allí donde cesa la verdad probada. Que los discípulos españoles de Santiago quisieran enriquecer su provincia con las reliquias de su Apóstol, es cosa perfectamente creíble. Que una nave sin timón ni velas, conducida por ángeles, llevara el santo cuerpo desde Poppé a Padrón, sobre una mar llana, en la que resonaban las aleluyas de los sacerdotes, es una posibilidad de otro orden y no un hecho absurdo; ¿por qué no han de realizarse aquí abajo las condicio-



nes de la Beatitud, cuando la presencia de un Bienaventurado rehace en torno suyo la paz de los elementos con los hombres y con Dios?

Se enseñó, durante mucho tiempo, en Padrón, una gran piedra cóncava, en forma de sarcófago, la Santa Cueva; esta piedra, en el momento de posarse en ella el cadáver del Santo, se moldeó de por sí como tierna cera. Las gentes frívolas y obtusas pueden bromear sobre esta historia; ella demuestra que, separados de su alma, los huesos y la carne de un mártir conservan del Espíritu que los habitó la virtud de hacer toda materia dócil a su impresión.

Los discípulos se presentaron ante la reina Loba: «Nuestro Señor Jesucristo te envía el cuerpo de su discípulo, a fin de que recibas muerto al que no quisiste recibir en vida.» Loba, por felonía, los mandó a un rey vecino, que los arrojó en hondo foso. Milagrosamente en salvo, al volver, pasaron por un puente; unos soldados lanzáronse en persecución de los fugitivos; el puente se rompió, y todos los paganos se ahogaron. Los discípulos acudieron de nuevo a Loba, y ésta, obstinada en perderlos, fingió concederlos un carro de bueyes para llevar el féretro del Apóstol. Pero los bueyes estaban en la montaña, y, cuando los cristianos fueron a buscarlos, se encontraron frente a unos toros feroces.

«En cuanto les vieron estos toros, refiere un antiguo autor, empezaron a mugir horriblemente, a escarbar el suelo, menear la cabeza y sacudir los cuernos, y, todos furiosos, se dirigieron hacia los discípulos, los cuales, puestos de rodillas, invocaron la ayuda de Dios, el cual atendió el ruego por los méritos de Santiago. Porque habiéndose levantado y hecho la señal de la cruz contra aquellas furiosas bestias, he aquí (cosa admirable) que los toros se acercaron a los discípulos, dulces como corde-ros y despojados de toda su furia, se hicieron manejables y tratables en manos de los discípulos, quienes, poniéndoles el yugo, los uncieron a una carreta y los llevaron adonde habían dejado el cuerpo del Maestro, al que pusieron en la ca-



rreta, y luego dejaron a los animales marchar a la voluntad de Dios, sin que nadie los guiase (1).»

Los toros se detuvieron, por no poder seguir, en el mismo palacio de Loba; a ejemplo de ellos, la reina se hizo dulce como cordero y, bautizada, edificó en honor de Santiago una iglesia, en la que se puso la tumba del Apóstol. Los discípulos entonces se dispersaron para plantar la fe en toda España; dos solamente se quedaron en Galicia: Atanasio y Teodoro; allí murieron y los enterraron junto al Santo.

Llegaron las persecuciones atroces en tiempo de Diocleciano. Dícese que en un solo mes hubo en España veintidós mil cristianos mártires. Los de Galicia, temblando que los paganos profanasen el cuerpo de Santiago y los de sus compañeros, los llevaron a una montaña desierta; allí hicieron un foso en una ladera entre brezos y maleza. Habiendo sido secreta la traslación—cosa que no se puede admitir sino en hipótesis—los cristianos de los siglos siguientes no supieron en qué lugar descansaba Santiago.

Pero he aquí que llegamos a hechos más averiguados (2). Por el año 813 vivía en Libredón, al pie de la montaña, un ermitaño. Frecuentemente, de noche, oía cánticos y veía luces tales como una danza de estrellas, voltejear por la ladera, alrededor de un lugar determinado. El obispo de Iria Flavia, Teodomiro, al saber el prodigio, salió una noche de la iglesia, seguido de los canónigos y de un pueblo maravillado. A media noche vieron las luces y una estrella mayor que las otras, que se detuvo sobre un corpulento árbol. Permanecieron allí, en oración, hasta el amanecer; por la mañana, el obispo celebró la misa; luego se acercó al árbol y descubrió, entre la maleza,

(1) *Historia de la vida, predicación, martirio, traslación y milagros de Santiago el Mayor*, por J. Gouyn, impreso en Sens, en 1595, por Roberto Collot, librero de Orleans. Debo a mi excelente amigo Mr. Félix Chandenier el conocer este librito, muy raro, escrito con la redundante ingenuidad del católico siglo XVI.

(2) Según el libro de la Hermandad de los Caballeros Cambeadores.



una cripta estrecha. Contenía tres tumbas, una de ellas más alta que las otras; en ella se encontraba el cuerpo del Apóstol con la cabeza separada del tronco, y un bordón a su lado. Una inscripción decía que efectivamente era él.

Tal fue la primera peregrinación al campo de la Estrella, donde había de estar Compostela.

Pensaba yo en esta radiante historia, cuando sobre una colina, a la izquierda, aparecieron los campanarios de Santiago. Antaño, cuando los peregrinos llegaban por el camino de Francia, hacían alto en un lugar que se llamaba Humiliadoiro, desde el que se descubre la basílica. Arrodillábanse en el polvo o en el lodo, confesaban en alta voz sus pecados, y, cantando himnos, reanudaban la marcha. Este recuerdo me confundía. ¡Cuánta expresiva sencillez ha perdido la fe con los siglos! Hasta en Lourdes, salvo alrededor de la gruta, no se atrevía a estallar un fervor verdadero sin una mala vergüenza. Son contados hoy los peregrinos que entran en la ciudad de sus votos con un cirio en la mano y descalzos. La noción de penitencia se ha empequeñecido, se ha empobrecido; así las actitudes persistentes han tomado un aspecto de loca excentricidad.

Paró el tren. Al salir de la estación encontré, para llevarme a Compostela, un vehículo... con cuatro caballos. Cierto es que el tiro no ofrecía nada de fastuoso; los tres de frente y el delantero eran cuatro jamelgos escuálidos, abrumados por los collares. El cochero los sacudió rudamente; sus gritos y latigazos se confundieron con el cascabeleo. Subimos una cuesta fangosa entre casuchas y fábricas. Nuestro coche se cruzaba con bueyes que volvían del mercado, de pelo amarillo, con amplia cornamenta, lustrosos, de apacible aspecto, como nuestros Parthenais; tiraban de carretas primitivas, montadas sobre ruedas de madera, bajas, macizas, casi llenas, semejantes a las de un labriego romano.

Llegamos a una plaza, atestada de carretas y diligencias cómicas en la estrechez de su vetusta caja. El primer episodio del que fui espectador a la entrada de Compostela, fue un agru-



pamiento junto a una mujer sentada a orillas de la calzada, y que sujetaba por los rabos a dos cerditos que pugnaban por escaparse. Los animales chillaban, chillaba la mujer, roja de furor, y los espectadores lanzaban gritos guturales.

El coche, al trote más vivo de sus cuatro caballos, penetró en una calle tan estrecha, que un corpulento presbítero, para no ser aplastado a nuestro paso, hubo de refugiarse en el umbral de una zapatería.

Estos primeros encuentros no parecían presagiar nada místico. Su sencillez aumentaba, sin embargo, mi emoción por llegar a una ciudad antaño tan grande, la más augusta de todas las ciudades después de Jerusalem y Roma, la ciudad en la que había de realizarse terrestrementemente la espera del profeta.

«La gloria de Dios se ha alzado sobre ti... Las islas me esperan, y las naves del mar, para que lleve a tus hijos de lejos. Alza tus ojos y ve; tu corazón se dilatará cuando veas venir a ti las multitudes y la fuerza de las naciones. Los de Saba te traerán oro e incienso; glorificaré la casa con mi majestad. Los hijos de los peregrinos construirán tus muros, los reyes te servirán, tus puertas no se cerrarán ni de día ni de noche, y todos los justos serán tu pueblo.

EMILIO BAUMANN

(Continuará.)



# RELACIONES EXISTENTES

ENTRE LA REAL ACADEMIA DE LA LENGUA Y LA ALTA ARISTOCRACIA ESPAÑOLA (1)

---

El amor que sentí por mi Patria insigne y por su historia no igualada, llevéme como de la mano al amor de las viejas instituciones, que son en realidad los robustos pilares en que fuertes se cimentaron su vida, su grandeza y su gloria; amé, como español apasionado, la Iglesia, la Monarquía y la Nobleza, la gran trinidad, con cuyo esfuerzo de siglos se tejió principalmente esa tela maravillosa que se llama la Historia de España. Esta alta institución de la Nobleza española, nacida con la misma Monarquía en las asperezas de Covadonga, formada en ocho centurias de luchar porfiado e incesante, amasada con la propia generosa sangre, de que empaparon sus fundadores el suelo que hacían suyo, mereció desde luego mi más respetuoso cariño, y yo no creo necesario formular la menor protesta de que sólo me inspira para juzgarla el interés vivísimo que este

---

(1) Del elocuente discurso pronunciado por el académico de la Historia Sr. Fernández de Bethencourt, al ser recibido en la Academia Española, reproducimos la parte en que el ilustre escritor, con viriles acentos tan crueles como merecidos, condena la indolencia mortal de nuestra aristocracia, consagrada por completo a los placeres del *sport*, en vez de consagrarse, como muchos de sus ilustres progenitores, a los placeres del espíritu.—(N. del D.)



historiador de su pasado ha de abrigar forzosamente por su porvenir. Yo he de expresarme aquí con toda aquella delicadeza y con toda aquella cortesía que el lenguaje académico impone, y que a mí me exigiría siempre y en todo caso mi decidida voluntad; pero al mismo tiempo con toda la sinceridad y toda la claridad, y hasta la rudeza que son del caso, si lo que diga ha de servir para hacer alguna impresión en aquellos para quienes hablo, si no con la escasa autoridad mía, con la que puedan prestarme más que nada el sitio, la ocasión y la gravedad reconocida del Cuerpo literario que me abre en estos momentos sus puertas.

Una de las grandes vulgaridades, que como todas las vulgaridades se repite y hasta corre de generación en generación, es esa de que fue la Nobleza de España enemiga del saber y de las Letras, cuando es lo cierto que, en medio de la brega de todos los instantes, en que esa Nobleza nació, y creció, y se desenvolvió un siglo y otro, dentro de ese rudo vivir de la Edad Media, en el fragor jamás interrumpido de las armas, con que, por su Dios y por su Rey, iba recobrando a palmos la tierra de España, ella se abrió, en sus más altas representaciones, a las delicias supremas de las Letras y del saber, embrionarias como lo era todo en aquellos días remotos. Todavía en pleno siglo XIII, a ejemplo de sus propios Reyes, que ya ganaban el dictado de *Sabios*, la alta Nobleza aparece manejando la pluma con la misma destreza que la espada, destacándose entre sus brumas la figura original de Don Juan-Manuel, Príncipe más que Rico-hombre, Hijo de Infante y Nieto de Rey, inseparable de los comienzos lejanos de nuestras Letras: llena el siglo XIV el claro nombre del Gran Chanciller Don Pero López de Ayala, y son del XV Fernán Pérez de Guzmán, el Señor célebre de Batres, y el legendario Don Enrique de Villena, nieto del *Duque Real*, y el Almirante Mayor de la Mar Don Diego Hurtado de Mendoza, y el inquieto Duque de Arjona, y el gran Marqués de Santillana, y Don Jorge Manrique, el hijo del Maestre de Santiago, y el Condestable Don Alvaro



de Luna, precursores del florecer espléndido que había de representar para las Letras el siglo xvi. Así, mientras esa Nobleza, que no sólo sabía leer y escribir, sino que era maestra consumada en *canziones y dezires*, batallaba sin descansar, y recobraba lentamente el suelo, profanado por la morisma, y lucía en las Navas de Tolosa y en el Salado, como después frente a Granada, y se sacrificaba a cada paso en los altares de la Religión y de la Patria; mientras llenaba de fortalezas y castillos las crestas más empinadas de nuestros montes, y sembraba de ricos alcázares y soberbios palacios el suelo de nuestras viejas ciudades, y la tierra toda que reconquistaba de Iglesias y Monasterios, y los Monasterios y las Iglesias de capillas suntuosas y de magníficos sepulcros, que recogieran sus cuerpos envueltos en hierro para esperar en ellos la eternidad, y ponía arrogante sus yelmos y sus blasones, tributo supremo a la raza y al arte, sobre todos los muros y todas las puertas, se entregaba a la tarea que consideraba la más noble, e *apuesta, e sabrosa*, haciendo el *Libro del Conde Lucanor*, escribiendo la vida tormentosa del pobre Rey Don Pedro, dando a Castilla las *Generaciones y Semblanzas*, formando el *Libro de las Claras et virtuosas mujeres*, dándonos el *Arte Cisoria*, y el de *Trovar*, haciendo el *Regimiento de Príncipes*, y el *Rimado de Palacio*, y el *Libro de Cetrería*, traduciendo la *Divina Comedia*, y la *Eneida*, y las *Décadas*, de Tito Livio, componiendo versos inmortales en loor de la Serranilla,

*Moza tan fermosa  
non vi en la frontera  
como una vaquera  
de la Finojosa;*

y exhalando sus ayes doloridos, que otra ninguna lira ha aventajado, sobre la tumba recién abierta del insigne Conde primero de Paredes.

No es ciertamente vulgaridad menor, ni menos afortunada, eso de que los Reyes *Católicos* acabaron con la vieja Nobleza,



que estamos oyendo y leyendo a cada paso, cuando la buena crítica y el conocimiento exacto de los hechos nos forzarían a reconocer que fue con los abusos de los Magnates, con sus intrusiones, arrogancias y desacatos, con el hondo espíritu de rebeldía, por la debilidad de los Reyes Trastamaras consentido y fomentado, hasta llegar al escándalo inaudito del destronamiento de Avila, con lo que aquellos grandes Soberanos tuvieron el valor de concluir. Los Reyes Católicos dominaron enérgicos aquellas ambiciones que ponían en peligro y en desdoro a la misma realeza: ella, la gran Reina Doña Isabel, nunca olvidada de la humillación por que pasara su altivez de Princesa Real ante las pretensiones matrimoniales de Don Pedro Girón, cuando el Maestre famoso de Calatrava, tronco de la Casa de Osuna, y el Maestre de Santiago Don Juan Pacheco su hermano, que lo fue de vuestra Casa de Villena, eran, cual el noble poeta los proclamó,

*Maestres tan prosperados  
como Reyes.*

Y los convirtieron a todos, de pequeños Soberanos que querían ser, en grandes Señores que eran solamente, relegándolos a su verdadero papel, de los que fue el Monarca *primus inter pares*, pero por mil razones el primero, la Nobleza por bajo del Trono, no a su nivel ni a veces por encima, nunca privada de su natural poder, ni amenguada en sus legítimos privilegios. Ella, con los Reyes *Católicos*, con Carlos V y Felipe II, vivió poderosa, influyente y respetada: el gran Cardenal Mendoza, el Almirante Don Fadrique, el buen Conde de Haro, el Duque del Infantado y el Conde de Tendilla, brillan en primer término en el gran reinado que hizo la unidad de España, que descubrió el Nuevo Mundo, que alzó verdaderamente los sólidos cimientos de la moderna Patria; el Condestable, el Marqués de Astorga, el Duque de Alba, el Conde de Benavente, el Marqués de Cañete, lucen alrededor del sol esplendoroso que se llamó Carlos V; bajo Felipe II los *cinco Duques*, ¡y qué Du-



ques!, el de Pastrana, el de Feria, el de Osuna, el de Alcalá, el de Baena; los de Lerma y de Uceda gobiernan con Felipe III; el Conde-Duque y Don Luis de Haro con Felipe IV; Medina-celi y Oropesa con Carlos II. Ellos conservaban y aumentaban bajo los Austrias sus feudos, sus Estados y Señoríos, aconsejaban los primeros a los Reyes, los representaban en todas partes, educaban y formaban a los Príncipes, dirigían los ejércitos de Tierra y Mar, gobernaban en los Países-Bajos, en Italia, en las Indias remotas e inmensas, y, abiertos a todos los méritos nuevos, pero grandes, o, por mejor decir, extraordinarios, colocaban en las primeras filas de la Rica-Hombria al hijo de Colón, y lo casaban con una Toledo de las de Alba, y enlazaban a Hernán Cortés, el modesto hidalgo extremeño, que sus hechos asombrosos convirtieran en Marqués del Valle de Oaxaca, con la hija del poderoso Conde de Aguilar y Señor de los Cameros, y a las propias hijas del Conquistador de México con los Enríquez y los Quiñones, y daban por mujer una Girón al nieto de Francisco Pizarro, hecho Marqués de Las Charcas, aunque varias veces bastardo. Ella siguió siendo la primera en el servicio de la potente Monarquía, la señora de la mitad al menos del territorio nacional, sin que fueran jamás obstáculo aquellas grandes ocupaciones en la gobernación del Estado, cuando mandaba en el nombre augusto de la Católica Majestad los vastos pedazos del Imperio español diseminados por dos mundos, o representaba a sus Reyes, con fausto, con inteligencia y con gloria, deslumbrando a los Soberanos de Europa en sus célebres Embajadas, para que cantase con Garci Lasso de la Vega, en las riberas misteriosas del Tajo,

*El dulce lamentar de dos pastores,  
Salicio juntamente y Nemoroso;*

para que escribiese la Historia con las plumas de oro de Don Diego Hurtado y de Don Bernardino de Mendoza, de Don Carlos Coloma y de Don Francisco de Melo, para que llenase



la Corte de las punzantes sátiras del Conde de Villamediana, Don Juan de Tassis; para que hiciese con el Príncipe de Esquilache Don Francisco de Borja el poema heroico *Nápoles recuperada*; para que iluminase de singulares resplandores nuestro pasado con el Marqués de Mondéjar, Don Gaspar Ibáñez de Segovia; todos ellos glorias de nuestras Letras, de nombres como los que más respetados y esclarecidos en nuestros fastos literarios. Y cuando llegó para aquéllas la decadencia, con el declinar también de la Monarquía, y comenzó el siglo xviii, y un Príncipe francés ocupó el Trono de España, fue a un Grande de la más encumbrada representación y de la estirpe más ilustre a quien tocó por suerte elevar para su conservación, y para la defensa de la lengua misma, esta fortaleza inconmovible, que forma, va ya para dos siglos, vuestra gloriosa Compañía.

No puede seros ingrato que me detenga algunos instantes, aun abusando un poco de vuestra hidalga condescendencia, en el recuerdo simpático y amable del Marqués de Villena y Duque de Escalona Don Juan-Manuel Fernández-Pacheco, que es vuestro Cardenal de Richelieu, y el que habrá de ofrecerse como modelo a las generaciones actuales, y a las que habrán de sucedernos, si la Nobleza española ha de vivir, y ha de vivir como a tan claras tradiciones y a todos estos antecedentes verdaderamente corresponde, acabando con el sueño prolongado a que está entregada, con la verdadera catalepsia que presenciarnos, tan parecida a la muerte. Yo he tenido el honor de escribir la biografía del Marqués-Duque, hasta ahora quizás más detenidamente que nadie, y os declaro que nada hay más hermoso, ni más consolador, ni que más despierte las esperanzas, que la vida accidentada y provechosa de este Magnate castellano, que lo fue todo: voluntario contra los turcos, herido en el sitio de Breda, General de la Caballería en Cataluña, Virrey allí, y en Navarra, y en Aragón, y en el Rosellón y la Cerdaña, y en Sicilia y en Nápoles, Embajador extraordinario al Sumo Pontífice, Mayordomo Mayor de nuestro primer Rey



Borbón, Caballero del Toisón de Oro, y, sobre todo, y más que todo para su gloria, vuestro fundador y protector, y vuestro primer Académico, y vuestro primer Presidente y Director perpetuo; como que se había formado en la educación clásica que era estilo de los Señores de su tiempo, consumado en el conocimiento de las lenguas latina y griega, italiana y francesa, en las Matemáticas, en la Geografía, en la Historia eclesiástica y profana, y en las Sagradas Escrituras, *tan versado—dice un autor contemporáneo—en todo género de estudios, adornado de variedad de noticias, y ejercitado en la más exquisita erudición.* Nada más atractivo que la figura original de este Prócer ilustre, a un tiempo soldado, diplomático, gobernante, académico y cortesano, a mi juicio la más principal y relevante de su época, la más digna de cuidadoso estudio, por nadie hasta ahora hecho, aunque tan celebrado en vuestro seno por los Interián y los Casani, y fuera de esta Casa y de España por la pluma cáustica, magistral y descontentadiza del propio San Simón, que fue el Duque francés y libelista sin segundo, siempre agrio, displicente y duro, ante quien casi nadie encontró gracia, su decidido y entusiasta panegirista. Y dejadme que os declare, acá para *inter nos*, esperando que no habréis de tomarlo a mal, que el de Villena me resulta siempre sobre toda ponderación simpático, hasta cuando, en plena alcoba de Felipe V, enfermo gravemente, a los ojos atónitos de la Reina Doña Isabel Farnesio, él mismo viejo y doliente, y sin poder casi tenerse en pie, descargara furioso su bastón de Jefe de Palacio sobre las espaldas de Alberoni; bastonazos que, de parte de personaje tan piadoso y de cristiano tan excelente, que estuvo a punto de ser él mismo, Primado de las Españas y Arzobispo de Toledo, no se enderezaban, claro está, al castigo del Eminentísimo Cardenal de la Santa Iglesia de Roma, sino del propio primer Ministro del Rey, italiano, extranjero, soberbio, intrigante y enredador.

De sobra sabéis que a ejemplo suyo, y a partir del día mismo de vuestra institución, toda la alta aristocracia de España,



amante como Don Juan Pacheco de las Letras y de los literatos, llamó constantemente a vuestras puertas, y tuvo a tanta o mayor gala ocupar un sillón entre los vuestros, como ejercer los primeros cargos palatinos, o llevar la representación de la Majestad Católica a los otros Reyes de Europa, o gobernar el medio mundo que aún nos pertenecía; que en esos tiempos, generalmente con tan poco conocimiento juzgados, era la del espíritu que representáis una nobleza superior y aparte. Todas las grandes Casas de la Monarquía se apresuraban a inscribirse un día y otro en vuestro libro de oro, buscando esa especial ejecutoria que la Academia Española confería y confiere, y la primera de todas esa misma Casa de Villena-Escalona, que os dió tres Académicos y Directores más, en el hijo y los dos nietos del que os fundara, el Marqués-Duque Don Mercurio-Antonio López-Pacheco, Capitán General de los Reales Ejércitos, vencedor en Brihuega y Villaviciosa, también Mayordomo Mayor de Felipe V y su Capitán de Guardias de Corps, «gran Señor, buen soldado, justo gobernante, fino diplomático, y amante y cultivador de las Buenas Letras, continuador en todo de las altas virtudes de su venerado antecesor»; en Don Andrés-Luis Fernández-Pacheco, Caballerizo Mayor de la Reina, «heredero de la vasta cultura y del grande entendimiento de su abuelo paterno»; en el Teniente General Don Juan-Pablo López-Pacheco, que fue el cuarto y último de esta verdadera Dinastía de Académicos y Directores, que todos se honraron reuniendo a la Academia naciente en su propio y hace tiempo derruido Palacio.

A imitación de esa grande Casa de Villena, las más altas y calificadas se disputaban el honor de figurar en vuestras listas, no ya entre vuestros Directores, sino entre vuestros Académicos de número. La Casa de Medina-Sidonia, la primera ducal de los reinos de Castilla, os dió, cuando eran todavía sus poseedores Pérez de Guzmán el Bueno, en el Duque Don Pedro Alonso, último descendiente directo del héroe legendario de Tarifa, un Académico perfecto, versado en idiomas, en el De-



recho y en la Historia, cultivador de las Musas, traductor afortunado de Boileau, de Pirón y de Racine. La Casa de Osuna, en el apogeo de su fortuna y de su grandeza, cuando acababa de unirse a la de los Condes-Duques de Benavente, os dió, en el Duque Don Pedro Téllez-Girón, al que lo mismo hizo la guerra contra Francia que asistió laborioso y asiduo a vuestras juntas, y así está inmortalizado por el pincel atrevido de Goya que por la respetuosa amistad de Clemencín. La Casa de Alba, en su Duque de Huéscar Don Fernando de Silva Alvarez de Toledo, que la heredó luego, os dió a vuestro sexto Director, el que os instaló ya en una habitación del Real Palacio, y señaló su presidencia con ediciones del Diccionario y del *Quijote*, de la Gramática y la Ortografía. La de Abrantes, representación española de la fidelidad portuguesa, dentro de la misma raza de sus antiguos Reyes, os dió dos Académicos, en Don José de Carvajal y Lancaster, el gran Ministro de Fernando VI, el digno rival del Marqués de la Ensenada, vuestro Director igualmente; y en Don Lorenzo de Carvajal y Gonzaga, el Señor de Cabrillas y Anaya, cumplido caballero, de cultura extremada, conciliador y amable, amparo de sus compañeros perseguidos por la política, lazo de unión de la Academia toda, que desagravió a Don Ramón Cabrera y volvió a su Silla a Conde. Los Duques y Señores de Híjar, que cuartelaban en sus armas con las Reales de Aragón, las Reales de Navarra, como nietos a un tiempo de los Jaimes y de los Teobaldos, os dieron a su Duque Don Agustín Pedro Fernández de Híjar, que fue poeta y escribió tragedias, que él mismo representaba en su palacio de la Carrera de San Jerónimo—saqueado luego por la barbarie francesa,— bajo la dirección de Isidoro Máiquez, con damas y caballeros de la sociedad más encopetada. La Casa de Montellano, de los Adelantados de Yucatán, os dió, en su primer Duque, y antes Conde, al que inventara para vosotros la empresa famosa del crisol y la conocida leyenda: *Limpia, fija y da esplendor*, que hace casi dos siglos constituye como vuestro lema nobiliario. La fami-



lia célebre y poderosa del Condestable de Castilla os diera al XIV Duque de Frías, soldado, orador, político y poeta insigne, al que elegisteis—él había de ser luego Marqués de Villena—cuando no tenía más que veinte años, y había en lo porvenir de llegar a los Consejos de Ministros y a escribir cien composiciones inspiradas, de las mejores que produjo jamás la Musa castellana. La Casa de Montijo, de que en nuestros propios días una gran española realzó el viejo lustre, compartiendo con un Napoleón el Trono de Francia, os dió a Don Eugenio-Eulalio Portocarrero, Conde de Teba, como lo fue después la Emperatriz, tan famoso con el nombre del *tío Pedro* en los revueltos comienzos del siglo anterior. La Casa de Puñonrostro, descendiente de Pedrarias Dávila, os dió al Marqués de Casasola, Conde luego de aquel título. La de Almodóvar, que descendía de Pedro Menéndez de Avilés, el héroe de la Florida, os dió a su primer Duque y sexto Marqués, que fue Director de la Academia de la Historia, vuestra hermana, rival y vencedor de Campomanes en ella; la de la Roca, de los Vera de Aragón, a su séptimo Conde y primer Duque, Capitán General de los Reales Ejércitos, Ayo de los Infantes de España, que os presidió muchas veces y en momentos difíciles, y dirigió asimismo la de la Historia con acierto; la Casa de Gor, de la sangre del Rey Don Pedro, os dió a dos Condes de Torrepalma, igualmente ilustres el padre que el hijo, grandes poetas ambos, celosísimos y laboriosos; los Marqueses de Vallehermoso os dieron a Don José Bucarelli, el brillante Oficial de Guardias, el elegante General, querido de todos, protector cariñoso de Don Juan Nicasio, proscripto. La Casa de Santa Cruz, heredera de Don Alvaro de Bazán, mantenedora de sus glorias, os dió tres Directores, los tres inolvidables, celosísimos, paternales, en dos de sus Marqueses y en uno de sus segundones, el Don Pedro de Silva celebrado, que fue Sacerdote después de ser General, y a quien se ha declarado por algún historiador vuestro el primero de todos los Académicos, de no haber antes existido mi paisano Don Juan de Iriarte. Los Duques de San



Carlos, recién llegados del Perú, los descendientes de Lorenzo Galíndez de Carvajal, otro hombre de letras, insigne, os dieron, aunque traído principalmente por la política, al Duque famoso, al amigo de Fernando VII, su compañero de Valençay, después su Embajador y su primer Ministro. La Casa de Oñate, que había recogido con la herencia y la sangre de Villamediana su amor a la Literatura, os dió su mejor prenda en la que fuera luego Marquesa de Guadalcazar, en la precoz Doctora de la Universidad de Alcalá, Maestra en Artes y Letras, y su Catedrática de Filosofía, a quien hicisteis galantemente, en los tiempos del *obscurantismo*, vuestra Académica honoraria. Los Duques de Villahermosa, de la Sangre Real Aragonesa, que ponían como ahora alderredor de su Corona, el *Sanguine empta sanguine tuebor*, os daban, sin embargo, a su Don Juan-Pablo; los de Rivas, de los Saavedras legendarios de Andalucía, os daban a su Don Angel de Saavedra, conducido hasta vosotros por *El Moro Expósito*, por los *Romances históricos* y por su incomparable *Don Alvaro*; los Condes de Guendulain, de la vieja Nobleza navarra, Monteros mayores de su Reino, os dieron al Barón de Bigüezal, luego Conde de aquel título, y al laureado cantor de *El Cerco de Zamora*, Ministro de la Reina después. Y, por fin, los Condes de Pinohermoso, venidos desde los campos de Orihuela que sus antepasados ganaron.

*de la oriolana margen del Segura,*

os ofrecían en el Roca de Togores, que fue más tarde Marqués de Molíns, a vuestro principal historiador, a uno de vuestros más activos miembros y de vuestros más celosos Directores, con tanta gloria vuestra y suya, a la par que Embajador y Ministro en los grandes reinados que van entrando ya en los dominios de la Historia. Todo esto, que es como la exposición de una gran parte de la espléndida galería de vuestros retratos de familia, sin invocar el recuerdo de los muchos Académicos Titulados, ni siquiera los de Montehermoso y Castañeda, Regalía y Carpio, y Escalonias, y San Felipe, y Salas, y



San Juan de Piedras-Albas, ni el de los muchos que llevaron al pecho las cruces de las Ordenes Militares, no excluyendo de mi silencio a Pezuela, ni al mismo Jove-Llanos; todo esto es en gran parte vuestra vida, la vida fecunda, secular y gloriosa de la Real Academia Española: tal es la representación que dió constante a vuestro Instituto la alta Nobleza de España, para prez y lustre de ella y de él.

Pero habían empezado ya los malos tiempos a que el mismo Don Gaspar-Melchor pusiera airado la marca indeleble de su condenación y su anatema, preguntando en la *Epístola a Arnesto*, después de formular irritado las amargas quejas que todos recordáis, y de hacer la tristísima desconsoladora pintura que todos conocéis:

*¿Es esto la Nobleza de Castilla?*

No pudo imaginarse el gran pensador asturiano el espectáculo doloroso que habría de ofrecerse un siglo después a cuantos sienten, como sentía él, de tan vieja y pura cepa desprendido, el amor de esa Nobleza castellana, a la que reprochaba entonces ya, con más o menos justicia, su conducta, su ceguera, su frivolidad, su alejamiento y su abandono de los altos deberes que le imponían su nacimiento y representación.

No hay que cerrar los ojos a la luz meridiana que nos envuelve con su claridad. Ahora sí que, por desdicha de todos, más que en aquellos días, la Nobleza española, olvidando en su mayor parte lo que hizo y lo que fue, vuelta de espaldas a las Letras, al trabajo y al estudio, marcha con tranquila inconsciencia a consumir su anulación y su suicidio: entregada casi exclusivamente a los deportes, o a los placeres, o a la pereza y la inacción, recuerda a la triste Reina de Francia y a las grandes Señoras de su tiempo, que habían emprendido desde la lechería de Trianón la senda del patíbulo vestidas de pastoras, entre los rústicos bucólicos placeres a que las brindaban engañosas las lecturas de Juan-Jacobo. Ahora sí que no hay



el ansia honrosa de adornar y realzar las coronas de los Grandes, enlazando con los florones y las perlas heráldicas las palmas y los laureles de las Letras: ya no hay Academias ni reuniones en las casas de los Magnates, como las que el mismo *Gran Capitán* tuviera, *escuelas de la cortesanía y de la magnificencia*, después de haberse paseado triunfador por los campos de Italia, en el filosófico retiro de *sus agujeros de Loja*; ya no hay salones literarios, como Madrid los tuvo hasta ayer mismo, a pesar ahora de alguno que otro generoso intento, sofocado por los gustos modernos frívolos e insustanciales; ni hay el placer sublime de estos torneos del espíritu, a que la Nobleza española salía con el mismo entusiasmo que fuera al *Paso Honroso* de la Puente de Orbigo Don Suero de Quiñones.

Ya, cuando desaparece de entre los vivos una gentil y hermosa Señora, nacida en las alturas, en las alturas admirada, no se forman *Coronas fúnebres*, como la que tejieron los poetas del siglo anterior, Larra, Martínez de la Rosa, Gallego, Tapia, Quintana, Ventura de la Vega, Lista, Donoso Cortés, Rivas, Arriaza, para aquella malograda Duquesa de Frías, que se había casado en medio de los horrores de la guerra, inspirando el recuerdo de su boda a su propio egregio marido los magníficos versos, reflejo fiel del modo de pensar de una generación viril, que compartía sus amores entre las armas y las Letras:

*No las sacras antorchas reflejaron  
mármol bruñido y regios artesones,  
sino el hierro marcial de los pendones  
que en la patria defensa tremolaron.  
De un bondadoso agricultor el lecho  
fue el tálamo nupcial: sirvió mi espada  
de espejo a la beldad que el alma llora,  
y en amor y valor mi pecho ardía...  
¡Campos famosos de la antigua Baza,  
eternos sois en la memoria mía!*

Cuando la principal Nobleza española separó la vista des-



deñosa de las Letras y del estudio—con las honrosas actuales excepciones que vosotros aquí, y vuestros compañeros de las otras Academias, os apresuráis siempre a recoger, y para las que todo aplauso resultará siempre poco,—renunció, sin darse cuenta, a la suprema intervención que le tocaba de derecho en la vida de su país, a la dirección intelectual de la sociedad española que en tan gran parte le correspondía, a la alta política misma que había de dirigir, o de coadyuvar en primer término a su dirección. Todas las cosas tienen entre sí una conexión tan honda y tan estrecha, que no cabe separarlas a capricho: sean las que fueren las vicisitudes de los tiempos, decía al Patriciado Romano aquel gran Papa y pensador eximio que se llamó León XIII, la aristocracia de la sangre con la del talento y la fortuna, han de gobernar el mundo, y «un nombre ilustre jamás dejará de tener grande eficacia para el que sepa dignamente llevarlo». No basta para esto encerrarse en el estricto cumplimiento de deberes, que podríamos llamar pasivos: gran cosa es mantenerse, por la dignidad de la vida, por el respeto de la Religión, por el ejercicio de la caridad, por el sentimiento de la familia, por el amor del bien y la consideración del propio nombre, gran Señor en medio de la pequeñez imperante; pero nada de ello puede ser bastante en éstos momentos de lucha y de combate, en que todo aparece amenazado y puesto en peligro.

La alta Nobleza española, como ninguna otra de Europa, volvió tiempo hace las espaldas al servicio directo de la Iglesia, olvidando que le había dado en el transcurso de los siglos, para gloria inmarcesible de una y otra, páginas inmortales, donde estaban escritos sus nombres, los de aquella brillantísima cohorte de famosísimos Cardenales, de santos Prelados, de temidos Abades, guerreros y escritores al par, de piadosos Canonigos, de Religiosos esclarecidos, salidos de las primeras Casas de la Monarquía; olvidando que fue un Guzmán el que fundó la Orden de los Padres Predicadores, y un Loyola el creador incomparable de la Compañía de Jesús, y un Borja y



un Xavier las primeras ilustraciones de esta milicia insigne, y antes un Cardenal Mendoza el principal instrumento de la Providencia para hacer a España, dejando apenas ahora, desperdigados por acá y por allá, un Benavides, un Cascajares o un Spínola.

Ella volvió las espaldas al Ejército, que constituía él solo una gran nobleza, la nobleza de los que están a toda hora dispuestos al sacrificio de su sangre, al holocausto de su vida en los altares de la Patria, de los que nos garantizan a cada momento la seguridad, el honor, la hacienda, la tranquilidad, la libertad y la independencia nacional, sucesores de los que conquistaron el mundo a la sombra de nuestra bandera, y entre los que tuvieron siempre sus abuelos el primer lugar; aunque la justicia nos obligue a reconocer que hoy figura en sus filas la juventud patricia, en una reacción patriótica que nunca se celebrará bastante, en una nueva explosión de los más altos sentimientos que merece todo nuestro aplauso, en un tornar al amor de los amores que abre nuestros corazones a las más justificadas esperanzas.

Ella volvió las espaldas a la política, que yo no he de llamar con este nombre a figurar aislado y mudo en una u otra Cámara, entusiasmándose con la elocuencia ajena, siguiendo taciturnos las ajenas inspiraciones, figurando como simples soldados, en esta o la otra fracción, a las órdenes de este o del otro afortunado capitán; que intervenir en la política es penetrar en sus entrañas y subir hasta sus alturas, jugar el gran papel que en su escena les corresponde, estudiar detenidamente los grandes problemas que el gobierno de los pueblos ofrece a la seria meditación de los que aspiran debidamente a ejercerlo, hacer lo que el Conde de Aranda, más o menos a nuestro gusto, hacía en el siglo XVIII, y en la primera mitad del XIX hacían aún Toreno, Ofalia, Frías, Viluma, Rivas, Miraflores, para llegar a ser grandes Ministros, Presidentes respetados de las Cámaras y hasta autorizadísimos Presidentes del Consejo. Ella no quiere por lo visto hacer honor a la célebre



frase de un gran filósofo y estadista extranjero: *No hay gran Rey sin gran Ministro*, que pensaba sin duda en lo que fueron para el propio Luis XIV un Colbert, un Le Tellier, un Louvois y un Séguier; y, distraída en atenciones de escasa monta, nada hace por contribuir a la grandeza de su Soberano, subiendo hasta los Consejos de la Corona para ayudarle a ser gran Rey siendo ellos Ministros grandes, como lo fueron sus más próximos abuelos de Carlos III y de Isabel II.

La alta Nobleza ha vuelto las espaldas a la Toga, de que revestía a sus hijos segundos, después de hacerlos cursar en los célebres Colegios Mayores sólidos y fuertes estudios, para llenar luego el Consejo Supremo de Castilla y los otros todos de estos Reinos, y las Chancillerías y las Audiencias en España y en Ultramar, de todos esos nombres respetables, de que otros nobles juristas y literatos, Ruiz de Vergara y el Marqués de Alentós, nos han dejado por fortuna el más interesante catálogo.

Ella volvió las espaldas a las grandes especulaciones mercantiles, aunque siguiendo en esto en realidad las tradiciones de su país, al revés de lo que hicieran los grandes Patricios genoveses y venecianos, que dejaban el alto comercio para ser Duxes y Senadores, y ejercer las más altas dignidades de aquellas aristocráticas repúblicas, sacando a lo mejor de la vida de los negocios a un Ambrosio Spínola, para que llegara a ser el primer Marqués de los Balbases y el primer General de su tiempo; y, sin quererse enterar de lo que en estos asuntos pasa fuera, se mantiene distanciada de lo que representan en el moderno vivir las agitaciones industriales y bursátiles—con alguna, quizás única, simpática y plausible excepción, más plausible y más simpática cuanto más sola;—ejemplo acabado de que puede ostentarse con absoluta dignidad un gran nombre, de los más celebrados de nuestra Historia—que mucho lamento no sea costumbre pronunciar aquí,—consagrado el que lo lleva a las altas y provechosas iniciativas que todos sabéis y celebráis seguramente.

E. M.—*Julio 1914.*



Nuestra alta Nobleza parece, en suma, que se aleja de todas esas grandes manifestaciones del vivir patrio, como se aleja, sin duda, más o menos conscientemente, en estos nuevos rumbos extraños de la educación general de las que fueron clases directoras de este culto sagrado y tradicional de las Letras, a que todo le brinda, que es además un gran placer, con el que ningún deporte material podrá compararse jamás, dejando que otros más decididos, más audaces, menos indolentes y mejor preparados, preparados en el Foro, en el Periodismo, en la Cátedra y en la Literatura, manejen a su antojo el vivir nacional, mientras ella consume lentamente, con nobles honrosísimas excepciones, los todavía grandes heredados prestigios en una indolencia mortal, de que haya de dar algún día estrecha cuenta ante Dios y la Historia.

Todo esto coincide fatalmente con el bajar de la Nobleza en otros órdenes importantes, pues al mismo tiempo que el del espíritu, se le escapa por instantes el dominio de la tierra, que ella había ganado al precio de su sangre, desde Covadonga hasta Granada, y que la ley vinculadora defendía sabiamente de la mala administración, de las locuras, de las prodigalidades, de los despilfarros y de los caprichos de sus propios dueños. El cuadro es triste verdaderamente, y yo creo que se presta un gran servicio a la Patria, a la Monarquía, a la Nobleza misma, presentándolo alguna vez sin velos ni disculpas ni atenuaciones criminales, engañándola y engañándonos. Porque la Nobleza es, en realidad, una gran institución necesaria en una Monarquía como la nuestra, en un pueblo viejo y de larga tradición y abolengo como el nuestro, y de todo punto compatible con las más progresivas democracias, que, recelosas y enemigas de todo lo que es hereditario, empiezan ya lentamente—a la vista de todos está—a reconciliarse con ello. Alguien dijo—me figuro que fue Taine,—que una nación sin jerarquías es sencillamente una casa sin escaleras; creyendo yo que es obra meritoria y hasta patriótica el que todos contribuyamos en lo posible a que la noble casa que habitamos, y que



todos queremos como se quiere al común solar, mucho más cuanto más viejo, conserve sus escaleras naturales, las que le formaran en su obra constante el tiempo, los servicios, los trabajos y los prestigios de tantos siglos, y no se vengán abajo, ruinosas y deshechas por la desidia criminal de sus indiferentes moradores.

La alta Nobleza ha perdido sin duda una gran parte de la tierra que le da el nombre: los nidos famosos de las águilas, sin águilas ya que cobijar, se desploman en el olvido; las águilas volaron, y los nidos quedaron como pobres cuerpos sin almas, abandonados y desiertos, condenados a deshacerse y a morir; apenas, por acá y por allá, una mano piadosa apuntala éste o aquel castillo; restaura ésta o aquella fortaleza; mantiene con filial amor éste o aquel palacio, ésta o aquella vieja casa solariega, que fueron, en cualquier peñón lejano, en cualquiera lugar escondido, en cualquiera ciudad de provincia o retirada aldea, la cuna veneranda de la raza.

¿Qué es lo que queda del Alcázar de Escalona, donde pasó su seria juventud vuestro fundador y su Duque, el *Escolar* famoso, donde se formó su gran carácter, de donde salió preparado para sus altos mandos, sus grandes cargos, sus variados y difíciles puestos el gran Marqués de Villena? ¿Qué resta del Palacio de Medina-Sidonia, donde los nietos de Guzmán el Bueno soñaron en ser Reyes, arrancando las Andalucías al cetro de los Austrias, mientras, mas afortunada, una Guzmán les arrancaba para los Braganzas y para sí propia, como su Duquesa que era, el Reino entero de Portugal? ¿Qué resta del Alcázar de Cabra, de donde el gran Conde Don Diego acudió a su sobrino, el Alcaide de los Donceles, para la batalla memorable de Lucena, en que el anciano y el adolescente, ambos Fernández de Córdoba, hacían juntos su prisionero a Boabdil, y tomaban a un tiempo para sus armas la figura encadenada del mísero Rey *Chico*, y para lema de su blasón, en emulación respetable, los dos versículos del Evangelio de San Juan, el SINE IPSO FACTUM EST NIHIL, el OMNIA PER IPSO FACTA SUNT?



¿Qué resta del Palacio Señorial de Marchena, cuna del Marqués de Cádiz renombrado, residencia de los Duques de Arcos, célebres todos en la vida nacional con el histórico nombre de Ponce de León? ¿Qué resta del Castillo de los Toledos en Alba de Tormes, de donde el Duque Don Fernando salió para guerrear y vencer en toda Europa, y que era desde Africa y Flandes, y desde Italia y Portugal, el objeto constante de sus recuerdos y cuidados? ¿Qué resta del Castillo de Benavente, solar de los afamados Pimenteles, los del *Más vale volando*, entre los cuales toca el primer puesto al *Castellano leal*, aunque hijo de la fantasía inagotable de vuestro Duque de Rivas? ¿Qué resta del Palacio de Astorga, cuyos Marqueses y Señores de la Casa Osorio, Canónigos de León como sus Reyes, disputaban a los de Villena la primacía de su dignidad en toda Castilla? ¿Qué resta del Palacio de Tendilla, de donde salieron sus Condes a sus Embajadas memorables cerca de los Pontífices romanos, a plantar por sus manos vencedoras el pendón de Castilla en la Torre mora de la Vela, entre el gran Cardenal de España y el Maestre de Santiago, como primeros Alcaldes de la Alhambra recién ganada, a pelear contra el moro en el Peñón de los Vélez y en los campos de Túnez con el valor que los hizo especialmente famosos en esa raza de Mendoza en que todos lo eran? ¿Qué resta del Castillo de Monforte, por los Castros levantado, de donde salieron las dos hermanas, en la hermosura y en los infortunios iguales, Doña Juana para ser Reina de Castilla sólo un día, Doña Inés para reinar, *después de morir*, en Portugal, y luego los Condes de Lemos, *a quienes hicieron solamente Dios y el tiempo*, para representar *toda la lealtad de España*, para brillar como Mecenas esclarecidos, pasando a la inmortalidad en los escritos de Lope, de Góngora, de Cervantes, de los Argensolas? ¿Qué resta en su Villa de Osuna del Palacio de los soberbios Girones? ¿Qué del de los Zúñigas, Justicias Mayores de Castilla, en la suya de Béjar? ¿Qué del de los Portocarreros en Moguer? ¿Qué del de los arrogantes Fajardos en uno y otro Vélez? ¿Qué del de los Beau-



mont, los Bastardos de Navarra poderosos, en su Villa de Lerín? El Palacio del Infantado, que asombró al Rey *Caballero*, no es de sus Duques, y aunque todavía conserve enhiesto sus escaleras, sus artesonados, sus frescos, cuanto admiraron con asombro el Rey de Francia vencido en Pavía y sus ilustres compañeros, a raíz de su memorable derrota, no es ya morada de los altivos Mendozas, sino el asilo respetado de la familia nueva que forman allí las huérfanas de la guerra. El Palacio del *Santo Duque* de Gandía es todavía de la familia de San Francisco, pero no de la familia de la sangre, no de la de los Borjas, elevada a la Silla de San Pedro con Calixto y con Alejandro, sino de la familia mística y religiosa, de la Compañía de Jesús. ¿A qué seguir esta lúgubre relación? Apenas quedan de las más, de las un tiempo señoriales moradas, a cuyos recios muros fiaban los formidables antepasados el porvenir y la grandeza de los suyos, apenas quedan míseros torreones, albergue muchos de ellos de gitanos y forajidos; con razón podría decir ahora más que nunca el gran vate andaluz:

*¡De todo apenas quedan las señales!*

Vive nuestra alta Nobleza indiferente, como a su expulsión de la tierra, al movimiento de las ideas que agita y conmueve el mundo; y como ya no rige las conciencias con los Primados de Toledo, con los Prelados de Sevilla, de Santiago, de Zaragoza, de Tarragona, de Valencia y de Granada; como ya no manda en jefe los Ejércitos, cual primero los Gonzalo de Córdoba y los Antonio de Leiva y los Alba, y luego los Baena, los Leganés y los Balbases, y más tarde los de la Mina y los Montemar, y últimamente los Romana y los Alburquerque; y como ya no lleva la dirección suprema de los asuntos públicos como en el siglo xviii mismo los Carvajales y los Arandas, y en el xix los Torenos, los Frías, los Vilumas, los Rivas y los Miraflores; y como ya no crea, ni preside, ni inspira Institutos literarios de la significación de la Academia Española, desceñida la espada, en pedazos la toga, lejos el báculo y la mitra,



ajena al tráfico y a las industrias, rota y en el suelo la pluma y muda la palabra, ausentes de todos los lugares que llenó de sus grandes representaciones hasta hace poco, semeja como agotada, exánime y sin alientos, como condenada inexorablemente a la disolución, a la desaparición y a la muerte.

Yo no soy aficionado a buscar los ejemplos en la Francia moderna: la Francia de antaño, nuestra eterna enemiga, podía sin embargo, forzarnos, quisiéramos o no, a la admiración y al respeto, haciéndonos decir algo parecido al verso célebre de nuestro gran poeta:

*Inglés te aborrecí, y héroe te admiro.*

La Francia de hoy despierta muy medianamente mis simpatías, o, para ser sincero, en nada la despierta; pero puesto que la moda tiránica lo quiere, y es entre las altas clases y entre todas elegante, persuasivo y hasta convincente evocar lo que pasa en Francia, sigámosla en buena hora. A través de cuatro revoluciones, diezmada por la guillotina, arruinada por la emigración, despojada por las leyes nuevas, sin cabeza y sin Rey, aún vive milagrosamente la Nobleza francesa, sin haber perdido jamás el gusto refinado de las Letras; y el que llaman *partido de los Duques* tiene siempre autorizada representación en el seno de aquella célebre Academia, y bajo la *coupole*, como allí dicen. Ayer mismo, en la situación que siguió a Sedán y al derrumbamiento inesperado del Imperio, en la situación que restañó tantas heridas, que hizo de nuevo a Francia, la grandeza de la figura de M. Thiers no ha sido bastante a borrar la de los tres Duques, a cuyo alrededor giró la política toda de aquellos años memorables: el de Broglie a la cabeza del Consejo de Ministros, el de Audifret-Pasquier en la Presidencia de la Asamblea Nacional y del Senado luego, Decazes en el Ministerio de Negocios Extranjeros, miembros los dos primeros de la Academia Francesa; el de Broglie gran historiador y literato insigne, Pasquier orador y pensador eminente, Decazes fino y experto diplomático, los tres prueba ple-



na de que aquella gran Nobleza defiende sus posiciones, y para ello, naturalmente, estudia, trabaja, piensa, escribe y habla. Pagando ahora el horrendo crimen de su nacimiento, purgando el gran pecado de que corra por sus venas la sangre de los héroes que formaron aquella gran nación, arrojados violentamente a la oposición más extrema, los nobles franceses hacen todavía por las Letras lo que allí no se les consiente que realicen por la política ni por las armas, y uno de los más grandes oráculos del pueblo vecino, una de sus voces más escuchadas, uno de sus primeros pensadores, uno de sus oradores más elocuentes, uno de sus más altos espíritus, el primero acaso de los que dirigen y marchan a la cabeza de la Francia antirrevolucionaria y creyente, es el gran patricio, Diputado y Académico, heredero de Chateaubriand y de Montalembert, que se llama el Conde de Mun. Yo busco con ansiedad en las filas presentes de la alta Nobleza española, histórica y secular, que vive felizmente al amparo de la Monarquía, algún Conde de Mun, y, lo digo con pena, no lo encuentro.

Pero todavía quedan a nuestra vieja aristocracia grandes elementos para luchar y resistir si ella lo quiere: esos nombres extraordinarios de la historia de España, que sobresalen, como faros luminosos, en medio del diluvio universal de Títulos y honores producidos por la democracia imperante, que improvisa a cuantos quieren serlo Duques, Marqueses y Condes, sin tradición, sin significación y sin pasado, tienen eficacia tal, que basta a los que los llevan querer salir de su inexplicable apatía, penetrar en la palestra con los antiguos heredados bríos, substraerse a la vida fútil y estéril en que se consumen desgraciadamente las viejas energías, para recabar la parte que se les debe en el puesto de honor que les han marcado los siglos. Todavía queda, a pesar de la desvinculación de todos, del despilfarro de muchos, de la división constante del vasto patrimonio; todavía queda en sus manos gran parte del suelo nacional: la riqueza territorial es acaso en la mayor parte suya; no es la antigua Nobleza colosalmente rica, acaso porque se le



pueda aplicar aquella frase de Gyp, cuando decía que «nunca se es colosalmente rico cuando no se ha robado nada», pero es rica moderada y discretamente; todavía goza, más que ella misma cree, del prestigio acumulado durante las centurias por unas y otras generaciones de españoles ilustres, que creyeron en sus derechos, pero que creyeron aún más en sus deberes; todavía sus nombres significan muchísimo en la vida española; que lo que aquéllas hicieron en su sabiduría no puede terminar y desaparecer ante la locura de un rato; la verdadera magia de sus viejos nombres sonoros, repetidos por los siglos, se impone todavía al respeto y al cariño de las multitudes desorientadas. Yo quiero creer que no es nuestra Nobleza un cadáver, a quien sólo Jesucristo pudiera resucitar como a Lázaro, sino simplemente uno que duerme y a quien el ruido de afuera, que crece cada día, ha de despertar y sacudir en cualquier momento.

Sí; es menester sacudir enérgicamente ese sopor letal, dar a los placeres y a la frivolidad su parte, y la suya indispensable al trabajo, al estudio y a la lucha, para que cada cual cumpla la misión a que lo destinó en sus designios la Providencia. Los golpes estridentes que la revolución da a todas las puertas, y que no despertaron antes a los señores volterianos y enciclopedistas de la Corte de Luis XVI, ¿es de temer que no sacudan tampoco el sueño o la pereza de nuestras aristocracias distraídas? No es posible, ni español, ni cristiano siquiera, pasar tranquilamente la vida, generación tras generación, divirtiéndose descansados, holgando y quejándose de lo que no tiene remedio, sin intentar hallarlo a lo que puede tenerlo todavía: ni esto conduce a nada útil ni a nada serio, ni es, en resumen, pese a toda vanidad pueril, más que la confesión paladina de la impotencia y de la nulidad. Hay que dar a la Nobleza presente un ideal, el ideal necesario, sin cuya luz ha de faltarle más o menos pronto la vida; ¿qué más ideal que el de mantener las tradiciones que la formaron, que la hicieron lo que todavía es? Es forzoso que ella como todos, según la frase de Voltaire,



*cultive su jardín*; que todavía, aunque el rayo haya tronchado en él tantos árboles majestuosos y seculares, y la tormenta haya barrido sin piedad y en gran número plantas y flores, le restan dilatados campos fértiles, que pueden llenar de frutos abundantes el suelo de la Patria. Hay que tener fe en sí propia, y moverse a impulsos de esa fe redentora, haciéndose digna de ocupar en el gran combate que se avecina, y que a ella, como a todo lo tradicional, amenaza feroz, el puesto de honor que la mano de la Historia imperiosamente le señalará, si no quiere desaparecer cualquier día, y morir sin gloria, ella que nació de la gloria y por la gloria fue lo que fue, cuando los grandes antepasados fundaban estas familias célebres, cuyos representantes corren hoy rápidamente, acaso con el brillo de la luz que se extingue, jinetes en *jacas de polo*, a su lamentable anulación. Hay que trabajar sin demora por que esta casa de los españoles no sea cualquier día la casa sin escaleras del filósofo: Inglaterra y Alemania, los dos pueblos más jerarquizados de la tierra, están ahí para nuestro ejemplo: cansados de la imitación en futesas que a nada conducen, imitemos alguna vez a los extraños en cosa importante y trascendental. Que no haya ahora ningún Anfriso, melancólico y desesperanzado, que pueda con razón preguntar a Arnesto:

*¿Es esto la nobleza de Castilla?*

FRANCISCO FERNÁNDEZ DE BÉTHENCOURT,  
de las Reales Academias de la Lengua y de la Historia.



# LA AMÉRICA MODERNA

---

Camino de América. En el Mediterráneo. Desde la columna de Hércules al Mar Tenebroso. El alma de los mares. El buque ciudad. La austeridad en los buques españoles. La emigración calificada. La expansión de la raza. El valor de los conceptos en Europa y en América. La costa americana. La tierra y las estrellas.

El *Reina Victoria* salió del abrigo del puerto abriendo las aguas con su tajante proa. Saltaba la espuma como un surtidor al dividirse el lomo de las olas contra la cuchilla de acero de la roda; las manchas espumosas se extendían alrededor del casco del trasatlántico, que penetraba como una cuña de acero en el vientre del mar. Aquella mole de quince mil cuatrocientas toneladas navegaba a una velocidad de diez y siete millas por hora; en diez y seis días y horas había de salvar la distancia que hay desde Barcelona a Buenos Aires.

Me llevaba muy lejos, y como yo había concebido realizar un vasto plan de trabajos en América, sin plazo fijo, me asaltó el presentimiento temeroso de una larga ausencia de la patria, y entonces, mi mirada, en vez de pararse en los atractivos de a bordo, se clavó en la costa catalana, tierra de la patria que contemplé con avidez, pensando que más allá de Cádiz me esperaba el desierto de agua. La mirada voló como una caricia a la tierra firme, abarcando el llano y la montaña. Y en el corazón no hubo tristezas ni desmayos. Yo esperaba verme asaltado por las primeras nostalgias de la separación. Lo había leído



muchas veces en las descripciones literarias de los viajes a Ultramar; apenas el buque leva anclas, los protagonistas de la novela de la emigración, los cronistas que dejan su país, los comerciantes que van como buhoneros de apartadas regiones a otras nuevas, todos aparecen afligidos, arrebatados por la añoranza o el temor ante la separación de la tierra natal. No sentí nada de esto; deseaba este momento. El mismo amor patrio no se me revelaba como nostálgico sentimiento del gran hogar que se alejaba, sino como deseo impetuoso de caminar más aprisa sobre el mar; nimbado mi pensamiento por recuerdos de gesta de la raza, parecía que mi patria iba conmigo y empujaba mi voluntad encendiendo llamaradas de energía en el alma. El sentimentalismo lacrimoso que vi escrito no le encontré en ningún semblante, ni en los míseros que emigraban ni en los pudientes y calificados que seguían igual ruta; sólo las aberraciones literarias de los que todo lo encierran en la monorritmia del dolor lirista producen ese dolor imaginativo. Yo sólo veía rostros que recibían la ablución de las brisas salutíferas del mar, con la fruición de los libertados que sienten oreada su frente por el aire de los horizontes libres.

Avanzaba el *Reina Victoria* sobre el luminoso azul del Mediterráneo con la majestad de una góndola ducal por un lago tranquilo. Las aguas, batidas por las hélices, levantaban una ola verde de jaspeados espumosos. Esa ola verde que se diluía en estela glauca, siguió al buque en todos los mares que cruzamos, brillaba bajo todos los cielos como una esmeralda que no ensombrecía cuando por el firmamento se corría el palió de nubes oscuras o llegaba la noche; entonces, en las espumas aparecía una fosforescencia como la trasluzón de las pupilas de un lobo marino. La espuma que levantaba el rebotar de las olas contra la obra muerta, caía otra vez pulverizada en finísima lluvia que quebraba los rayos del sol en irisaciones cristalinas. La belleza de la costa mediterránea no se llega a estimar en todos sus detalles hasta que no se recorren otros mares para poder compararlos.



El color del mar se desteñía para ofrecer nuevos tonos, como si una gama inmensa fuese proyectando sus fajas polícromas sobre el espejo de las aguas. Del cabrilleo diamantino que convertía el mar en lecho del sol, se pasaba a la contemplación de una llanura de azul cobalto, sobre la cual apuntaban, en marcha lenta, los blancos triángulos de las velas latinas y rodaban los toisones de espuma. La fauna marina parecía alborozada. Bandadas de gaviotas reposaban como copos de espuma sobre las mansas ondulaciones de las aguas; al levantar el vuelo pasaban rozando con sus alas al trasatlántico, volaban a flor de agua, surcando con su pico la superficie, y se remontaban luego para lanzarse en vuelo de flecha a rozar las aguas. Varias veces aparecieron manadas de delfines saltando sobre los rizos de espuma, y hundiéndose después graciosamente para volver a surgir, siguiendo un ritmo regular en los saltos. Veleros y vapores rompían la monotonía del horizonte marino, y en la costa, a trechos gris y a trechos rosácea, la playa sucedía al acantilado, la montaña azul o rojiza, calcinada por el sol, a la cima blanqueada por la nieve. El ambiente suave, saturado de emanaciones salinas, dilatava blandamente el pecho, como si las ráfagas sutiles de la brisa instilasen un aromoso elixir de vida en las venas.

Sólo mares como éstos llegan a ser mares de leyendas, cunas de dioses, de creaciones míticas.

Cuando el *Victoria* enfilaba el puerto de Málaga apareció un gran remanso, en donde el mar se estanca como entre las paredes de una taza, circundado por la costa de arenosa playa y suaves lomas, sembradas de casitas que semejaban motas blancas. Dormían las aguas en el redondo lecho de aquella costa; dormían las gaviotas flotando sobre las aguas, lisas y bruñidas como las de un estanque cuajado de nenúfares; dormía la ciudad, recostada en las faldas de montañuelas rojas, al abrigo de un telón de sierras azules; dormía el airón de humo de las chimeneas; dormía todo.

Estas impresiones y un ramo de claveles multicolores, fina-



mente jaspeados, y de aroma tan penetrante que aturdió, saqué de Málaga. En esta escala se recogen sensaciones de laxitud, de indolencia; el recuerdo de los apretados ramos de flores que ofrecen los vendedores en el muelle, en la segunda escala, que se hace en Cádiz, la impresión es ya muy distinta. Málaga y Cádiz son dos ciudades andaluzas, pero una está enclavada en el Mediterráneo, otra recibe las frías ondas de la corriente que baja desde el Canadá. Cádiz se adentra en el mar, se abre a las olas, parece extenderse como un cisne blanco en las aguas de una gran bahía. Es una ráfaga de música y de blancura la que parece envolvernos en la antigua, pero no vieja, ciudad. Los vendedores vocean ajustando su pregón a una melodía, y en el mercado los frutos más vulgares se muestran agrupados, simulando pirámides y círculos...

La ciudad, blanca, aseada, pulida, se esfumó como una neblina sobre la raya del mar, y el *Victoria* hizo rumbo a Tenerife. Allí paró un instante, y después no interrumpió la marcha hasta llegar a Montevideo.

La sensación que inspira el Mediterráneo desapareció al pasar las columnas de Hércules. Después vino el Mar Tenebroso, el que sacudía con sus corrientes invisibles a todos los bajeles; el temido mar de las leyendas medioevales, que le poblaron de fantasmas, y de las tradiciones antiguas, que le señalaban como tumba de la raza de los atlantes. Si no fuese por el movimiento de las aguas, parecería este mar un pedazo muerto del planeta. Durante días enteros la mancha gris no se ha borrado del espejo del mar; ni aves marinas ni barcos hemos visto; parece que navegamos por un desierto de agua. Sólo alguna vez los peces voladores saltan huyendo del buque, como familia de asustados gorriones al paso del tren; otros, más pequeños, semejan enjambres de plateadas libélulas.

A la altura de Dakar vi salir la luna entre las rojizas brumas del lejano incendio de los desiertos africanos. El cielo senegalés, envuelto por canícula eterna, está allá a lo lejos. La atmósfera se va haciendo plúmbea, caliente... El mar tropical



se veía desnudo de bellezas, sin las sonoras monorritmias que arrullan en el mar de las leyendas, ya tan separado de nosotros, el sueño de muerte de Orfeo.

El negro mate del betún parece haber teñido las aguas, las aguas misteriosas que cruzaron los primeros navegantes escandinavos, que contaban después visiones terroríficas contempladas en el mar todavía inexplorado. El buque fantasma wagneriano es el símbolo del horror que inspirara el Mar Tenebroso; de sus misteriosos desiertos de agua, de sus fuerzas ocultas, salió la leyenda.

La epopeya del descubrimiento de América se comprende muy bien navegando en el Atlántico en buques-ciudades como el *Victoria*, que, a pesar de su velocidad, comodidades y atractivos, deja penetrar en sus recintos la monotonía y la horridez del mar; salta como un bilboquete al embate de las corrientes, y aun unido al resto del mundo por el telégrafo sin hilos, no basta para vencer la sensación de soledad la pesadez de un mar que nunca acaba, la añoranza de una tierra que nunca llega.

Los españoles que se lanzaron a través del mar de los misterios, tuvieron que vencer las tradiciones de espanto en su memoria, afrontar lo desconocido, correr la aventura en carabelas de ciento veinte toneladas, concebir y realizar un sueño más grande que el de Jasón. Al pensar en esta página de heroísmo de nuestra Historia, acude a la mente el recuerdo de aquel pensador profundo y apóstol de ardiente idealismo que se llamó José de Acosta, el que dió la interpretación racional a los fenómenos del Mar Tenebroso, que hasta entonces habían sido materia de fantasmagoría y de terror para los europeos.

El *Victoria-Eugenia* es un buque que no le supera ninguno de los que navegan en la línea del Plata. Es como una ciudad flotante; grande, de maravillosa estabilidad, lujosamente decorado, veloz. El ruido de las máquinas sólo se siente estando muy cerca de ellas.

Quien contemple la severa elegancia de su *hall*, de estilo Renacimiento, y su amplitud, no encontrará diferencia alguna



con los salones de un palacio. Cuatro columnas jónicas de altos fustes sostienen la cúpula de cristal, en octaedro, como las cúpulas mudejares; las jambas estriadas que muestran en sus capiteles las retorcidas volutas orientales se alzan en los muros del *hall*. Después, los departamentos de lujo se dividen en salón de música, que decoran los colores blanco, rojo y oro; la biblioteca, de suelo mullido y silencioso ambiente; en el comedor y el restaurant, las mesas están separadas; aquél tiene en el teatro el tapiz de Goya, la gallina ciega, el bar con piso de mosaico y amplio artesonado, el jardín de invierno, a más de otras divisiones. Pero éstas son las que dan la impresión de que se *habita un palacio*.

El progreso técnico ha realizado el ensueño de los cuentos fantásticos que hablan de palacios y maravillas que van transportados por manos mágicas, o se levantan en el mar como mansiones de ninfas y tritones.

Cuando en las horas del sarao suenan los violines zínganos, y el ambiente se satura con el aroma del opio y del tabaco, y las damas elegantes exhiben todos los días variados trajes, parece que se está en un gran hotel... hasta que un golpe de mar abre una puerta por donde irrumpe la bocanada de aire salino, se balancea el palacio y hace recordar que se flota sobre un abismo de agua.

La reproducción de la imagen de la ciudad aparece cuando el observador recorre el resto del buque, al ver las demás clases, los grupos de pobres emigrantes, las mesas en que se come, la vida distinta que salta a la vista. Arriba, en el comedor, se viste de etiqueta, se bebe champaña, y por las vidrieras del salón de música, enmarcadas en bronce labrado, caen como efluvios desprendidos de copas de aromas y músicas las melodías vienesas, con sus viudas alegres y condes calaveras, los personajes de los dramas líricos, los Loohengrin, los Tannhäuser, los Radamés, los Fausto... Se escucha la música y no se canta. Abajo no hay música, pero el emigrante canta. Tal vez éstos llevan más esperanzas que preocupaciones.



Estos nuevos buques, que aumentan la marina mercante española, cuando sean más conocidos serán indudablemente los preferidos. Pero es que, respecto de ellos, lo mismo que por lo que se refiere a casi todas las cosas españolas, se han divulgado los mayores absurdos, y se tienen infundados prejuicios, sin perjuicio de pasar en silencio sus grandes ventajas.

Cansado estaba yo de oír que en los buques de la Trasatlántica se obligaba al pasaje a asistir a los actos del culto católico. No comprendo tal absurdo, sobre todo, después de haber visto que sólo en domingo se dice misa en la toldilla para los que quieren asistir, y los demás días en la capilla. ¡Y a mí se me había hablado de grandes rosarios después de la comida, con asistencia forzosa! En vez de tales rosarios inquisitoriales, yo no he visto más que *two steap* a toda orquesta.

Lo cierto, ciertísimo, es la austeridad genuinamente española, en la conducta que se observa y se hace observar a bordo, austeridad que se hace perfectamente compatible con la diversión honesta y efusiva.

Abrase cualquier libro de los que se escriben sobre la vida en los trasatlánticos, y se verá, a poco que se lea, que inmediatamente se describe una escena de las que por rubor se suele llamar de aventura galante.

Hay novelas que, como la de Zamacois, *Europa se va...*, absorben todo el asunto en una aventura de camarote.

En el *Victoria* puede observarse el gran número de mujeres que viajan solas, muchas de ellas recomendadas por sus mismas familias al comandante del buque. He leído varias cartas de emigrados que llaman a sus mujeres, y en todas ellas se les recomienda que tomen pasaje en los buques españoles, mencionando especialmente los de la Trasatlántica.

El ambiente español, las ideas y los sentimientos españoles, no pueden dar otra cosa. Cuando Wax Weiler, estudia la singenesia en los grupos de emigrados, nota la fuerte afinidad del grupo español, debida a que el español quiere la austeridad de costumbres.



Todos somos emigrantes: el alicantino que abandona sus tierras secas y busca trabajo en América, el periodista que va a abismarse en un ambiente nuevo, el artista que lleva el teatro patrio a otros países, el industrial que va a realizar un intercambio de valores culturales. Todos emigran; definitivos o temporales, emigrantes son todos, porque buscan una elevación de su vida en país ajeno. Unos constituyen la emigración calificada, la que comprende a los que tienen una formación profesional, a diferencia de los que simplemente pueden ofrecerse como fuerzas de trabajo, como braceros. Cuando esta emigración se inicia y completa a la que produce la pobreza o el exceso de población, no hay que interpretarla como una dispersión, sino como una corriente social representativa de todos los elementos de un país, que con los del país de inmigración se enlazan. Los pueblos cultos dan un buen contingente de emigración calificado; los atrasados no envían más que pobres rurales.

En el *Victoria* viajan artistas como María Guerrero y Fernando Mendoza, y periodistas como Gómez Carrillo; en otros buques, que harán pronto la travesía, vendrán autores, músicos, profesores; en viajes anteriores vinieron muchos artistas. La emigración española calificada a la América del Sur, aumenta de día en día con el carácter de emigración temporal. El efecto maravilloso de esta corriente será el establecer una gran comunidad cultural hispano-americana, sobre la base de un conjunto de comunidades políticas independientes; políticamente, seremos distintos; por cultura y por sentimiento, una misma cosa.

Abajo, en las cubiertas de proa y de popa, se agrupan los emigrantes, como tales considerados por la estadística. Suman 439; de ellos son varones 221, mujeres 139 y niños 79. No se trata de una emigración temporal, sino definitiva; el gran número de mujeres y niños, que casi llega a representar el 50 por 100 de la cifra total de la emigración en este caso, ofrece la imagen sensible de la emigración de grupos familiares.



He interrogado a muchos emigrantes, y los varones me han dicho que van a la Argentina con la intención de llamar más tarde a su familia; la mayor parte de las mujeres van ya llamadas por sus maridos.

La esperanza es la compañera de los emigrantes. No todos van llamados por la familia o gente conocida; los que van a probar fortuna constituyen un buen número. Otros prefieren todas las contingencias del azar, antes de seguir agonizando en su tierra natal. A mis preguntas contestaba así una mujer de Rafols, pequeño pueblo de la provincia de Alicante:

«Vamos a Mendoza, en donde mi marido trabaja unas tierras. En el pueblo ya no podíamos vivir, y, antes de que las cosas se pongan peor, nos vamos. Mejor que en el pueblo siempre estaremos, y si no, volveremos a pasar el *toll*.»

El *toll* es el nombre que dan los valencianos a la masa de agua profunda. Al decir esto, la mujer que me hablaba miraba al mar y sonreía, mientras en derredor suyo saltaban cinco chiquillos, engullendo pedazos de pan y derribándose.

Sobre las sillas de lona, que a bordo llaman plegantes, solían dormir los de la emigración. Un reflector eléctrico proyectaba su luz sobre aquel campamento de expatriados, llenos de tristes recuerdos y de confortantes esperanzas. Cubiertos con mantas resistían toda la noche sobre la cubierta. Los maridos solían tener abrazados a sus hijos, dejando descansar a la mujer en una silla a su lado. Ese era el material humano que iba a desparramarse por las tierras americanas, el que había de nutrir la nacionalidad argentina. Aquellos niños que se llevaban de España, tal vez recordarían durante algún tiempo algo de la tierra natal, la plaza y el campanario del pueblo; después... serán argentinos de corazón, y amarán la tierra que les acogió en su éxodo a través de los mares. La contemplación de aquellos grupos de emigrantes, de los niños desgarrados de su patria y separados de la generación del Renacimiento español, tan promisorio en esperanzas, sacudió mi corazón con los latidos de bárbaras rebeldías. Veía los goterones de sangre



manando del cuerpo de la patria, reproducirse en la vida la leyenda del pelícano, que desgarró sus entrañas para dar vida a sus hijos; el solar que se despuebla y la raza que se perpetúa en el mundo nuevo. Hacían bien en emigrar. Los gérmenes que se entierran bajo la pedriza y el hielo, renacerán y se eruirán en boyantes tallos, cuando sus raíces se hundan en el lecho de las tierras vírgenes.

El imperialismo europeo se dirige a la Tripolitania para poder fundar colonias de establecimiento en ella; en Marruecos tiene el mismo objeto. Italia y España, abstracción hecha de la significación política y militar de las zonas del Norte de Africa recientemente ocupadas, piensan hacer derivar la corriente emigratoria hacia territorios propios, labor larga, costosa, difícil, pero necesaria. Es la misma preocupación que embarga a Alemania cuando se bate en el Oeste africano y estudia la colonización del Rilimancharo, la cadena de nevadas montañas que en Africa ha de ser el asiento de una nueva Alemania. No es el colonismo capitalista, sediento de elevadas ganancias que rememoren los tiempos heroicos del colonismo holandés en Asia, lo que guía la pasión imperialista de Europa, sino el afán de defender la población de la absorción emigratoria, ofreciéndole tierras nuevas.

Por uno y por otro camino, la humanidad avanza, y siempre por sendero de espinas.

Al pensar en las calladas esperanzas, en las íntimas ilusiones de todos los seres que conducía la nave de acero, señora del mar en aquel momento, acudía a la memoria la estrofa de Boito cuando en la cárcel descende un rayo de esperanza sobre la cabeza de Fausto y Margarita; la estrofa que invoca a la isla azul que, lejana sobre las ondas de un vasto Océano, aparece como puerto de los íntimos reposos, entre algas, flores y palmas, cubierta por un arco iris.

Europa envía a América sus cargamentos de hombres, los productos de su industria, el ahorro de su trabajo; América devuelve las rentas de las masas ingentes de capitales empleados



en su suelo; los frutos de sus ubérrimas tierras. Sobre esta doble corriente de materia y de fuerza cruzan las corrientes espirituales entre los dos continentes. El Atlántico parecía desierto, pero los chispazos del oscilador de Herz, al lanzar las ondas eléctricas que nos ponían en comunicación con todo el mundo, nos recordaban que la vida cruzaba potente sobre el mar de uno a otro continente. El telégrafo sin hilos nos iba dando a cada momento los nombres de barcos que se encontraban en nuestra misma ruta, de trasatlánticos que ponían en contacto los puertos de Europa con los de América, y ante el espectáculo que se me revelaba en este momento de reflexión, de dos mundos unidos por la apretada trama que tejían millares de naves llenas de vida y de riquezas, comprendí más que nunca la absurda concepción del monroísmo yanqui, que pretende aislar la América de la corriente europea en provecho de la América del Norte. La Argentina, franqueando sus puertas a todos los emigrantes, demostraba que América era para la humanidad.

\* \* \*

La monotonía del mar es propicia para la reflexión. Por poca vida interior que se posea, no deja de componerse un monólogo que comenta más las cosas futuras y sospechadas que los recuerdos de las cosas que se han dejado. La motilidad espiritual parece seguir y orientarse en el mismo rumbo que el barco que nos lleva. Afuera del pensamiento quedan las banalidades de la vida de comunidad forzada de a bordo, y sólo priva un pensamiento: el mundo nuevo que vamos a conocer, ¿será como le hemos pensado y como nos le han descrito? ¿Se confirmarán o se modificarán nuestras ideas en él?

Cuando escribo estas líneas oscila mi pensamiento entre todas las imágenes de la América escrita, vista a través de la literatura. En la literatura acumulada hay unas páginas que me han sugerido una constante preocupación: aquellas que presentan lo que podrían llamarse americanismos como antite-



sis de los europeísmos. Escribe Bourget, en *Outre-Mer*, de la lentitud europea y de la acción americana; Ferrero, en *Fra i due mondi*, del arte urbano americano, antítesis del clasicismo europeo; de senilidad y decrepitud europea y de energía; brutalidad, como Bourget, propia de las sociedades americanas. Y yo pienso: Los valores que se producen en uno y otro continente, ¿son cosas antitéticas, simplemente distintas, o complementos necesarios dentro de la gran cooperación mundial? ¿Puede concebirse como natural la producción de valores progresivos dentro de la vida internacional comunicativa, que en estridentes antítesis sean negaciones recíprocas y destructoras?

Sospecho que las antítesis de que nos hablan algunos escritores son creaciones imaginativas, juicios más aparentes que reales. El europeo que habla y juzga las cosas americanas lleva como módulo y término de comparación, el concepto europeo, la imagen de sus valores; el americano ha creado los suyos, y conforme a ellos pondera las cosas de Europa. ¿No será necesario adoptar otro criterio libre de estas aberraciones subjetivas?

Yo declaro estos juicios míos antes de pisar la tierra americana y de sentir el influjo de la nueva sociedad.

\*  
\* \*

¡Tierra!

Como una pincelada rojiza aparecía la costa brasileña por Occidente. Una tenue bruma esfumaba la raya del mar, extendiéndose en suave veladura por todos los rumbos de la rosa de los vientos. La sábana marina se movía en blandas ondulaciones, sin rizos de espuma, como si el seno dilatado de la tierra se transfigurase en la superficie de las aguas en un momento de dormir tranquilo. Las aguas tenían otro color, hasta entonces no visto: era el tono malva de esos estanques en cuyo lecho se aprieta el boscaje de las plantas acuáticas de perenne verdor.



¡Tierra!

Al anochecer esperábamos llegar a Montevideo. Habíamos salido de Barcelona el día 3 de Mayo, y después de una escala de tres horas en Málaga, de un día en Cádiz y de tres horas en Tenerife, veíamos la costa americana al amanecer del día 20. Ya estábamos llegando al puerto de destino, a Buenos Aires; al día siguiente, a medio día, entraríamos en la gran capital. Todos mirábamos la línea de flotación del barco para calcular la velocidad que desarrollaba. Su vientre de acero parecía rozar calmosamente las aguas; se detenía... En un momento la tenue bruma se hizo densa; desapareció el sol, desapareció el mar, cubierto por un espesor blanco, y el *Victoria* navegó en el centro de una nube, como un buque fantasma. Las capas de la bruma se conmovieron con el estertor monstruoso de la sirena, y nuestro buque echó las anclas. No sabíamos cuándo reanudaríamos la marcha.

—Los ingleses siguen navegando a pesar de las brumas; pero suelen pagar caro su atrevimiento. Con la mayor facilidad se embiste un faro de la costa—decía el comandante.

Y esperamos hora tras hora. El ansia por restituirse a la madre tierra es indefinible después de una navegación larga como la que habíamos llevado. Sentirla cerca y no poderla pisar, constituía el suplicio, para nosotros, del deseo excitado por la contemplación de la cosa ansiada y no lograda.

Fue en un momento, en un momento tan sólo, cuando desapareció la bruma como cortina de papel que consume una llamarada. Se veía limpio el mar, limpio el cielo, clara la costa; rumores de alegría saludaron aquella rápida resurrección de la luz que se teñía con las palideces de un crepúsculo otoñal. Las hélices batieron las aguas y levantaron una doble ola amarillenta que dejaba un festón de espumas en la estela. Allí el mar mezclaba sus aguas con el tributo del Plata.

En el horizonte parpadearon unos puntos luminosos; aparecieron más, se extendían, se amontonaban; se destacaban entre ellos puntos verdes y rojos, que parecían atraer al barco



como imanes. Sorteado el laberinto de luces, fondeó el *Victoria*.

A la mañana siguiente saltamos a tierra. Oía hablar español, veía caras españolas, casas españolas se extendían formando la ciudad. ¿Estábamos en país extranjero y separados de la patria por distancias inmensas? Parecía que el *Victoria* había equivocado la ruta y había vuelto a las costas andaluzas.

Manos de hermanos estrecharon las nuestras. Durante las tres horas de la mañana que permanecemos en Montevideo, el nombre de España saltaba de boca en boca, como la grata monorritmia de las salmodias de adoración y de alabanza.

Nuestro buque enfiló la embocadura del Plata. Las aguas del río acentuaron su color rojo, enturbiadas por el barro de los grandes arrastres. Se navega por el río sin ver la costa. Es un mar dulce agitado por el correr de las aguas poco profundas. Cuando cayó la noche, no nos separábamos del castillo de proa; clavada la mirada en el horizonte, pugnábamos por descubrir las primeras luces del puerto de Buenos Aires. Un vaho de aguas fluviales saturaba el ambiente, haciéndonos recordar con nostalgia las puras brisas del Atlántico. Comenzó a brillar el firmamento. Ya no veía las constelaciones del hemisferio boreal, que quedaron poco a poco hundidas en el horizonte nocturno, como tragadas por el mar. Desaparecieron primero las ruedas del Carro; después la quebrada lanza se anegaba como un brazo luminoso de nuestro mundo, que parecía darnos el último adiós... Rutilaba la Corona boreal sobre nuestras cabezas, y muy arriba, magnífica, esplendorosa, radiante, fulgurando en el cenit de las tierras australes, brillaba la Cruz del Sur. Como fluido de oración brotaba el aliento de los labios.

El buque marchaba despacio, a lo largo del Canal, marcado por boyas luminosas. Por fin se dibujaron a lo lejos unos estratos de claror que anunciaban la proximidad de la gran urbe. Una larga horizontal formada de puntos brillantes se extendía en rigidez geométrica, cortando en dos mitades el telón negro de la noche. Sobre los estratos luminosos se formó un halo de



olara nebulosa. Parecía que embocábamos la entrada de una gruta gigantesca que goteaba la luz por todas partes. Habíamos llegado. Semejaba que amanecía dentro de la noche.

VICENTE GAY,

Profesor en la Universidad de Valladolid.



# REVISTA DE REVISTAS

---

SUMARIO.—COSTUMBRES: El goce de la desnudez.—ANECDÓTICA: Mistificaciones célebres.—CRÍTICA: Con motivo del Diccionario-Standard de la lengua inglesa.—GRAFOLÓGIA: Retratos grafológicos.—PEDAGOGÍA: La enseñanza de la música.—IMPRESIONES Y NOTAS: El emperador del Brasil y Víctor Hugo.—El decálogo japonés.—La leche y la tuberculosis.—Electrocutar.—Mambrú se fué a la guerra.

## COSTUMBRES

EL GOCE DE LA DESNUDEZ.—Margarita Le Fur escribe en el *Mercure de France*: «La dicha de estar desnudo.» En la antigua Grecia, bajo el hermoso cielo mediterráneo, la gente se contentaba con vestidos ligeros, y la vista del desnudo no ofuscaba a nadie.

En Esparta, muchachos y muchachas, libres de toda vestimenta, se entregaban juntos a los juegos al aire libre, a los ejercicios de gimnasia (gymnos, desnudo), sin que las buenas costumbres sufrieran nada por ello: *naturalia non sunt turpia*. En nuestros días la educación ha identificado los términos de inmoralidad y desnudez. La culpa es de la Edad Media, que vió desarrollarse y arraigarse el prejuicio de que todo lo desnudo es feo, chocante y subversivo. En la época de San Agustín se estaba todavía muy distante de tal concepto; pero la influencia de los talmudistas de Alejandría no tardó en prevalecer, y la Iglesia vió en toda desnudez un objeto de tentación



y una causa de perdición. El desprecio de la higiene más elemental y el abandono de las formas antiguas, fueron consecuencia directa de estas ideas. El Renacimiento pensó de otro modo: queriendo hacer revivir el espíritu de la antigüedad clásica, se cuidó de la salud y de la belleza del cuerpo, y abrió en no pocas ciudades piscinas públicas, donde hombres y mujeres se bañaban juntos, sin traje y sin vergüenza; aquella reacción, sin embargo, duró poco; el horror al desnudo volvió a imperar en el siglo xvii, y en vísperas de la Revolución francesa, las mujeres del gran mundo que tenían en París un baño en su tocador eran una ínfima minoría, y estaban poco bien dotadas; bañarse y cuidar su cuerpo, es hacer mal uso de él; el signo menos disputable de la virtud de la mujer era cierto olor con cierta suciedad.

En nuestros días, el prejuicio contra lo desnudo tiende a desaparecer, y la reacción contra la suciedad es completa. Los cuidados de tocador, cada vez más completos, tienden, en general, a desvirtuar el añejo sentimiento de pudor físico. En la Península de Kullen, a la entrada del Kategatt, en Suecia, pueden verse durante los días claros de verano alegres grupos de jóvenes de ambos sexos jugueteando completamente desnudos en las aguas suavemente agitadas de los laguitos rocosos, sin que ningún pensamiento reprehensible (Margarita Le Fur lo asegura) turbe la pureza de aquel cuadro maravilloso. La evolución actual a favor del desnudo se traduce en Alemania por ciertas tentativas que sorprenden tanto por su atrevimiento como por la especie de publicidad que las acompaña. Antes, en las playas del mar del Norte y del Báltico, los sexos estaban rigurosamente separados para el baño; desde hace unos años los baños mixtos son la regla general. En los alrededores de Berlín, el lago de Wannsee, que posee ancha playa de arena fina, se ha convertido en el *freibad*, el baño popular y libre; los domingos de verano, el espectáculo es verdaderamente único: en las aguas azules del lago miles de personas bañándose, y en la larga playa amarillenta un hormiguelo enorme de



cuerpos desnudos, en el que dan la nota alegre las mallas multicolores de las mujeres.

Los aislados son la excepción. Por todas partes se ven grupos entregados a toda clase de juegos. Los jóvenes de ambos sexos se divierten en hacerse rodar desde lo alto de las pendientes arenosas en que viene a concluir el Grunewald, el sombrío bosque de pinos. Ni un gesto, ni una actitud equívocas se notan en aquella multitud. Lejos de sentir estímulo por el espectáculo, la sensualidad se disipa o, por lo menos, pierde su aguijón inoportuno: la mirada se purifica en cierto modo, y se deja embriagar uno suavemente de colores, de formas y de luz; esos baños en que los hombres se muestran en calzoncillo triangular y las mujeres enguantadas en sus mallas, parecen ser la última etapa hacia el desnudo, puro y simple.

Ya una pequeña vanguardia, ebria de sport, lucha valientemente en Berlín por el «derecho de ir desnudo»; esta falange crece diariamente, y no está compuesta, como pudiera creerse, de utopistas o individuos de imaginación depravada. Los *amigos de la luz*, como se titulan, han formado varias agrupaciones de gentes reflexivas y libres de todas las clases sociales; el más interesante es ciertamente el Freye-Bund: recluta sus miembros con precaución, después de informarse minuciosamente de sus antecedentes morales y de los verdaderos motivos que les han hecho solicitar su admisión. La *Freye* posee en los arrabales de Berlín un parque rodeado de tapias altas, especie de terreno de sport, con calles de árboles y agua corriente; los socios de ambos sexos—y el bello sexo está allí ventajosamente representado—van allí juntos varias veces por semana, cuando la temperatura es bastante clemente, a entregarse a los juegos de aire libre en el más simple aparato. Deceosa de informes detallados, Margarita Le Fur se presentó al presidente del Freye-Bund, el Dr. Kuster, médico de edad venerable. «Mientras exponía el objeto de mi visita—dice,—tuve que sufrir una mirada de una penetración singular, casi temible; sentía yo que aquellos ojos claros sabían leer en las almas



y discernir en ellas la curiosidad malsana, a despecho de la habilidad que frecuentemente emplea en disimularse. La seguridad que me daba la fuerza de mis intenciones me permitió salir victoriosa de aquella pequeña prueba.» El Dr. Knster estuvo expansivo: vivimos—dijo—en tiempos difíciles; por todas partes se oye reclamar más aire, más luz, más verdad y más libertad, por lo que hace especialmente al derecho de ir desnudo; donde más se le combate precisamente es en los medios más cultos. Se pretende que el desnudo constituye una provocación irresistible a pensamientos malsanos. Los baños mixtos han acabado con ese error, y estamos persuadidos de que no está lejos el día en que todos reconocerán que el desnudo al aire libre, lejos de corromper el espíritu, tiende a elevarlo y a moralizarlo. Es verdad que la multitud no está todavía suficientemente preparada, y los socios del Freye-Bund son objeto de toda clase de burlas; pero nuestra propaganda—añade el doctor—no ha sufrido nada por esos ataques. Preguntado el doctor por la actitud de la policía, contestó que las autoridades no sabían muchas veces qué hacer: reconociendo por una parte la legitimidad y el carácter inofensivo de las tendencias del Freye-Bund, se escandalizan por otra del ruido que la voz popular arma con motivo de sus reuniones. ¿Quién puede ofenderse de que algunas personas encuentren gusto y hasta utilidad en practicar juntos, en provecho de su salud, juegos al aire libre en una propiedad completamente cerrada? No hay escándalo ni daño para nadie, ni hay razón para que se dicten medidas contra los socios.

El Dr. Kuster habló en seguida de los buenos efectos de una cura de sol: los rayos solares aumentan el número de los glóbulos de la sangre, atraen ésta hacia la periferia, y así descongestionan nuestros órganos y activan las funciones de la piel; el sol obra sobre el cuerpo entero lo mismo y mejor que los sinapismos, y los baños de aire y sol realizan curas maravillosas de la anemia y de la neurastenia.

¿Por qué tienen las gentes tanto miedo de desnudarse, si no



es en una habitación cerrada, privándose así de los beneficios del aire y de la luz? Por temor a los enfriamientos y por pudor, dos razones puramente imaginarias, según el Dr. Kuster. El público atribuye varias fiebres, acompañadas de escalofríos, a enfriamientos, cuando la enfermedad, consecuencia de una infección bacilar, está latente, en realidad, semanas antes de que se manifieste la fiebre y la sensación de frío; este temor al enfriamiento nos induce a cubrirnos con vestidos cada vez más espesos, y, por consiguiente, a aislar nuestra epidermis de todo contacto con la atmósfera; como así nos hacemos más delicados, nuestro poder de reacción contra diversas afecciones se encuentra disminuído; se trata de evitar la enfermedad y se corre a ella. Puesto que venimos al mundo sin vestidos, es de creer que la Naturaleza nos ha creado para ir desnudos, pues no nos ha dado plumas ni toisones; nuestra desnudez tiene, evidentemente, su objeto, que es aumentar nuestra resistencia, acomodándonos a todos los cambios de temperatura; nuestra epidermis posee un maravilloso aparato regulador, gracias al cual podemos desafiar todos los cambios atmosféricos; nunca es tan activa la circulación como durante los grandes fríos; cuando un hombre está a punto de helarse, se le vuelve a la vida frotándole con nieve, y el mejor medio de tener los pies calientes es correr con los pies desnudos sobre el rocío de la mañana o sobre la nieve.

En cuanto al pudor, es una tradición y un prejuicio. Los niños que van desnudos lo hacen con toda inocencia; pero oyen decir que eso es indecente, y se cubren. Al principio, no saben por qué; luego, insensiblemente, con reticencias o explicaciones poco aceptables, les hacen adquirir una conciencia vaga del misterio sexual; el resultado de esa deplorable educación es que la juventud confunde la desnudez con la pornografía.

El doctor afirmó, por último, el carácter esencialmente moral de las reuniones del Freye-Bund. Los extraños a la sociedad no comprenden que un hombre completamente desnudo pueda corretear por un parque con una mujer completamente



desnuda, sin que pase nada pecaminoso entre ellos. El doctor asegura que cuantos se han hecho de la sociedad se asombran de la rapidez con que se acostumbran a la desnudez propia y a la ajena, quedando encantados del buen tono y de la cordialidad que reina entre unos y otros. El semidesnudo de las calles, de los teatros y de los salones es el que provoca los sentidos; pero, haciendo una cura de desnudo, los nervios se distienden como por encanto, y se conserva de las visitas al parque de los Freye-Bund un recuerdo radiante, formado por una alegría sencilla y un profundo sentimiento de liberación física y moral.

Persuadida por tantos argumentos, Margarita de Fur se decidió a hacer la prueba, y, admitida en el Freye-Bund, salió un hermoso día de Junio para el parque de sports de Lankwitz; media hora de tren, unas landas y un bosque de pinos, y se encontró en el albergue que da ingreso al *baño de aire* de la sociedad. A la entrada, había varias casetas en fila; la joven que acompañaba a Margarita la abrió una, y ella se metió en la de al lado; minutos después, Margarita oyó ya a su compañera hablar fuera con las personas que las habían precedido. Lentamente fué Margarita quitándose la ropa, lamentando el haberse arriesgado en aquel sitio; al despojarse de sus últimos velos, se acercó al espejo y se puso a contemplarse: «Ciertamente—dice—mi cuerpo poseía líneas armoniosas, era flexible y esbelto. ¡Cuán molesto me iba a ser el entregarlo a todas esas miradas extrañas!» Por fortuna, se acordó de un refrán oído en su casa: «No hay vergüenza en estar desnuda cuando se es bella.» Por otra parte, al despojarse de sus vestidos, ¿no había abandonado ya sus ideas sobre la decencia? Llamaron a la puerta y Margarita salió tímidamente, y se encontró en presencia de algunas de las señoras y señoritas a quienes había sido presentada en Berlín en el club de la sociedad. Juntas todas, se dirigieron hacia el sitio en que varios señores conocidos se entregaban a ejercicios de gimnasia. Ella temía que, por lo menos, la detallarían con curiosidad. Nada de eso. La mirada de aquellos hombres era casta, libre de toda sensualidad.



dad. Tranquila e inaccesible ya a todo pensamiento malsano, Margarita, alegre y libre como la luz en que estaba bañada, se puso a pasear y a correr sobre la pradera soleada y los senderos sombríos, gozando un placer intenso, sencillo y puro, descubriendo tesoros de simpatía y de bondad, nunca sospechados, y riéndose de esas palabras convencionales de vergüenza y de pudor, mientras admiraba la gracia de las esbeltas muchachas que en un corrillo de césped manejaban sabiamente la raqueta o tomaban parte con una alegre banda de jóvenes en una partida de croquet. Ni un momento tomó la conversación giros escabrosos; los sexos se ignoraban. Cuando el sol se puso y el fresco recordó a todos su desnudez, cada cual se metió en su caseta y se vistió con sentimiento. Margarita confiesa que ha repetido aquél ensayo con frecuencia, y que cada vez sale de él más regenerada, disfrutando alegrías perfectamente inocentes y reconociendo que la verdad es casta por esencia, que la admiración de la belleza puede estar desprovista de erotismo, y creyendo así haber reconquistado algo de la antigua y dichosa sencillez de las mujeres del primitivo mundo helénico.

### ANECDÓTICA

MISTIFICACIONES CÉLEBRES.—El célebre egiptólogo Champolion recibió del comandante Williers, que viajaba por el alto Egipto, el calco de una magnífica inscripción que suponía contemporánea, por lo menos, de Ramsés el Grande. Champolion, encantado, la entregó a su secretario para que la clasificara, después de dibujar una copia fiel que sirviera para la traducción. Al cabo de algún tiempo, le preguntó cómo iba aquel trabajo, y el secretario, que no había vuelto a acordarse de ello, le dijo que estaba casi terminado; lo buscó para hacer la copia, pero no consiguió dar con él. Sin pararse en barras, cogió una hoja de papel, y se puso a garrapatear al azar todos los jeroglíficos que se le ocurrieron, llevando el fantástico pa-



pel a su maestro. Champollion se encerró en seguida en su gabinete, y estuvo en él cuarenta y ocho horas sin comer ni beber, y salió, al fin, extenuado, pero radiante. «¡Eureka!—exclamó,—esto no tiene precio; con esto se completan los fragmentos de Manethon y se lanza una nueva luz sobre los últimos tiempos de la décimooctava dinastía y sobre el reinado de Ramsés Meiamun; se hablará de ella seguramente en las *Transactions* y en el *Atheneum*.» Se habló, en efecto, y la interpretación de Champollion fue un exitazo, preguntándose aturdido el secretario si habría hecho prosa egipcia sin saberlo.

El bibliotecario de Besançon. Carlos Weiss (1779-1866) recibió un día una Memoria relativa al brocal de un pozo, en el que había grabadas varias letras medio borradas por el tiempo. Weiss se puso a descifrar la inscripción, llegando al resultado siguiente: «La piedra de que se trata, encontrada en uno de los numerosos pozos de los romanos, tiene una inscripción que puede leerse así:

RES.....	publica.
ER.....	igere.
Vo.....	luntate.
IR.....	rigandum.

Dos días después, Carlos Weiss recibía la cartita siguiente: «El adjunto del Ayuntamiento J. B. Tournesy pretende que ha explicado usted mal la piedra, pues lo que hay escrito en ella es: *Reservoir*.»

La desgracia del sabio matemático Miguel Chasles (1793-1880), engañado por el falsario Vrain-Lucas, es de las más curiosas que se han visto. Cartas de Arquímedes a Geronte, de Alcibiades a Pericles, de Alejandro el Grande a Aristóteles, de Cleopatra a Julio César, de la Magdalena a Lázaro, de Carlomagno a Alcuino, un salvoconducto de Vercingétorix, etc., no se encuentran todos los días. Pues 27.345 documentos de esta clase, atribuidos a 660 personajes, Anacreonte, Atila,



Augusto, Belisario, Clodoveo, Santa Genoveva, Esquilo, Fredegunda, Hipócrates, Hugo Capeto, San Juan, Judas Iscariote, Mahoma, Meroveo, Juvenal, Nerón, Ovidio, San Pablo, San Pedro, Platón, Plutarco, Poncio Pilatos, Safo, Séneca, Sócrates, etc., son para volver el juicio al más indiferente coleccionista de autógrafos. Y Miguel Chasles se las tragaba todas, compartiendo su error sabios tan ilustres e historiadores tan concienzudos como Saye, Elías de Beaumont, Balard, Thiers, etc. Ocho años duró la mistificación, y Lucas llegó a sacar a Chasles por sus falsos autógrafos 140.000 francos; era una mina. Todas las cartas están escritas en francés; los caracteres de la escritura están imitados groseramente de escrituras antiguas. Para fabricar las cartas de Carlomagno y de sus contemporáneos el falsario escribía en los caracteres alargados propios de aquella época, y el depósito de documentos de que se servía Vrain Lucas estaba en la Abadía de Tours, enriquecida por Alcuino; Rabelais había sacado copias y hecho multitud de traducciones de los documentos reunidos por Alcuino, y de él pasaron a los Du Bellay y más tarde a la colección del intendente Foucault, adquirida últimamente por la familia de Bois Jourdain. Como se ve, la trama estaba bien preparada, y Vrain Lucas tiene derecho a la celebridad por el tesoro de habilidad que hubo de derrochar en sus falsificaciones. Se proporcionaba papel de fabricación antigua, y ennegreciéndolo con el humo de la lámpara, enrojeciéndolo al fuego o empapándolo en agua salada después de escribir en él, le daba la apariencia que debía tener, modificando también el color de la tinta por varios procedimientos.

El texto de aquellos documentos era también curioso. He aquí dos de aquellas misivas:

«*Cleopatra, reyna, a su mucho amado Julio César, emperador.*—Mi amadísimo: Nuestro hijo Cesarion va bien. Espero que pronto se hallará en estado de soportar el viaje de aquí a Marsella, donde tengo propósito de hacerle instruir, tanto a causa del buen aire que allí se respira, como de las bellas cosas que



allí se enseñan. Os ruego, pues, me digáis cuánto tiempo permaneceréis todavía en esas comarcas, pues yo misma quiero conducir a vuestro hijo y suplicaros por tal ocasión. Esto es deciros, amadísimo mío, el contento que siento cuando me hallo cerca de vos. Y entretanto, pido a los dioses que os tengan en consideración.—El XI Marzo, año de Roma VCCIX.—  
CLEOPATRA.»

«*María Magdalena a su muy amado Lázaro.*—Mi amadísimo hermano: Lo que mandas a decir de Pedro, el apóstol de nuestro dulce Jesús, me hace esperar que pronto le veremos aquí, y me dispongo a recibirle bien. Nuestra hermana Marta se alegra también. Su salud es muy vacilante, y temo su muerte; por eso la recomiendo a tus buenas oraciones. Las buenas muchachas que han venido a ponerse bajo nuestra égida son admirables para nosotros. Esto es decirte, mi amadísimo hermano, que nuestra estancia en estas comarcas de la Galia nos es muy agradable, que no tenemos ganas de dejarla, como algunos de nuestros amigos nos lo proponen. ¿No te parece que aquellos galos que se decían naciones bárbaras no lo son, ni mucho menos, y que, a juzgar por lo que ya sabemos de ellos, debe ser de allí de donde ha debido salir la luz de las ciencias? No diré nada más, sino que tengo gran deseo de verte, y rogamus a Nuestro Señor que te tenga en gracia.—Este X Junio XLVI.—MAGDALENA.»

Claro es, que los anacronismos y los tropezones de todas clases abundaban en estas epístolas. Así, Newton tenía sólo once años cuando se suponía que Pascal le escribía, hablándole de las leyes de la atracción y del equilibrio. Una cuestión de patriotismo es la que abrió los ojos a Chasles, derribando todo el andamiaje de Vrain-Lucas. Este tenía todavía, en 1869, tres mil documentos que entregar, y como tenía que fabricarlos, se retrasaba en la entrega. Chasles tuvo un miedo horrible de que aquellos preciosos documentos pasaran al extranjero, e hizo vigilar a Lucas por la policía, y entonces se descubrió que no había tal tesoro ni tal colección Bois-Jourdain, y



que hasta aquel mismo conde era un cuento. El falsario fue preso, y no tardó en confesar sus fraudes, siendo condenado a dos años de cárcel y 500 francos de multa. En cuanto al gran geómetra Miguel Chasles, es hoy más conocido por esta épica mistificación que por todos sus cálculos.

### CRITICA

CON MOTIVO DEL DICCIONARIO STANDARD DE LA LENGUA INGLESA.—Un asiduo y entusiasta lector de LA ESPAÑA MODERNA nos remite *El Mercurio de Antofagasta* (Chile), llamándonos la atención sobre un artículo de Mont-Calm, acerca de *El último Diccionario de la Lengua inglesa*.

Mont-Calm está entusiasmado con la riqueza del vocabulario inglés, revelada por ese *Diccionario*, en el que se catalogan 450.000 palabras, después de eliminar otras 250.000 de carácter técnico o dudoso. Como, a juzgar por los mejores diccionarios conocidos, el alemán tiene 150.000 palabras, el francés 210.000, el ruso 140.000, el italiano 140.000 y el español 120.000; resulta demostrado, según Mont-Calm, que el inglés es el idioma más rico, y el castellano el más pobre de los idiomas cultos.

No se fie demasiado Mont-Calm de esas estadísticas sabias. ¿Cuántos idiomas y dialectos hay en el mundo? Las enciclopedias dan 3.424, de los que corresponden 1.624 a América, 937 al Asia, 587 a Europa, y 276 al Africa. Estos son cálculos caprichosos y nada más: ni América (díganlo las recientes exploraciones y descubrimientos de Roosevelt), ni Asia (véanse los trabajos y exploraciones del duque de los Abruzos), ni menos Africa, son suficientemente conocidas para poderse asegurar nada positivo sobre cosa tan sujeta a rectificaciones como el número de lenguas que en ellas se hablan. Pero aun en Europa misma, ¿quién dice que se hablan 587 idiomas y dialectos? ¿Qué diferencia por de pronto hay entre el dialecto y el idioma?



Todavía no estamos de acuerdo los que en esas cuestiones podemos tener voto. Yo sostengo que del dialecto al idioma no hay más distancia que la establecida por la preponderancia política; el portugués, como el gallego, era sencillamente un dialecto de la Península ibérica en tiempos de Felipe III, y se convirtió en idioma al hacerse Portugal independiente, adoptando el portugués como lengua nacional; el holandés no pasaría de un dialecto alemán, si Holanda no formara un cuerpo de nación. Pero, aun dentro de este criterio, ¿qué hacemos con el vascuence? ¿Lo podemos considerar como dialecto? No, porque un dialecto supone otros dialectos, y una lengua, madre o hermana más afortunada de los mismos; y ¿cuál es en España ni en Francia la madre del vasco ni la hermana privilegiada? No existe lazo de familia entre el francés o el castellano con el vascuence, y hay que llamar al vasco idioma o lengua, aunque no lo hable oficialmente ninguna nación. Sobre la categoría política que suprime y aumenta lenguas (el portugués, el albanés, el servio, etc.), está la categoría científica, que asigna un valor intrínseco y propio, independiente de toda fluctuación política, al lenguaje (el vasco, el polaco, el lituano). Ya ve Mont-Calm cómo nos atascamos desde el planteamiento mismo del problema, y que no es tan fácil como parece contar por los dedos las lenguas y dialectos hablados en el mundo. Aun sin salir de España, ¿qué dialectos tenemos en la Península? El castellano, elevado a idioma; el gallego, hermano del portugués, y el catalán, hermano del provenzal; pero ¿y los dialectos castellanos, como el cántabro, el leonés, el andaluz, el aragonés, el extremeño y el murciano? ¿Y los dialectos gallegos, como el ferrolano, el vigués y el orensano? ¿Y los dialectos catalanes, como el mallorquín, el menorquín, el tarraconense y el gerundense? ¿Y los dialectos limítrofes, como el astur (cántabro-galaico), y las hablas pirenaico-aragonesas tan bien estudiadas por Costa? De que se tomen o no en cuenta estas variantes, y eso depende del concepto que tenga cada cual, resulta un cómputo enteramente distinto de lenguas y



dialectos peninsulares. Y si esto sucede en país tan conocido como España, ¿qué será en tantas y tantas regiones inexploradas o exploradas por profanos en lingüística, como hay en el mundo?

Pues tan sujeto a errores como ese cómputo es el del número de palabras de cada lengua. Apriorísticamente no hay razón para que el inglés sea más rico que el francés ni que el castellano. El inglés es una lengua híbrida, es la mula de las lenguas cultas; no tiene nada propio: toma del normando, dialecto francés; toma del sajón, dialecto alemán, y completa su léxico con préstamos celtas; lengua de un país que ha tenido la fortuna de contar con grandes estadistas y hábiles diplomáticos, se ha extendido a grandes territorios, y tiene asegurado su porvenir en la América del Norte y en Australia; donde tiene que luchar con civilizaciones hechas y con lenguas de gran historia, como en la India y en Egipto, desaparecerá, más pronto o más tarde, irremisiblemente. No hay razón, repito, para que el inglés sea lengua más rica que el castellano ni el francés. Lo que ocurre es que en Francia y en España padecemos el mal de nuestras Academias, corporaciones que debieran ser centros de estudio, de análisis, crítica y selección de todo vocablo nuevo, aportado por el vulgo o por los sabios, recogido del habla popular o de los libros, depurado y catalogado después de severo examen, y no son sino asilos de gente política, incompetente, indocta, inhábil y sin tiempo que dedicar a la absorbente tarea de la crítica lingüística; de ahí esos diccionarios ñoños, arcaicos, incompletos, pobres, indignos por todos conceptos de una corporación sabia y laboriosa; esos diccionarios matan las iniciativas individuales, y nadie tiene el heroísmo de acometer la magna empresa de elaborar otros con elementos propios, ni aun con la base obligada de los ya existentes; se hacen, sí, pero parafraseando o glosando el de las Academias. En Alemania y en Inglaterra, esas empresas son acometidas con ardor, con beneficio y con gloria, por casas editoriales fuertes o por asociaciones de in-



vestigadores que apuran las cosas, y de ahí esa supuesta mayor riqueza de términos, y esos diccionarios como la *Enciclopedia Británica*, el *Léxicon* de Meyer, o este nuevo diccionario *Standard*, escrito por 380 especialistas, bajo la dirección de Frank, Thomas y Vizitelly.

No; ni el alemán ni el inglés son más ricos que el castellano; las raíces del alemán (véase el Diccionario Schuster-Regnier) son pocas; lo que hay es que el alemán tiene ese gran poder de composición o aglutinación al que nada se resiste, y que le permite dar expresión a todos los matices de una idea con palabras-definiciones, o con voces-retratos que en nuestras lenguas, más analíticas, nos obligan a una perífrasis. El inglés no tiene ni eso; toma de aquí, toma de allá, se lo apropia todo desfigurándolo, en lo hablado o en lo escrito (de *Haus house*, de *tabaco tobacco*), y así arma su léxico. Si nosotros catalogáramos todas las voces con que contamos, rebasaríamos con mucho el vocabulario inglés. Si los escritores españoles imitaran a Navarro Ledesma, no en lo de desenterrar arcaísmos solamente, sino en lo de sacar al castellano todo el jugo que tiene, es seguro que ninguna de las lenguas cultas nos aventajaría en riqueza de palabras expresivas, sugestivas y pintorescas.

Los americanos precisamente pueden hacer mucho en este camino; más libres de prejuicios que nosotros, tienen menos trabas para la formación y adopción de neologismos. Pero es preciso que sientan el castellano para no caer en barbarismos ni en solecismos tan corrientes en los escritores de Ultramar. Es cuestión de gusto que se adquiere poniendo cuidado en los comienzos, pues luego fluye la frase con limpidez sin esos charrinones que tanto afean el habla.

Repasando el artículo de Mont-Calm en este otro aspecto, y prescindiendo de torpezas de puntuación, achacables quizá a la imprenta, nos encontramos con vocablos como *controlar* y *endumentado* que son inadmisibles, no sólo por ser voces bárbaras, sino porque maldita la falta que nos hacen teniendo en



castellano otras que expresan mejor lo que se quiere decir: «Un hombre bien educado puede *controlar* de 30 a 35.000 palabras», dice Mont-Calm. ¿Qué quiere decir con eso? ¿Que puede *emplear* o usar? ¿Que puede *conocer*? ¿Que puede *registrar*? Pues que lo diga como sea. Ese *controlar* no sólo es un barbarismo, sino que no tiene sentido en la frase de que forma parte; el *contrôler* francés, de donde sale ese *controlar*, es *intervenir*, *registrar*, *inspeccionar*, pero no se usa en la acepción que le da Mont-Calm. En cuanto al *endumentado* es un *palabro* que pone los pelos de punta. «Un libro *endumentado* de palabras nobles!» ¡Válganos Dios! ¿No podía decirse *adornado*, *exornado*, *repleto*, *vestido*, *enriquecido*, *engalanado*, *alhajado*, y qué sé yo cuántas cosas más, que dijeran en castellano más o menos rimbombante lo que se quiere decir? ¡Eso sí que es pobreza de vocablos! Pero no tome Mont-Calm por pobreza de la lengua castellana lo que es, más que pobreza, pereza y desidia suya.

Y puestos en vena de crítica, huya Mont-Calm del empleo del *un*, *una* y del pronombre de tercera persona, con la frecuencia completamente galiparlante con que lo usa y que tan arrastrada y chabacana hacen la expresión: «Personalmente nosotros experimentamos *un* agrado ante *una* expresión desconocida, pues *ella* nos pone en el camino de *un* nuevo conocimiento, muchas veces de *una* nueva noción.» Eso no es hablar castellano; eso es mal traducir del francés. Dígase: «Personalmente sentimos agrado ante expresiones desconocidas, pues nos ponen en camino de nuevos conocimientos», y así se ahorra tinta, se economiza papel y se da mayor soltura al pensamiento y a la expresión. ¡Y sobre todo, se habla en castellano aceptable! ¡Y no se enfade por esta leccioncita el Sr. Mont-Calm, ni se imagine que por escribir desde Nueva York a sus lectores de Antofagasta está autorizado para estropear nuestra hermosa y rica lengua castellana! ¡Harto padece la infeliz con los que la estropean por acá!



## GRAFOLOGÍA

RETRATOS GRAFOLÓGICOS.—Uno de los mas distinguidos cultivadores de la grafología en Francia, P. de Rougemont, publica en el *Mercure de France* los retratos grafológicos de Enrique de Régnier, Pedro-Luis, Mauricio Mæterlinck, Pablo Adam, la Sra. Colette Willy y Juan Rictus.

Rougemont dice que para coger bien una personalidad hay que simpatizar con ella; y así como un pintor que siente la figura que pinta, saca de ella un retrato más vivo y más parecido que cuando trabaja en un retrato cuyo original le es desagradable, así el grafólogo necesita simpatizar con la personalidad retratada, es decir, con su letra, para que el retrato le salga bien. No cabe, pues, completa imparcialidad en estos retratos; pero no hay duda que, bien recogidos los datos de todos los rasgos perceptibles, se obtendrá un parecido aceptable.

Las bases científicas de la grafología han sido establecidas por J. Crépieux-Jamin, que ha reemplazado el método demasiado intuitivo de Michon por otro más deductivo y más flexible. La grafología, que en sus comienzos fue una rama del ocultismo, con la quiromancia, la astrología, la cartomancia y la fisiognomía, se ha convertido ya en una especie de ciencia psicofisiológica. Considera la escritura como una serie de gestecitos fijos en el papel, y trata de establecer, por la experiencia y el raciocinio, la relación existente entre esos gestos y los hábitos del cerebro de donde emanan; los movimientos provocados están bajo la estrecha dependencia de los músculos, que a su vez están bajo el dominio del sistema nervioso. Se concibe, pues, que los movimientos gráficos son sincrónicos con las tendencias y temperamento de quien los provoca: un exuberante no gesticula como un tímido; un pensamiento rápido deformará las letras para disminuir el retraso de la escritura en relación con la ideación; un espíritu lento trazará cuidadosamente caracteres aprendidos con rasgos numerosos e



inútiles, que retrasan el movimiento gráfico. Esta serie de observaciones frecuentemente recogidas, metódicamente agrupadas y cuidadosamente analizadas y contrastadas, constituyen la grafología moderna, ciencia psicológica, a la que no puede exigirse el rigor de las matemáticas, pues los mismos gestos pueden tener sentido diferente, según la persona que los haga. La grafología científica no tiene la pretensión de revelar el porvenir ni de descubrir el pasado; no dice «este hombre es un asesino o un ladrón», pero puede consignar que en aquel hombre hay tendencias al robo o al crimen. No profetiza, pero previene, y frecuentemente desenmascara; los que más pueden temerla son los hipócritas.

Los grandes principios en que descansa la grafología, tales como los ha establecido Crépieux Jamin, son los siguientes: «Se busca la significación de un rasgo de escritura, considerándolo como un movimiento fisiológico, y poniéndolo en relación de extensión, de constancia y de energía con el movimiento psicológico correspondiente. No hay signos particulares e independientes. No hay más que signos generales, cuyos modos son diversos. Se precisa el sentido de un modo de los signos generales, relacionándolo con su tronco y adaptando la significación de éste a las condiciones del medio en que el modo se manifiesta. Los signos, como los sentimientos, se modifican unos a otros.»

Con un trabajo delicado de reflexión, de medida y de comparación llega el grafólogo a dar a los signos su traducción exacta, estableciendo constantemente, al relatar su estudio del carácter, una serie de referencias, de las que saca lo que llama resultantes. Por ejemplo: encuentra líneas serpentinadas en una escritura, y por otra parte ve signos de inteligencia activa, y de ahí deduce como resultado la flexibilidad de espíritu, el trabajo intenso del cerebro; pero observa esas mismas líneas en un grafismo que denota inteligencia inferior, y obtiene como resultante la mentira. Estas resultantes son las que dan los matices del carácter y las que permiten al grafólogo sim-



patizar con el autor de una carta y sorprender las tendencias más íntimas de su individualidad. La ciencia de las resultantes se adquiere por el ejercicio metódico, la reflexión paciente y la disciplina del sentido psicológico, que no es, en suma, sino un poder de simpatía disciplinado. Con todas sus dificultades, la grafología obtiene resultados que dejan estupefactos a los escépticos. En una información científicamente dispuesta y llena de tropiezos para los grafólogos mal servidos por documentos demasiado cortos, el tanto por ciento de las respuestas exactas ha llegado al 95 por 100.

Veamos ahora los retratos hechos por Rougemont, y la manera de obtenerlos. Rougemont establece primero los signos dominantes de la escritura, fijando su interpretación; pasa luego a los secundarios, y, relacionando unos y otros, obtiene las resultantes de las que saca el retrato.

#### ESCRITURA DE ENRIQUE DE RÉGNIER

##### *Dominantes.*

Pastosa.....	Energía, sensualismo.
Lenta y distinguida.....	Reserva, prudencia.
Vertical.....	Reserva, frialdad, energía.
Ordenada.....	Orden, gusto, arte.
Simple.....	Simplicidad, franqueza.
Redonda.....	Dulzura, gracia.
Descendente.....	Depresión, tristeza.
Armoniosa.....	Arte, equilibrio.
Sobreelevada y subrayante.....	Orgullo.
Media.....	Moderación.
Líneas apretadas.....	Parsimonia.
Simplificada.....	Cultura.

##### *Secundarias.*

Finales rectilíneos.....	Sentido de lo justo.
Mayúscula separada.....	Reserva.
Recta, a veces inclinada.....	Movimiento de ternura.
Margen izquierda metida.....	Nerviosidad, actividad.
Palabras cortadas en menos rasgos que silabas.....	Razón.



Punto y acento colocados altos.....	Idealismo.
Puntuación descuidada.....	Negligencia.
Minúsculas agrandadas.....	Imaginación.
Firma lejos del texto.....	Reserva, frialdad.
Firma en medio del papel.....	Prudencia.
Firma sin rúbrica.....	Simplicidad.
Firma muy legible y graciosa.....	Arte, franqueza.

*Resultantes.*

Inteligencia, sensibilidad, energía.....	Bondad.
Inteligencia, sensibilidad, benevolencia.	Abnegación.
Orgullo, sensibilidad, benevolencia....	Protección.
Imaginación, sensibilidad.....	Inspiración.
Imaginación, sensibilidad, inteligencia.	Gracia en el espíritu.
Imaginación, sentimiento, arte.....	Admiración por lo bello.
Imaginación, sentimiento, lealtad.....	Admiración por lo verdadero.
Imaginación, aturdimiento.....	Ligereza.
Imaginación, prudencia.....	Desconfianza.
Propiedad, arreglo, superioridad.....	Arte, claridad.
Ornamentación, superioridad.....	Gracia.
Ornamentación, imaginación.....	Fantasía.
Inteligencia, calma.....	Perseverancia.
Inteligencia, firmeza.....	Constancia.

El retrato que de estos datos saca Rougemont es el siguiente: «Enrique de Régnier es una de esas naturalezas raras en todos tiempos y, sobre todo, en nuestra época, que merecen el nombre de aristócrata. Régnier no será, pues, simpático a todos. Es distinguido, de amabilidad condescendiente y digna, sin petulancia, pero algo frío; los que no gustan de esa gran distinción conservada como dón precioso, le hallarán glacial, altanero y fatuo. De gran corrección de modales, de lentitud, de gestos, digna, que sería acompasada si no tuviese tanta dulzura y gracia aliada a la discreción, siempre de cortesía medida, algo solemne, Enrique de Régnier se muestra el mismo con todos y siempre. Conservará, hasta para con los que le han herido, una actitud siempre escrupulosamente cortés y digna. Es de constancia admirable y el análisis de su escritura revela



cualidades morales de gran elevación. Se le podrá tratar mucho tiempo sin avanzar en su intimidad. Antes de ligarse y sin apartarse de su cortesanía, permanece frente a los demás en benévola expectativa. Muy prudente y hasta desconfiado, no por naturaleza sino por la experiencia, se liga cada vez menos fácilmente; pero no se ha hecho misántropo, y si no es cordial es afable. A pesar de su frialdad aparente, es sensible, y si no tierno, por lo menos afectuoso y capaz de esas amistades duraderas formadas de estimación, de simpatía y de lealtad, cimentadas por la razón. No es ciertamente un apasionado; los sentimientos se implantan en él lentamente, pero echan raíces vigorosas. Dotado de gran sentido de lo justo, admirando todo lo verdadero, probo, es extremadamente moderado en sus juicios y no tendrá ni amistades, ni odios violentos y exclusivos. Apunta bien una tendencia combativa y se percibe la empuñadura de una espada, pero es una espada que no debe salir nunca de la vaina.

»En la naturaleza de Régnier está el ser reservado en acciones y en palabras. No es expresivo, sino sincero y discreto, y cuando tiene la impresión de habérselas con un hombre honrado, podrá hacerse confiado. Se puede absolutamente contar con su palabra. Su integridad es absoluta. En Régnier no hay necesidad imperiosa de sacrificio; no tratamos con un apóstol, no se las echa de filántropo; su alma es digna y sencillamente deseosa de vivir en buena inteligencia con los buenos, de proteger un poco y de gozar de la vida que en el fondo es triste. Es un melancólico; su pesimismo se traduce por cierto abandono que, por otra parte, se liga muy bien con su gracia distinguida. Es un abandono vigilado; no descuida las cosas esenciales, pero desprecia algo los detalles. La voluntad se desinteresa a veces de la acción; reduce el esfuerzo al minimum, y su potencia está aminorada por el descuido. Es, sin embargo, una energía flexible, bien medida, capaz de esfuerzo y quizá no la deje dormir sino porque sabe que no ha de embotarse. La inteligencia es activa, sobre todo, ponderada, razonable, lógi-



ca. Régnier concibe y luego deduce tranquila y rigurosamente; la intuición precede a la lógica. Tiene imaginación sin extravagancia; su espíritu está cultivado; va derecho a su fin, y carece un poco de agilidad y de atención en el detalle. Tiene mucha gracia, y su inspiración es siempre distinguida, pero también demasiado sujeta a una razón tiránica y reservada. Tiene el gusto innato de todo lo que es claro, sencillo, gracioso, sin gazmoñería. El idealismo en él se liga con la razón y tiene un sentido muy real de los goces de la tierra.

»Notemos, al terminar, que aunque sea muy difícil predecir la ocupación de un hombre que puede no corresponder a sus tendencias, se puede notar frecuentemente que la costumbre de escribir versos da a las líneas cierta regularidad que hace que una carta se parezca a un poema. Así, de la suya se hubiera podido inferir que los dones estéticos de Régnier le llevaban a la poesía, pero no hubiéramos podido adivinar que era un novelista.»

¡Ya es deducir de cuatro líneas de una carta! De los demás retratos de Rougemont vamos a dar únicamente los signos dominantes y secundarios y las resultantes de los mismos, dejando los retratos para que los hagan nuestros lectores. Si alguno de éstos fuera aficionado a la grafología o competente en ella, recibiríamos con gusto el retrato o retratos que pudiera deducir de esas notas, para tener la curiosidad de confrontarlos con los hechos por Rougemont, y estudiar sus coincidencias y discrepancias.

#### ESCRITURA DE PEDRO LUIS

##### *Dominantes.*

Lenta y distinguida.....	Cálculo, reserva, prudencia.
Demasiado redondeada.....	Molicie.
Adornada.....	Gracia, alegría.
Graciosa.....	Dulzura, gracia, arte.
Complicada.....	Vanidad, efectismo.
Original.....	Jactancia, originalidad.
Grande.....	Orgullo, grandes aspiraciones.



Junta.....	Parsimonia.
Clara.....	Cultura.
Legible.....	Franqueza.
Pastosa.....	Sensualismo.
Ascendente.....	Actividad.
De igual altura.....	Franqueza, constancia.
Ordenada.....	Orden.
Recta y luego inclinada.....	Frialdad aparente.

*Secundarias.*

Barra de <i>t</i> fuerte, inconstante, baja....	Esfuerzo voluntario, relajado.
Palabras cortadas en más rasgos que sílabas.....	Idealismo, intuición.
Letras generalmente cerradas por abajo.	Reserva, agilidad moral.
Firma original y graciosa.....	Originalidad, jactancia.
Firma seguida de un punto.....	Desconfianza.
Firma de la que se cae la <i>y</i> .....	Fatiga.
Puntuación cuidada.....	Orden.

*Resultantes.*

Ornamentación, superioridad.....	Gracia, fantasía, arte.
Arreglo, superioridad.....	Claridad.
Inteligencia, sensibilidad, benevolencia.	Bondad.
Orgullo, sensibilidad, benevolencia....	Espíritu protector.
Imaginación, sensibilidad.....	Inspiración.
Imaginación, inteligencia.....	Gracia en el espíritu.
Imaginación, sentido estético.....	Admiración por lo bello.
Imaginación, prudencia.....	Desconfianza.
Imaginación, molicie.....	Contemplación.
Alegría, ardor.....	Entusiasmo.

## ESCRITURA DE MAURICIO MAETERLINCK

*Dominantes.*

Muy pastosa.....	Sensualismo, glotonería, temperamento poderoso.
Muy inclinada.....	Ternura viva.
Muy redonda.....	Dulzura, malicia.
Muy clara.....	Limpieza, claridad, cultura.
Simplificada.....	Cultura, actividad.
Natural.....	Simplicidad, franqueza.



Sobreelevada.....	Orgullo.
Espaciada.....	Seguridad, generosidad.
Sobria.....	Moderación, discreción.
Descendente.....	Tristeza, depresión.
Muy igual.....	Constancia, rectitud.
Muy ligada.....	Lógica.
Gladiolada.....	Finura.

### *Secundarias.*

Lineas espaciadas y oprimidas.....	Sensibilidad turbada.
Barra de <i>t</i> alta.....	Despotismo.
Barra de <i>t</i> fuerte, corta, irregular, in- constante.....	Voluntad fuerte, esfuerzo in- constante.
Letras enrolladas.....	Egoísmo.
Menos separaciones que sílabas.....	Razón.
Mayúsculas y rasgos altos muy bajos..	Humildad, disimulo.
Letras <i>o</i> y <i>a</i> abiertas.....	Franqueza y luego reserva.
Punto pastoso en el comienzo de las letras.....	Deseo de adquirir.
Puntuación cuidada.....	Atención.
Punto de la <i>i</i> a derecha y espeso.....	Espíritu investigador.
Firma junto al texto y a la derecha....	Abordo fácil, ardor.
Mayúscula no ligada.....	Reserva.
Supresión de rúbrica.....	Simplicidad.

### *Resultantes.*

Natural, simplicidad.....	Franqueza.
Lealtad, inteligencia.....	Justicia.
Sensibilidad, egoísmo.....	Celos.
Inteligencia, sensibilidad, benevolencia.	Abnegación.
Inteligencia, sensibilidad, largueza....	Generosidad.
Imaginación, sensibilidad.....	Inspiración.
Imaginación, arte.....	Admiración por lo bello.
Imaginación, molición.....	Fantasia
Inteligencia, espíritu tranquilo.....	Perseverancia.
Dulzura, benevolencia, inteligencia....	Amabilidad.
Inteligencia, calma, constancia.....	Paciencia.
Vivacidad, imaginación, gran fuerza...	Violencia.



## ESCRITURA DE PABLO ADAM

*Dominantes.*

Muy movida.....	Imaginación, vivacidad.
Ascendente.....	Ardor, actividad.
Muy rápida.....	Gran actividad.
Muy ligada.....	Eulace en las ideas.
Barras y acentos ligados....	Asimilación, eclecticismo.
Muy limpia.....	Cultura, actividad.
En relieve.....	Cultura, limpieza.
Muy clara.....	Gran claridad.
Confusa por exceso de rapidez.....	Confusión por precipitación.
Muy natural.....	Simplicidad, franqueza.
Moderadamente redondeada.....	Dulzura.
Espaciada.....	Generosidad, confort, claridad.
Gladiolada.....	Sentido crítico.
Inclinada.....	Ternura.
Retocada.....	Necesidad de claridad, cortesía.
Muy desigual.....	Gran sensibilidad.

*Secundarias.*

Palabras que caen al fin de las líneas...	Fatiga.
Largas finales.....	Generosidad, largueza.
Finales rectilíneas.....	Sentido de lo justo.
Barra de <i>t</i> inconstante.....	Esfuerzo inconstante.
Barra de <i>t</i> larga.....	Esfuerzo inconsiderado.
Palabras separadas por sílabas.....	Realización.
<i>a</i> y <i>o</i> muy abiertas o bien cerradas.....	Expansión y reserva.
Puntuación cuidada.....	Atención.
Falta de puntos en la <i>i</i> .....	Aturdimiento.
Firma legible y simple.....	Sencillez.

*Resultantes.*

Sinceridad, franqueza, energía, inteligencia.....	Rectitud.
Sensibilidad, imaginación viva.....	Pasión, inspiración.
Sensibilidad, inteligencia, benevolencia.....	Abnegación.
Sensibilidad, inteligencia, largueza....	Generosidad.
Imaginación, sentimiento, arte.....	Admiración por lo bello.
Imaginación, sentimiento, lealtad.....	Admiración por lo verdadero.
Imaginación, sentimiento, delicadeza..	Admiración por lo delicado.



Imaginación, aturdimiento, ardor.....	Empresas aventuradas.
Inteligencia, dulzura, benevolencia....	Amabilidad.
Susceptibilidad, vivacidad, imaginación.	Sentimiento vengativo.
Asimilación, actividad, superioridad...	Curiosidad intelectual.
Vivacidad, energía.....	Mando.

ESCRITURA DE LA SEÑORA COLETTE WILLY

*Dominantes.*

Rápida.....	Actividad, cultura.
Muy limpia.....	Cultura.
Muy clara.....	Gran claridad de espíritu.
Simple.....	Simplicidad, franqueza.
Natural.....	Franqueza, rectitud.
Desigualdades numerosas.....	Muy gran sensibilidad.
Simplificada.....	Actividad, cultura.
Tipográfica.....	Gusto, arte.
Grandes mayúsculas.....	Orgullo.
Moderadamente angulosa.....	Firmeza.
Moderadamente redondeada.....	Dulzura, gracia.
Ligera y limpia.....	Delicadeza, sensibilidad.
Movida.....	Imaginación, alegría.
Armoniosa.....	Equilibrio.
Espaciada.....	Generosidad, confort, lucidez.
Moderadamente ascendente.....	Ardor.
Serpentina.....	Flexibilidad de espíritu.
Ligada.....	Lógica.

*Secundarias.*

Líneas que suben y luego bajan.....	Disgusto.
Margen de izquierda desigual.....	Movilidad de impresiones.
Barra de <i>t</i> ascendente.....	Pleitista.
Barra de <i>t</i> alta.....	Despotismo.
Barra de <i>t</i> doble.....	Prudencia.
Barra de <i>t</i> adelante.....	Iniciativa.
Barra de <i>t</i> fina, larga, regular, constante.	Esfuerzo perseverante.
<i>a</i> y <i>o</i> cerradas.....	Reserva.
Acentos y puntos olvidados.....	Idealismo, distracciones.
Firma lejos del texto.....	Soledad.
Firma descendente.....	Desaliento.
Firma a la derecha.....	Fogosidad.



Firma simple.....	Simplicidad.
Firma de inicial ensanchada.....	Vanidad.
Rúbrica descendente.....	Independencia.

*Resultantes.*

Sensibilidad, imaginación.....	Pasión.
Sensibilidad, egoísmo.....	Envidia.
Sensibilidad, inteligencia, bondad.....	Ternura.
Sensibilidad, inteligencia, benevolencia.	Abnegación.
Sensibilidad, largueza.....	Generosidad.
Imaginación, vanidad.....	Jactancia, mentira.
Imaginación, vivacidad.....	Entusiasmo.
Firmeza, ardor.....	Decisión.
Asimilación, actividad, superioridad...	Curiosidad intelectual.

## ESCRITURA DE JUAN RICTUS

*Dominantes.*

Muy en relieve.....	Sensualidad, energía.
Muy limpia.....	Cultura, energía.
Clara.....	Claridad de espíritu.
Simple.....	Simplicidad.
Natural.....	Franqueza.
Desigual.....	Sensibilidad.
Pastosa.....	Sensualismo, energía.
Vertical.....	Dominio de sí mismo.
Ascendente.....	Ardor, actividad.
Redonda.....	Dulzura, alegría, molicie.
Lenta.....	Cálculo, reserva, prudencia.
Tipográfica.....	Cultura, arte.
Igual a sí misma.....	Constancia.
Ligada.....	Lógica.

*Secundarias.*

Palabras grandes y pequeñas.....	Gran emotividad.
Puntos espesos, superfluos.....	Molestias respiratorias.
Rasgos entre las frases.....	Claridad, prudencia.
Barra de <i>t</i> fuerte, corta, irregular, constante.....	Voluntad firme, pero que se do- blega.
Letras arrolladas.....	Egoísmo.



Palabras separadas en menos rasgos que sílabas.....	Razón, realización.
Panzas hinchadas.....	Imaginación.
Firma simple junto al texto.....	Sencillez, aborde fácil.
Firma en medio de la línea.. ..	Prudencia.
Firma muy legible.....	Lealtad.
Letras abiertas por arriba.....	Expansión, franqueza.

### *Resultantes.*

Inteligencia, sensibilidad, bondad.....	Ternura.
Inteligencia, sensibilidad, benevolencia.	Abnegación.
Sensibilidad, imaginación.....	Inspiración.
Imaginación, sentimiento, ardor.....	Admiración entusiasta.
Imaginación, prudencia.....	Desconfianza.
Inteligencia, calma.....	Perseverancia.
Inteligencia, dulzura, benevolencia....	Amabilidad.
Vivacidad, gran fuerza de imaginación.	Violencia.
Asimilación, actividad, superioridad...	Curiosidad intelectual.
Firmeza, tenacidad.....	Resistencia.
Imaginación, resistencia.....	Valor.
Firmeza, energía.....	Terquedad.
Alegría, ardor.....	Entusiasmo.
Alegría, causticidad.....	Burla.

Reservamos para otra ocasión la crítica de estos análisis, especialmente de las *resultantes*, y estimaremos el envío de los retratos grafológicos que se dignen trazar los aficionados con vista de las notas apuntadas.

## PEDAGOGÍA

LA ENSEÑANZA DE LA MÚSICA POR EL MÉTODO MONTESSORI.—  
Tras el método Tacchella para la enseñanza de la Gramática, dando vida a las palabras, y asignándolas funciones humanas de señores, heraldos, etc., viene ahora el método Montessori, aplicado a la enseñanza de la música por la señorita Chassevant.

Esta excelente educadora parte de la observación de que



los niños tienen el sentido natural del ritmo, educado por los ejercicios escolares de la marcha acompasada y del canto. El niño se resiste en su tierna edad al empleo de términos técnicos, y cuenta principalmente para toda asimilación de conocimientos con la imaginación. La señorita Chassevant aprovecha esas dotes naturales, y saca de ellas el mejor partido: en lugar del difícil grafismo musical, se vale, según dice Saint-Aubin, en *La Revue*, de instrumentos y aparatos de su invención que constituyen un material tan sugestivo como manejable. Así logra resultados maravillosos con niños de ocho a diez años.

El aula es un salón con un piano, un caballete para los diagramas o cuadros simbólicos, y una mesa. En esta mesa está lo que la Chassevant llama su «compositor de música», y lo es efectivamente, pues puede compararse al de los impresores; es como un trofeo formado por discos metálicos ovales, del tamaño de un grano de trigo, de tres colores: negro para las notas simples, rojo para los bemoles y azul para los sostenidos; cada cual lleva una ranurita para que éntre en el alambre que le corresponda, y que figura las líneas del pentagrama; sólo representan sonidos sin relación con su duración o medida. Para figurar los valores de tiempo hay redondas, blancas y negras, corcheas y semicorcheas; todo ello lo figuran pajaritos en distintas posturas, de efecto sugestivo y pintoresco; la cola de la blanca tiene un pulgar de largo. El sistema del compositor se completa con otras piezas que representan los signos de las claves: sostenidos y bemoles, silencios, suspiros, trémolos, etc.

En la mesa hay, además, varias tiras de papel engomado, cruzadas por las líneas del pentagrama. Los niños, con todo este material, transcriben la música con rapidez sorprendente. Como los caracteres son movibles, los niños pueden valerse de ambas manos, y el profesor puede rectificar en el acto cualquier error. Así se obtiene una imagen musical que entra por los ojos al mismo tiempo que los sonidos hieren el oído; la re-



lación entre los sonidos y su transcripción se establece espontáneamente, y el niño aprende a solfear y a transcribir el canto simultánea y rápidamente.

La señorita Chassevant, para hacer comprender a sus alumnos el compás, les cuenta la historia siguiente: «La señora doña Medida, que vivía en una espléndida casa rodeada de hermoso jardín, se desolaba de no tener pájaros. Compró una gran jaula con cuatro perchas, y adquirió pájaros de diferentes especies. Los dos primeros son grandes pájaros redondos, que vuelan lentamente, y ocupan su puesto en la más baja de las perchas; los dos siguientes vuelan dos veces más aprisa que los primeros, y se colocan en la segunda percha; los otros ocho se lanzan con la mayor velocidad, y se ponen en la percha más elevada. La velocidad con que estos pájaros entran en la jaula está tan exactamente arreglada, que el último de cada grupo llega a su sitio en el mismo instante en que el gorrión de la percha más baja se instala en la barrita inferior.

»Al día siguiente por la mañana, doña Medida descubre que tres pájaros se han volado. En su lugar se encuentran pequeños signos (los silencios). Los fugitivos se encuentran en un árbol, cuyas ramas figuran las barras del pentagrama o de la pauta, y aseguran a la señora Medida que volverán a ocupar su puesto en la jaula...» Y así sigue todo un cuento de hadas, gracias al cual los niños aprenden sin sentir los diferentes valores de las notas y sus pausas correspondientes.

Desde las primeras lecciones, los alumnos marcan el compás como si siguieran el batir de las alas de los pájaros rápido o lento. Más tarde, su profesor les da por tarea dibujar el famoso árbol de ramas extendidas y rectas como las líneas del pentagrama, y en el que vienen a posarse los pájaros-notas.

La aplicación de este método, divertido y práctico, ha permitido hacer varias observaciones sobre las aptitudes musicales de los niños. Los mejores modelos para la enseñanza de la música, como para aprender a hablar, son los mismos niños entre sí. Un niño retiene mejor una melodía cantada por otro niño,



que cantada por una persona mayor o tocada por un instrumento. De ahí la conveniencia de que sean varios niños los que den lección simultáneamente. Por otra parte, puede afirmarse que cuando un niño canta falso, sin acertar a reproducir una frase musical, es debido, más bien a una imperfección de su aparato vocal que a un defecto de su oído. Los niños que dan notas falsas escriben correctamente lo que no aciertan a cantar, y hasta es general que esos niños de vocalización defectuosa sean los más hábiles en transcribir el canto que se les dicta.

Aparte de las ventajas del método Montessori por la rapidez y la seducción, se obtiene otro resultado pedagógico no despreciable: los niños saben escuchar y educan su atención; aprenden a concentrar su inteligencia en lo que escuchan, y son así materia dispuesta para todo otro linaje de estudios.

## IMPRESIONES Y NOTAS

EL EMPERADOR DEL BRASIL Y VÍCTOR HUGO.—Luis Guilaine ha publicado en *Le Temps* un trozo del diario inédito de Víctor Hugo, en el que se relata la entrevista del último emperador del Brasil, el simpático Don Pedro I, con el gran poeta francés. Dice así:

«22 Mayo 1877.—Nueve de la mañana.—Visita del emperador del Brasil; ha visto en una mesa *El arte de ser abuelo*. Se lo he ofrecido y he cogido una pluma; entonces me dijo:—«¿Qué va usted a poner?—Dos nombres, le respondí: el vuestro y el mío.—Nada más, me contestó; iba a pedírselo a usted.—Y yo escribí: *A D. Pedro de Alcántara.—Victor Hugo*.—¿Y la fecha?, me preguntó.—22 Mayo 1877, añadí.—Y él me dijo:—Quisiera uno de vuestros dibujos.—Había allí una vista del castillo de Viandem. Se la di. Don Pedro me dijo:—Uno de estos días vendré a pedirlos de comer.—El día que gustéis, le dije, seréis el bienvenido.» Colmó de caricias a Jorge y a Juana.

»Al entrar me dijo:—«Tranquilízame; soy un poco tímido.»



Hablando de los reyes y de los emperadores, dice: «Mis colegas.» Un momento habló de sus derechos, pero en seguida rectificó: «Yo no tengo derechos, no tengo más que un poder debido al azar. Debo emplearlo para el bien, el progreso y la libertad.» Cuando entró Juana, me dijo: «Tengo una ambición: dignaos presentarme a la señorita Juana.» Yo dije a Juana: «Juana, te presento al emperador del Brasil.» Juana se limitó a decirme a media voz: «No tiene traje.» El emperador la dijo: «Dadme un beso, señorita.» Ella presentó su mejilla. El añadió: «Pero, Juana, échame tus brazos en torno de mi cuello.» Juana le estrechó en sus bracitos.

Me pidió su fotografía y la mía y me prometió la suya. Me ha dejado a las once. Me ha hablado de un modo tan grave y tan inteligente, que al separarnos le he dicho: «Señor, sois un *gran ciudadano*.» Un detalle más: al presentarle a Jorge, le dije: «Señor, presento mi nieto a Vuestra Majestad.» El dijo a Jorge: «Hijo mío, aquí no hay más que una majestad: la de Víctor Hugo.»

\*  
\* \*

EL DECÁLOGO JAPONÉS.—En el *Japan Daly Mail* encontramos los Mandamientos de Dios de los nipones. Son diez, como los de Moisés, y los niños los recitan en las escuelas como una lección cantada, que así graban mejor en su memoria.

Dicen así:

«1.º El fundamento de todas las virtudes es la lealtad; hay que honrar con profunda veneración la Augusta persona del Mikado y servir a nuestro país con abnegación incesante.

2.º Hay que rodear a los padres de serios cuidados, recordando siempre su amor y su afecto.

3.º Hermanos y hermanas, como miembros de una misma familia, deben amarse unos a otros, viviendo unidos y en paz.

4.º Cada cual debe trabajar por el bien de los demás, alentar el bien, desalentar el mal, tratar igualmente a los extraños y a los amigos.



5.º El principio del conocimiento es la abstención de la mentira; sed, pues, circunspectos y reprendéos unos a otros.

6.º Estudiando el pasado, se comprende el presente; alimentad, pues, la pasión del embellecimiento intelectual y moral.

7.º Mirando a los afligidos, mostradles simpatía y compasión en cuanto esté en vuestro poder.

8.º Se dice que la enfermedad entra por la boca; velad, pues, con cuidado sobre lo que coméis y bebéis.

9.º Conservad siempre una noble ambición y un espíritu elevado, aun cuando las circunstancias os coloquen en puestos bajos y vuestra vida sea oscura.

10.º Tened cuidado de observar fielmente los preceptos de nuestros antepasados por el honor de la familia y del país.

\*  
\*  
\*

LA LECHE Y LA TUBERCULOSIS.—Roberto Mond, agricultor y químico inglés de nota, plantea con sus experimentos, sus observaciones y sus conclusiones, un problema de gran alcance práctico: «¿Conviene el empleo de la leche esterilizada en la alimentación humana?» Mond se declara resueltamente por la negativa, y sostiene que el uso de esa leche es altamente nocivo, llegando a producir la tuberculosis.

Después de repetidos experimentos, Mond se ha fijado en que, por regla general, la leche de las vacas tuberculosas no transmite la enfermedad al hombre, y la leche esterilizada o condensada en la alimentación de los niños constituye un verdadero peligro, porque predispone a la infección tuberculosa. Según Mond, las numerosas investigaciones hechas han demostrado que la tuberculosis rarísimamente proviene de infecciones del tubo digestivo; por consiguiente, no puede resultar de la ingestión de leche; lo corriente es que se presente por las vías bronquiales. Los niños nutridos con leche de vacas tísicas permanecieron inmunes; cosa natural, sentadas las premisas



anteriores. Lo que no se explica bien es que la leche esterilizada produzca luego la tuberculosis. ¿Es que la esterilizada no entra por las mismas vías que la tuberculosa? ¿Por qué, pues, una ha de producir la tisis y la otra no? O se busca otra teoría o, aceptada la inmunidad del tubo digestivo, no se comprenden los hechos recogidos por Mond.

Los experimentos más importantes de Mond son los hechos en el hospital de niños de su fundación, en la plaza Vincent, de Londres. Gran número de ellos, alimentados exclusivamente de leche esterilizada o condensada, fueron atacados de tuberculosis bovina; los que lograban resistir, quedaban flacos y asimilaban mal. Se entró en sospechas; se dió leche esterilizada a seis gatitos, y todos murieron dentro de los quince días. Mond quiso hacer la contraprueba, y experimentó en sí mismo, poniéndose a régimen de leche tuberculosa no esterilizada, y no sólo no sufrió nada, sino que engordó. De aquí su conclusión: «No alimentéis a los niños con leche esterilizada, a menos de que la añadáis algo de crema fresca, que contiene parte de los bacilos necesarios para la nutrición.»

La cosa merece estudiarse. Contra el experimento de Mond, yo tengo el hecho por mí mismo hace dos años: seis gatitos, hijos de una gata de Angora que no los podía criar, fueron alimentados con leche hervida o esterilizada, hace dos años, y todos ellos se criaron robustos y viven perfectamente. El hecho que importa estudiar es si la leche privada de sus microbios normales pierde o no sus cualidades nutritivas; eso sí podría suceder, y vale la pena de averiguarlo.

\*  
\*  
\*

**ELECTROCUTAR.**—Desde que en los Estados Unidos se estableció la ejecución de los reos de muerte por la electricidad, se admitieron las palabras *electrocutar* y *electrocución*, ya empezadas a emplear para las desgracias ocasionadas por el empleo de la electricidad industrial, como términos corrientes.



¿Está bien formada esa palabra? Claro es que por aquello del empeño del uso, *jus et norma loquendi*, los términos en cuestión pasarán al habla nacional en cuanto se generalicen. Pero hoy por hoy, todavía estamos a tiempo de rectificarlos, si a ello hubiese lugar.

El clasicismo, o, mejor dicho, la recta aplicación de los principios neológicos, exige, para las voces que se relacionan con la idea de *matar* o *muerte violenta*, el afixo *cidio* para los sustantivos y *cidar* para los verbos: *homi-cidio*, *sui-cidio*, *infanti-cidio*, etc. Pero en estos casos el sufijo marca la idea de muerte conforme a su valor originario, y la voz anterior indica la víctima de esa muerte: *infanti-cidio* = *muerte violenta de un niño*, o, mejor aún, *dada a un niño*. En el nuevo caso, no se trata del término de la acción del verbo, de la persona a quien se mata, sino del modo, del procedimiento empleado para matar, y por eso no podemos decir *electricidio* ni *electricidar*, pues esto querría decir *muerte de lo eléctrico*, y no es eso lo que se quiere decir, sino *muerte por la electricidad*, *matar eléctricamente*.

Hay, pues, que prescindir de la formación ya consagrada y clásica. Pero ¿está bien esa nueva formación de *electrocutar*? ¿No sería preferible decir *electroccidar*? Hay entre *electrocutar* y *ejecutar* una analogía fonética que despierta la idea de *ejecutar por la electricidad* al oír la palabra *electrocutar*. Pero, ¿es esa relación material, burda y grosera, bastante para que se admita el término que la establece? El caso nos parece discutible, y lo sometemos a los redactores del nuevo Diccionario, para que, bien pesado el pro y el contra, lo resuelvan.

\*  
\* \*

MAMBRÚ SE FUÉ A LA GUERRA.—Según una información de Jorge Wade, en el *Chamber's Journal*, la canción del Mambrú es la más popular del mundo; todos los pueblos la conocen; todos la cantan con la misma música, y la letra es también la



---

misma, con las ligeras variantes impuestas por el material lingüístico.

A tal extremo llega la popularidad y la generalización de la canción del Mambrú, que no ya sólo ingleses, franceses, españoles y austriacos, que tienen motivos para que el famoso general haya dejado memoria de sus idas y venidas en la historia de sus guerras internacionales, sino hasta los mismos árabes la cantan, aplicando las notas del Mambrú a uno de sus más vulgarizados cantos populares, el «Vu-ela metta yerjaya lail».

FERNANDO ARAUJO



# ÍNDICE

---

	<u>Págs.</u>
<i>Nuevas orientaciones de la Historia</i> , por Juan Ruiz de Obregón Retortillo.....	5
<i>Guía del buen decir</i> , por Juan B. Selva.....	18
<i>Los retablos leonardescos de Valencia</i> , por Carlos Justi.....	34
<i>Las Reinas de la España antigua</i> , por Martín Hume. ....	48
<i>El discípulo traidor</i> , por Leónidas Andreief.....	80
<i>La Reina Gobernadora</i> , por Carlos Cambronero.....	105
<i>Santiago de Compostela</i> , por Emilio Baumann.....	118
<i>Relaciones existentes entre la Real Academia de la Lengua y la alta aristocracia española</i> , por Francisco Fernández de Béthen- court.....	130
<i>La América Moderna</i> , por Vicente Gay. ....	154
<i>Revista de Revistas</i> , por Fernando Araujo.....	169